

Autofagia: suicidio y literatura

Ingrid Vargas

Maestría en Arte, Educación y Cultura

Facultad de ~~Bellas~~ Artes

Universidad Pedagógica Nacional

Bogotá, 2025

Autofagia: suicidio y literatura

Ingrid Vargas

Directora de tesis

Aleyda Nuby Gutiérrez Mavesoy

Maestría en Arte, Educación y Cultura

Facultad de ~~Bellas~~ Artes

Universidad Pedagógica Nacional

Bogotá, 2025

Índice

Agradecimientos.....	4
I. Reflexión sobre la creación: Autofagia suicidio y escritura	7
Nombrar lo inefable: escritura y gesto suicida.	9
Potencia de la destrucción:	12
Barthes y la muerte del autor.....	13
Blanchot y el espacio literario	15
Foucault y la función autor.....	18
Autofagia y la muerte del autor	20
Autofagia, devorarse a sí mismo como gesto creativo	22
La multiplicación de los registros como escritura en capas	29
La superficie del mundo, los datos, leyes y estudios históricos	30
El peso del mundo sobre Antonia, la narración ficcional en tercera persona	35
El dolor brota en las palabras, afectividad y subjetividad,	37
La intimidad y la muerte, textos poéticos.....	38
La intersección de las capas.	40
Una poética del desborde:	40
Referencias:.....	45
II. Producto artístico original: <i>Funambulista del abismo</i>	47

Agradecimientos

Toda vida es un proceso de demolición. La escritura ha sido, para mí, el cincel y el andamio: con ella he derribado lo que ya no podía sostener y con ella he levantado los refugios que me han permitido seguir viviendo. Mi profundo agradecimiento a quienes acompañaron esa demolición lenta y constante, porque reconozco lo difícil que es sostener lo que se cae a pedazos.

A Aleyda Gutiérrez, mi total admiración y agradecimiento, por guiarme desde la ternura, el cuidado y la sabiduría. Gracias por creer en este proyecto y contribuir a que fuera posible; por enseñarme que las intuiciones no son un desvío, sino un territorio fértil.

A mis amigas y amigos de la Maestría en Arte Educación y Cultura —Marbell Quiroga, Sara Beltrán, Catalina Espinosa, Nataly Albarracín, Enrique Zalamea—, por revelarme que la ternura es un método, un mecanismo de supervivencia. Gracias por recordarme que el conocimiento se sostiene también en los lazos que lo abrigan.

A Jennifer Bello, por lanzarme a la travesía de la MAEC. Sin su impulso, esto no hubiera sido posible.

A mi madre, Delia Peña, por el amor inconmensurable que me ha sostenido. A Montserrat, por llegar a mi vida cuando la di por perdida. A Esperanza, para quien las palabras no alcanzan.

A los profesores de la Maestría en Arte Educación y Cultura, gracias por su sabiduría amable y rigurosa, por brindar herramientas para habitar el mundo.

Autofagia: suicidio y literatura

Resumen

El estudio del suicidio ha tomado mayor relevancia en el mundo, debido a que se estima que cada 40 segundos una persona se arrebatata la vida. Este número es alarmante, lo que ha llevado cuestionar el fenómeno desde los ámbitos sociales, políticos, culturales y médicos, entre otros. Preguntarse por la libre elección de la muerte implica abrir el horizonte de caminos posibles, donde las aristas se multipliquen y fracturen el encuadre cerrado de la psiquiatría y el enfermo mental. El proyecto plantea una escritura híbrida que transita por los pensamientos suicidas del personaje, mientras se adentra en el estudio de las concepciones del suicidio en Colombia, esto desde tres registros textuales: el ensayo, donde se evidencia el recorrido histórico del suicidio en Colombia; segundo, la narración en tercera persona, en el que se presenta al personaje, sus inquietudes y trasegar y, tercero, el monólogo interior, desde el cual se muestran las reflexiones del personaje y los modos en que se relaciona con la muerte por mano propia. Se trata de un análisis de carácter posestructuralista centrado en la construcción de la categoría autofagia para conectar la muerte por mano propia y la escritura.

Palabras claves

Suicidio, escritura, Autofagia, investigación-creación, literatura, Colombia.

Abstract

The study of suicide has gained greater relevance around the world, given that it is estimated that every 40 seconds a person takes their own life. This number is alarming, which has led to questioning the phenomenon from social, political, cultural, and medical fields. Establishing the question about free choice of death implies opening the horizon of possible paths, where edges multiply and fracture the closed frame of psychiatry and the relation with the mentally ill. This project proposes a hybrid writing that moves through the character's suicidal thoughts while delving into the study of conceptions of suicide in Colombia, from three textual registers: the essay, where the historical trajectory of suicide in Colombia becomes evident; second, the third-person narration, in which the character, their concerns, and their journey are presented; and third, the internal monologue, from which the character's reflections and the ways in which they relate to self-inflicted death are shown. This is a post-structuralist analysis focused on constructing the category of autophagy to connect self-inflicted death and writing.

Keywords

Suicide, writing, autophagy, research-creation, literature, Colombia.

I. Reflexión sobre la creación: Autofagia, suicidio y escritura

Adiós, noche, que fui tu propio sepulcro,
pero que, si sobrevive la sombra,
se metamorfoseará en eternidad
(Mallermé, 1998, p. 44)

Suicidio proviene del latín *sui* (sí mismo) y *cidium* (matar). De ahí que suicidar-se implique la acción de un yo que atenta contra sí mismo, *sui* y *se*. El acto de darse muerte se reconoce como una experiencia límite en la que el individuo opta por romper su propia existencia, cuestión que ha sido vista desde el ingreso de los discursos psiquiátricos como una patología que debe ser monitoreada y regulada; la concepción de esa verdad conllevó a un cierre paulatino de debates en torno a otras aproximaciones del fenómeno. No obstante, el campo del arte y la escritura ha permanecido como una forma de interrogar la existencia y la potencia del lenguaje. Como muestra de ello, encontramos no solo la vida de intelectuales, escritores y poetas que han llevado las concepciones del suicidio hasta la consumación, sino también

las problematizaciones de autores como Barthes o Blanchot en torno a la escritura como muerte.

Situándonos en el campo de las artes se propone comprender la escritura como un gesto de transformación en creación del suicidio a partir de la noción de *autofagia*, entendida como devorarse a sí mismo. Se trata del aniquilamiento de un yo que empuña el arma, mata la idea de sí, la plasma con mano propia en un papel y de este modo posibilita el surgimiento de algo nuevo que denominamos texto híbrido. El acto suicida se ejecuta, no desde la literalidad de la muerte, sino desde la dimensión simbólica, ética y estética. Escribir implica desprenderse del yo, borrar la voz, disolverse en la palabra, lo que permite cuestionar: ¿Cómo la escritura (entendida desde la autofagia) posibilita un suicidio diferido? Se trata de resignificar la muerte por mano propia como un acto simbólico y no patologizante. La escritura entendida como práctica de autofagia permite posicionar al suicidio como un lugar de creación en el que la experiencia, el borramiento y las palabras configuran una afirmación de la existencia.

Esta categoría se propone como una herramienta conceptual y creativa para pensar el tránsito entre destruirse a sí mismo y el

acto creador que implica devorarse para retornar a la vida desde el devenir texto. Todo ello puesto en práctica por medio de la investigación-creación, que permite al pensamiento producirse a través del hacer artístico. Por ello, el centro del trabajo está en el acto de escritural como una demolición interna, en la que el ensayo, la narrativa y el lenguaje intimista constituyen un laboratorio de exploración simbólica: el lugar donde el lenguaje y la idea de muerte se ponen a prueba. La autofagia se concreta en la construcción de la novela *Funambulista del abismo*, donde se trabajó la experimentación en la escritura y se hizo teoría en la reflexión. Así, el proyecto aporta a los estudios artísticos una comprensión del suicidio como acto estético y no solo como una cuestión de reflexión social. La escritura como gesto de autofagia se convierte, entonces, en una forma de pensar el límite: el punto donde el sujeto desaparece para volverse palabra.

Nombrar lo inefable: escritura y gesto suicida

¿Cómo hablar de lo que no se puede asir? ¿Cómo adentrarse en el tabú para reconfigurarlo? ¿Cómo indagar en lo que no se quiere hablar, en lo que no se sabe decir? Esta investigación emerge de un silencio que abrumaba, del terror constante a la pregunta inquietante ¿para qué vivir? La cuestión atravesó de

forma visceral el sentido de la vida; sin embargo, no había otra forma de explicación ante el ímpetu voluntario de la muerte. Quizás dirán que la psicología, la sociología, incluso la filosofía han debatido sobre el tema, pero en medio de la incertidumbre se evidenció el cuidado que se solicita al mencionar el tema, aun cuando en Colombia se registraron 43.158 intentos de suicidio en el año 2025.(Instituto Nacional de Salud, 2026)

Por lo anterior, se considera que el análisis del suicidio es una tarea inaplazable. Aunque el cuestionamiento sobre la muerte por mano propia ha ido tomando otras vertientes, en las que intelectuales de distintas disciplinas han abierto el debate sobre la libre elección de la muerte con el fin de sacarla del tabú, cabe resaltar que esto no siempre fue así, se ha tratado de un camino disímil en el que las diferentes culturas, naciones y personas se han relacionado con el fenómeno de forma particular. Por ejemplo, se asociaba el suicidio a una liberación del alma, en la antigua Grecia con la filosofía platónica; un acto de fe en los primeros cristianos, quienes se lanzaban a las fauces de las fieras para mostrar su devoción; un acto de amor desenfrenado, para los románticos como el joven Werther; una afección mental, a partir del ingreso de la psiquiatría en el estudio social; un acto de

protesta, a partir de las manifestaciones políticas; un llamamiento divino, en los ejercicios llevados a cabo por comunidades religiosas.

Ahora bien, ese panorama se registra, en su mayoría, desde una visión europea. La intención del proyecto es focalizar la mirada adentrándonos en el suicidio en Colombia y comprender las formas como la sociedad se ha relacionado con el fenómeno en distintas épocas históricas, lo cual implica reconocerlo de forma contextual. Además, se busca que en el recorrido histórico se anude la problemática del cómo nos conectamos con él en la actualidad, por ello se acude a otros modos de escritura para lograr dar cuenta de la pregunta por el cómo hablar de lo inefable que atraviesa el ejercicio, de modo que se propone la escritura desde la calidez lúcida que posibilita la literatura. Álvarez afirma: “La literatura no es sólo un tema sobre el cual sé algo; es una disciplina que, por encima de todo, se ocupa de lo que Pavese llamó “el oficio de vivir”” (Álvarez, 1999, p. 15). Siguiendo esto, se comprende la escritura en su amplitud como una posibilidad creadora en la que las reflexiones, posturas éticas, políticas y culturales sean puestas en el papel desde el cuidado, el respeto y la comprensión humana de un fenómeno que nos atraviesa. Así,

la investigación se propone expandir el campo de análisis del suicidio, reconociendo la escritura híbrida y fragmentada como una herramienta para pensar, transformar la mirada, trastocar la sensibilidad y examinar campos inexplorados. Se busca que sea evidente la relevancia de mirar la muerte por mano propia desde un enfoque holístico que no deje de lado las indagaciones realizadas y que permita entrar desde las miradas subjetivas al discurso. No se trata de dar respuestas o moralizar el ejercicio; se pretende ante todo abrir el panorama.

Potencia de la destrucción

Ha sonado para mí la hora de partir;
la pureza del espejo se establecerá, sin este personaje,
imagen de mí
-¡pero él lleva la luz!-
¡la noche! Sobre los muebles vacíos,
el Sueño ha agonizado en este frasco de vidrio,
pureza, que encierra la sustancia de la Nada.
(Mallarmé, 1982, p. 48)

Al hablar de la disolución del individuo en el papel, nos adentramos en reflexiones realizadas desde los estudios literarios y filosóficos del siglo XX, en los que encontramos no sólo un proceso de borramiento del autor en el papel, sino también un mundo creado entre el autor y sus lectores. Cuestión que fue

trabajada por diversos pensadores desde mediados del siglo XX. Por ello, se hace indispensable reconocer los matices de las vertientes de análisis frente al gesto de la escritura y evidenciar los devenires con los cuales dialoga la autofagia. Para ello, el presente apartado dialoga con: primero, Barthes, la muerte del autor; segundo, Blanchot, el espacio literario; y tercero, Foucault, con la función autor.

Barthes y la muerte del autor

Roland Barthes fue uno de los primeros pensadores en problematizar la noción de autor dentro de la sociedad europea del siglo XX. Consideraba que el autor se convertía en un limitante para la comprensión de la obra, pues los análisis críticos se enfocaban en el individuo sin hacer un verdadero estudio de la creación. Además, convertía la figura de autor en un espacio para el consumo cultural, donde las obras se valoraban más por el nombre de quien las firmaba que por su potencia conceptual o estética. De ese modo, Barthes propone la muerte del autor como un gesto necesario para liberar al texto de toda autoridad externa. Pues consideraba que:

la escritura es la destrucción de toda voz, de todo origen. La escritura es ese lugar neutro, compuesto, oblicuo, al que van a parar nuestro sujeto, el blanco y el negro en donde acaba por perderse toda identidad del cuerpo que escribe (Barthes, 1994, p. 65)

En ese posicionamiento, el autor queda relegado, las palabras escritas en las hojas de papel no le pertenecen a un individuo. El texto se emancipa de su creador, lo que hace de él un campo abierto para la interpretación, así el texto es una ventana abierta de posibilidades, una lectura polimórfica que tendrá interpretaciones al infinito. Bajo esta mirada, el autor propuesto por Barthes debe ser aniquilado como parte del proceso crítico, para darle primacía a la obra, a las interpretaciones y a los múltiples modos de relacionarse con las ideas. Para el pensador de Cherburgo-Octeville, el enfoque debe estar en el lector, pues es un ser desprovisto de historia, biografía o psicología, ya que en él se reúnen las huellas que conforman el texto (Barthes, 1994).

Bajo este precepto es importante reconocer las aproximaciones propuestas por Barthes, desde las cuales las obras y su decir del mundo posicionan a la escritura como campo de destrucción: el

autor se difumina en la escritura con el fin de centrar la atención en el texto. Esta cuestión se relaciona con la autofagia en tanto los dos piensan una disolución del autor; no obstante, cada una atiende a una aproximación diferente, la muerte en Barthes aboga por una disolución de la autoridad, del referente de sentido para la obra, mientras la autofagia se comprende como el yo que se consume en la creación. En Barthes se busca liberar al texto de su propietario para abrirlo a las múltiples formas de comprensión, por su parte, la autofagia reconoce la escritura como un acto vital de destrucción y reconstrucción, se incorpora en la materia de su escritura. En síntesis, Barthes propone una muerte como posibilidad para que el texto hable, en la autofagia el autor no solo muere, se devora, se transforma en su propia obra, la muerte y la vida se juegan en el acto. Aunque haya una cercanía latente entre los dos, las diferencias configuran formas distintas de comprender la muerte de quien escribe.

Blanchot y el espacio literario

Maurice Blanchot considera la muerte del autor desde el acto de escritura como posibilidad del borramiento. El autor se arroja a la escritura con el fin de desprenderse de sí; propone una experiencia límite: al igual que la muerte, escribir implica un

aniquilamiento. Blanchot comprende que “el escritor es entonces el que escribe para poder morir y que obtiene su poder de escribir en una relación anticipada con la muerte.” (Blanchot, 2018, p. 80). De ese modo, la escritura va más allá de una superposición crítica o literaria, se trata de un encuentro con lo incontrolable, el escritor atiende al proceso de borramiento de sí de una forma consciente, se desprende de su rol soberano para poder habitar el espacio de la literatura.

El espacio de la literatura se entiende como un afuera de sí y un afuera de la obra; es el intersticio en el que el lenguaje es posible. Ese lugar que habita el escritor al desmadejarse en las letras está fuera del tiempo lineal, atiende a una suspensión del tiempo que hace posible el espacio literario. El autor se hace eco, por medio de su gesto creativo, ese reconocimiento lleva a la conformación de la obra, una obra en la que importará quien la lee. Al igual que Barthes la relación con el lector se hace indispensable, ambos pensadores confluyen en la importancia de la apertura de posibilidades para quien lee. En palabras de Blanchot:

El escritor acepta suprimirse a sí mismo: en la obra sólo cuenta el que la ha leído. El lector hace la obra; leyéndola, la crea; él es su verdadero autor, es la

conciencia y la distancia vivida de la cosa escrita; así el autor tiene sólo una meta, escribir para ese lector y confundirse con él. (Blanchot,2018, p.30)

De ese modo, la muerte es una condición de posibilidad para la creación. La escritura es una forma de morir sin morir, de desprenderse para permitir que la obra exista. Reconocer la potencialidad del borramiento en Blanchot invita a cuestionar los modos como desde el acto creativo el aniquilamiento del autor se hace posible. Al relacionar esto con el gesto creativo ejecutado, se evidencia la potencia de la escritura de Antonia, ella suspende el tiempo del mundo en medio de su escritura íntima. Sabe que hay un vaciamiento paulatino de su persona en esas hojas, atiende a una muerte voluntaria. Ahora bien, para Blanchot la escritura es un constante desprendimiento que lleva a la disolución en el espacio literario; la autofagia, por su parte, propone una transformación después de la escritura, quien escribe mata una parte de sí, la deja en el mundo de las letras, pero se mantiene viva, tiene una connotación existencial en tanto existe en la autofagia una reescritura del yo.

Foucault y la función autor

En diálogo con el pensamiento de Barthes y Blanchot, Michel Foucault plantea su conferencia *¿Qué es un autor?*, donde propone pensar la función autor dentro de los regímenes discursivos. Tomará la idea de autor como un dispositivo para organizar las ideas entre el saber y el poder. Bajo la óptica foucaultina el autor se convierte en una función, donde el individuo regulador del discurso se difumina para darle paso al texto, pero queda de él una huella que lo atraviesa en su totalidad.

Ante la muerte del autor, el espacio queda vacío, ¿Cómo llenar, completar o asir ese espacio que queda a la deriva? Foucault propone comprenderlo más allá del individuo, de modo que, dentro de los procesos críticos de la literatura, el posicionamiento de un nombre autor funge como herramienta para comprender los modos en los que esa obra se relaciona con la sociedad y la cultura. Sirve como “caracterización de un cierto modo del discurso [...] indica que ese discurso no es una palabra que puede consumirse inmediatamente, sino que se trata de una palabra que debe recibirse de cierta manera y que debe en una cultura, recibir cierto estatuto” (Foucault, 1999, p. 338). En ese ejercicio la muerte del autor se presenta como una posibilidad de lectura más

allá del individuo, ya que posibilita reconocer las formas en que un nombre propio adquiere un determinado estatus dentro de la cultura.

De ese modo, la muerte del autor se convierte en la posibilidad de una comprensión más amplia: el autor deja de verse dentro de los procesos psicologizantes o biográficos para convertirse en una unidad discursiva, en una función comunicativa y significativa en la que los discursos se transforman en relación con el contexto. No es la persona quien importa, es la manera como su nombre organiza una red de enunciados que habilita una forma de lectura y evidencia las relaciones entre saber y poder que atraviesan el texto. Por lo cual, la obra emerge como un espacio en el que ambos convergen como una función autor. Es así como se puede ver en el acto de nombrarlo la posibilidad de una lectura de época.

Ahora bien, pensar la apuesta teórica de Foucault a la luz de autofagia presupone reconocer el acto de ficción ejecutado con Antonia como una función-autora. La escritura propuesta por ella en torno al suicidio no se reduce a su experiencia personal, revela los discursos, instituciones y tensiones sociales que atraviesan la época que habita. Antonia, en tanto función-autora, es el punto

donde convergen voces, saberes y violencias. No importa en tanto individuo, sino como figura, como dispositivo que hace visible las redes de discursos que exceden su propia vida.

Esto, en relación con la autofagia, posibilita pensar las maneras desde las cuales el personaje de ficción Antonia se posiciona como agente que abre la lectura de diferentes épocas sobre el suicidio. Esto es, hablar de este fenómeno desde la voz de Antonia implica reconocer las fuentes discursivas e instituciones que atraviesan la cotidianidad, así, aunque Antonia escribe, se desintegra desde los distintos puntos de vista que los momentos históricos configuran sobre el suicidio. En este caso la destrucción de su persona atendería a una forma de comprender que no importa como individuo sino como función-autor, donde hace de la lectura de los contextos, su propia manera de experimentarlo. De ese modo, en ella convergen los discursos que rodean al suicidio en Colombia.

Autofagia y la muerte del autor

Devorarse a sí mismo, matarse lentamente en la escritura, aniquilar al sujeto, borrar al individuo, estas afirmaciones entrelazadas de Barthes, Blanchot y Foucault permiten entrever

las potencialidades de la autofagia. Aunque los postulados teórico-metodológicos planteados por los pensadores franceses permiten pensar la muerte y la relación con la escritura, su posicionamiento tiene tres aproximaciones diferentes. Para Barthes, implica una liberación de la obra de su poseedor, el creador de la obra no importa; se trata de una apertura a los procesos interpretativos en los que quien escribió ha de ser borrado para una comprensión social de la obra. Por su parte, para Blanchot se trata de un gesto de borramiento en el que el individuo acepta su desaparición y así el espacio literario exista, el individuo queda afuera para que la obra sea; Foucault orienta el problema hacia las implicaciones sociales y el reconocimiento de las formas como la figura de autor permite evidenciar unos regímenes de saber-poder.

El diálogo con estos autores permite reconocer en la autofagia la posibilidad de transformación de quien escribe; no se trata sólo de un borramiento desde los matices de los filósofos franceses, sino que busca reconocer el proceso de desintegración al mostrar los modos como quien escribe se fractura y con ello configura una obra múltiple y polifónica; pero, es también una reformulación del sí mismo desde el acto creativo. Devorarse

para poder vivir, el escritor aniquila una versión de sí que queda impregnada en las letras, el yo físico se mantiene a flote como gesto. La autofagia se convierte en un método de creación literaria, una forma de leer el mundo desde la cual escritura y suicidio, vida y muerte, obra y autor se entrelazan.

Autofagia: devorarse a sí mismo como gesto creativo

El trayecto investigativo tuvo como fundamento la construcción de la categoría autofagia para pensar, crear y analizar el suicidio desde la escritura. Para ello, se hizo necesario reconocer los modos como la investigación-creación posibilita indagar sobre el suicidio, a la par que se lleva a cabo la ejecución del proceso creativo: escribir una novela, pues se entiende como:

como una serie de prácticas investigativas con gran diversidad de aproximaciones creativas y modos de pensar, que vinculan la creación con la generación de conocimiento, desde múltiples motivaciones y reflexiones [...] mediante el cual se genera nuevo conocimiento a través de la creación de obras, eventos, objetos y productos con valor estético, valor entendido como la capacidad que tiene un objeto para atraer la

atención hacia sí mismo, produciendo una experiencia en la que se transmite un contenido de verdad que puede ser compartido de forma intersubjetiva. (Min. Ciencias, 2024, p.11)

La investigación optó por la escritura como herramienta del develamiento y la pérdida de partes del sí mismo en el papel. Se trató, a partir de la escritura de la novela *Funambulista del abismo*, de poner en acción el gesto de autofagia. Esto implicó dejarse afectar tanto de la intuición como del conocimiento acumulado para que, siguiendo las aproximaciones de Manfred Max-Neef, se vayan encontrando las revelaciones de la cuestión en tensión; esto es, de cierto modo, una forma de indagar en estado de alerta: al mismo tiempo una apertura a la creación artística y una sujeción al modelo investigativo, proceso en el cual se reconoce la confluencia en los actos de creación de una estructura investigativa que también consolida los procesos artísticos.

De esa manera, el proyecto tuvo dos puntos clave: por una parte, la construcción de la categoría autofagia, entendida como noción metodológica, pues se trata de una “herramienta para pensar, entonces se trata de un instrumento para provocar, para tensionar,

para incitar el pensamiento” (Noguera, 2009, p. 25). La categoría es tomada de la biología, donde fue descrita por primera vez en 1960 y se entiende como “comerse a sí mismo”, es un mecanismo ejecutado por las células que se encargan de degradar proteínas viejas o dañadas y las reutilizan como fuente de energía. Ese acto de devorarse facilita el buen funcionamiento del organismo; sin ese proceso la putrefacción se estanca y genera enfermedades. Esta metáfora revela un movimiento constante de destrucción y reconstrucción que sucede al interior del ser. Su utilizarla dentro de la escritura fomenta una nueva comprensión del acto de escritura- suicidio.

En la escritura, la autofagia se vuelve un mecanismo de supervivencia: al plasmar en palabras lo oscuro, lo podrido y lo insoportable, el sujeto se permite un espacio donde lo que duele puede ser transformado y, en cierta medida, consumido para alimentar la vida. Este acto no es un simple registro, sino un sacrificio simbólico, un devorar de las propias sombras que posibilita seguir existiendo. La autofagia se convierte en práctica reflexiva y creativa: el acto de escribir se alimenta de su destrucción interior. No se busca producir una verdad, sino acompañar un proceso de desintegración lúcida. Del mismo

modo que se entiende el acto suicida como un acto de libre elección y decisión, la escritura se posiciona como un acto de desprendimiento voluntario del sí mismo.

Por otra parte, se desarrolló la construcción de la novela *Funambulista del abismo* desde la configuración de un personaje llamado Antonia, una joven citadina cargada de desencanto frente al mundo contemporáneo y su esfuerzo por habitar las ideaciones suicidas. Este gesto creativo pone en relieve la pulsión de muerte y vida, pues el personaje que emerge como creación, a su vez, es borrado de otros mundos posibles. Se genera una representación de Antonia; ella ha muerto por medio del juego del lenguaje, pero existe como creación de un nuevo universo. Ahora bien, este ser que ha sido creado por medio de la escritura se sumerge en un universo donde cuestiona y anida el suicidio. En ese orbe ella es dueña de sus actos. Palpa con cuidado su propia muerte. Antonia es vista desde tres puntos: el primero, desde un narrador omnisciente que cuenta su actuar y los modos en que se enfrenta a la vida; segundo, con su monólogo interior, donde transitamos los pensamientos añejos y corroídos; tercero, desde sus poemas y escritos íntimos en los que nos adentramos en la poética de su pensamiento.

Ahora bien, la autora Antonia no sólo piensa. Ella actúa, estudia, trabaja e investiga. Quien la lee se encuentra de frente con su análisis de la historia del suicidio en Colombia: un trasegar desde la época prehispánica hasta la modernidad. El tono de esa escritura es un ensayo de carácter argumentativo que pretende evidenciar los imaginarios colectivos en torno a la muerte por mano propia en cada época; esto implica hacer un rastreo histórico en el que se tiene en cuenta el uso de algunas perspectivas metodológicas del orden de la arqueología y la genealogía.

La primera es la arqueología, que posibilita pensar que el “objeto de saber no es un dato acabado, sino que es el resultado de la confluencia de discursos y conceptos que funcionan como condiciones de posibilidad” (Pérez, 2012, p.469). De este modo, al acercarse a la historia del suicidio reconoce las instancias del saber que permitieron su posicionamiento dentro de la forma de comprenderlo en cada época. Por otra parte, la cuestión genealógica, dentro del pensamiento foucaultiano, no se debe entender como una contraparte de la arqueología, por el contrario, se relaciona con la comprensión de su trabajo, pues al finalizar su libro *La arqueología del saber*, Foucault apunta que

“la vida no es discurso” (Foucault, 1998, p. 355), por ende, no se puede limitar el estudio al cuestionamiento de la historia sin preguntarse por las prácticas y experiencias que constituyen subjetividades. En suma, se trata de comprender que los discursos se crean a partir de las experiencias y cómo esto atraviesa socialmente los modos de relacionarse con la muerte por mano propia en cada momento histórico.

En este juego del metarrelato, Antonia encuentra los textos, naufraga entre autores, documentos jurídicos, literarios, pinturas, para adentrarse en la comprensión del suicidio. Antonia habita el devenir, reconoce que sus estudiantes, los libros que lee, la vida que lleva son los motivadores para la comprensión del fenómeno que atraviesa su vida. Su finalidad no es una búsqueda exegética del suicidio, no se detiene en cada año de la historia del país, por el contrario, encuentra hitos, prácticas singulares sobre las cuales detiene la mirada y escribe. Este recorrido permite comprender que los fenómenos sociales, culturales y políticos emergen a partir de unas dinámicas propias de cada época en la historia de Colombia.

De ese modo, la novela se articula como una bifurcación para la comprensión del suicidio, no se trata entonces de delimitarlo a un

estudio meramente filosófico, psicológico o sociológico, sino que a partir de la literatura se plantea la posibilidad de señalar en el acto que no hay verdades claras, ni tampoco pretensiones de que así sea. Apunta a permitirse abrir el mundo del suicidario, a quien Jean Améry (2005) describe como “aquel que lleva en sí el proyecto de muerte voluntaria, tanto si se lo plantea seriamente como si tan sólo está jugando con la idea” (p.14). Antonia es una suicidaria, nos adentramos en sus modos de habitar con el fin de reconocer el suicidio desde distintas ramas de saber, así como la comprensión sensible y cuidadosa de quién ha elegido la muerte más allá de sí, como una forma de ruptura con la propia existencia. Quienes leen, observan desde una distancia en la que paulatinamente ella se va borrando, vive y muere en la medida en que es nombrada.

Ahora bien, investigar en estado de alerta implica asumir la vulnerabilidad como método. Crear desde la autofagia conllevó un dejarse atravesar por la experiencia, reconocer las alarmas que se encendían en medio de una clase, en el paisaje de la ciudad, en las conversaciones entre amigos, para permitirse naufragar en el pensamiento suicida, abocándose a la muerte. Implicó poner los tres registros textuales en diálogo permanente con la vida, el

pensamiento y las ideaciones. La creación misma se convierte en la vía de conocimiento. La escritura, al ser entendida como un acto de autofagia, opera simultáneamente como método, objeto y resultado, permitiendo comprender el suicidio no desde la patologización, sino como un acto de sentido, una muerte diferida que se realiza en el gesto poético.

La multiplicación de los registros como escritura en capas

La polifonía propuesta implicó reconocer distintos modos discursivos que permitieran la aproximación al reconocimiento del suicidio a partir de diferentes enfoques. La novela indaga desde distintas capas que refieren a diversos modos de significación. A partir de Zecchetto (2002) podemos reconocer dos niveles de sentido: el primero, la denotación que “está vinculada con lo que directamente expresa y refiere el signo, esto es a la función comunicativa del lenguaje. El segundo, la connotación que refiere a las evocaciones a aquello que está sugerido y que pone en juego las interpretaciones posibles como la expresión “*torta de milhoja*”, donde lo subjetivo, lo afectivo y los imaginarios se ponen en juego, es decir apunta a la función significativa del lenguaje. Es aquí en donde el texto no es lineal,

se entrelaza, se suceden entrecruzamientos entre niveles denotativos y connotativos.

De la misma manera, la novela *Funambulista del abismo* está construida desde distintas capas de escritura. El ensayo cumple la función denotativa; organiza datos, leyes, estudios históricos en un proceso constante de delimitación del fenómeno del suicidio. A esa capa se le superpone la narración ficcional en tercera persona, entendida como una capa connotativa que permite reconocer los modos como Antonia es afectada por el fenómeno, las situaciones sociales, las instituciones y su cotidianidad. La tercera capa atiende a los monólogos interiores en los que se introducen lo afectivo y subjetivo; por último, los textos poéticos y agendas que constituyen la dimensión íntima de la idea del suicidio.

La superficie del mundo, los datos, leyes y estudios históricos

El ensayo histórico se entiende como una capa denotativa en tanto permite comprender los modos como el suicidio ha sido referenciado a lo largo de la historia, se trata de presentar el fenómeno desde las aproximaciones culturales, las transformaciones del concepto a lo largo del tiempo. Esta capa

opera como marco de referencia del fenómeno en el que se argumenta y verifica históricamente. Se trata del diálogo con la historia, con los múltiples autores y referentes que dan cuenta del tema a investigar. Este trabajo buscó comprender los modos como el suicidio se había configurado históricamente en Colombia. El análisis se desarrolló desde hitos o momentos particulares que posibilitan hacer evidentes las reconfiguraciones del acto de darse muerte. El recorrido se presentó desde investigaciones, representaciones artísticas, diálogos literarios e incluso estatutos legales, que permitieron afirmar los diferentes modos del lenguaje para configurar al suicidio, haciendo que cada registro tuviera el valor de revelar las percepciones que cada época configura.

Durante el recorrido, las aproximaciones al archivo histórico se presentaron como un gran reto. La dificultad no surgió sólo desde la decisión, sino también desde el temor de tener un proyecto tan extenso, se optó por tomar momentos, situaciones, textos muy particulares como catalizadores del pensamiento de la época. Se reconoce que, dentro del trabajo realizado, hay muchos temas por abordar en detalle, que no todo está dicho y que el rastreo aquí

presente busca, sobre todo, ampliar el marco de comprensión del suicidio.

De ese modo, el ensayo tomó algunos estudios sobre cada una de las épocas con el fin de dilucidar las formas en que se comprendía desde ese momento. Durante la época prehispánica, la literatura es escasa, sin embargo, se hallaron algunos atisbos en los que fue evidente la posibilidad de reconocer en las comunidades indígenas una relación espiritual con el acto de darse muerte que con la llegada de los españoles se fue transformando, pues en la conquista la barbarie a la que fueron sometidas las comunidades indígenas y afrodescendientes llevó a una concepción del suicidio por parte de estas comunidades como un acto de huida ante la barbarie, un acto de dignidad.

Del mismo modo, este periodo histórico marcó varias vertientes de análisis que pueden ser tenidas en cuenta para futuras investigaciones, ya que la relación de las comunidades indígenas y el suicidio es diversa en tanto las cosmogonías de cada pueblo abrea vertientes del saber que se anudan a cuestiones poco estudiadas. Además, se considera pertinente realizar un estudio a futuro en el que se pongan en tensión los procesos “civilizatorios y de progreso” y sus implicaciones en los actos suicidas, pues

algunas comunidades han sucumbido al acto de darse muerte. Por ejemplo, el acto de elegir morir por encima de la vida intensificada a partir del neoliberalismo abre la puerta para cuestionar los modos como desde los discursos hegemónicos se han consolidado prácticas de maltrato, dominación y subordinación a las comunidades indígenas, cuestión que aunque se ha reconfigurado a partir de los cambios sociales, culturales y políticos falta mucho pues aún se siguen acorralando las posibilidades de una vida digna para estas comunidades.¹

Dentro del mapeo realizado en el ensayo se logró constatar el cambio en las concepciones del suicidio, las formas como los cambios de distinta índole dieron una mirada a cada época. El suicidio estudiado desde una perspectiva arqueo-genealógica, posibilita reconocer que la transformación de la concepción de la muerte por mano propia a lo largo de la historia está permeada por los saberes y prácticas en las que la configuración de subjetividades relega, clasifica, estipula el lugar del suicida en la sociedad. Por ello, se evidencia el tránsito, entre el mal esclavo, el pecador, el loco. Este tipo de nominaciones posibilita

¹ Véase: selva inflada (2015)

relacionarse con ellos desde modelos de dominación, maltrato, regulación, control y cuidado.

Hacer el recorrido histórico permite adentrarse en el suicidio, no desde una mirada única, sino amplia y disconforme que permite pensar los modos de relacionarnos con la muerte por mano propia, referenciar los modos como en la actualidad se han configurado maneras de asumir el tema. Comprender al suicidio implica, por una parte, identificarlo como un debate latente asociado a la dignidad de la muerte; por ejemplo, se debaten formas de asistir a quien muere en las que se estipulen unas condiciones particulares en las que prime la superación del sufrimiento físico; por otra parte, se piensa desde los modos como la literatura ha posicionado espacios para cuestionar el modo más indicado para hablar del suicidio, la poesía intimista y el testimonio permiten adentrarse en las formas contemporáneas que ha encontrado el humano para hablar de lo inefable.

Este registro textual aporta a la investigación un suelo teórico e histórico en el que no se trata de mirar atrás como una añoranza o un espacio perdido, sino de ver atrás para comprender los modos desde los cuales las percepciones nos configuran, condicionan y delimitan las maneras de acercarse a un fenómeno

tan actual sensible, y activo como lo es la decisión de darse muerte a sí mismo. Esta capa dialoga con las demás como el suelo firme del suicidio que referencia histórica y teóricamente el fenómeno.

El peso del mundo sobre Antonia, la narración ficcional en tercera persona

La creación de un personaje de ficción posibilita hablar del suicidio desde una mirada compasiva que deje de lado la objetivación. Narrar la cotidianidad de una persona que recurrentemente habita la idea de muerte posiciona miradas simbólicas y afectivas que no podrían nombrarse de ninguna otra manera. La narración se transforma en un acto de cuidado entre quien escribe desde su vulnerabilidad y quienes puedan sentirse identificados con el personaje: el dolor puede ser dicho sin instrumentalizarlo. Bajo esta perspectiva el suicidio es visto como un cuerpo, fuera de un tiempo histórico, que no puede ser reducido a cifras o categorías, y que se evidencia en las relaciones sociales, discursivas e institucionales con las que se moldean los modos de relacionarse con el suicidio.

Por ello, el análisis del suicidio y la vivencia subjetiva de quien investiga, traduce la experiencia sensible, mostrando la relación

entre pensamiento, cuerpo, gesto y palabra a través del plano narrativo que crea conocimiento a partir del personaje: su escritura, su vida cotidiana expone los dilemas éticos, políticos y emocionales del suicidio sin recurrir al lenguaje moralizante.

Además, la ficción no busca representar el suicidio, sino acompañar el pensamiento de muerte, la vida y la escritura se hacen una. Desde allí se posibilita una relación con la ideación suicida y los intentos de suicidio desde una aproximación sensiblemente personal. Busca dar una mirada literaria de la elección de la muerte en la que la escritura termina por convertirse en la herramienta sobre la cual hay una muerte diferida. Es así como el ejercicio narrativo permite evidenciar las formas como el personaje (Antonia) poco a poco va comprendiendo que el acto de dibujar grafos en el papel puede reconocerse como un acto de autodestrucción similar al suicidio. Es posible hablar del sufrimiento sin que por ello se exponga de forma física a ello.

De ese modo, la creación de Antonia permite adentrarse en el mundo del suicidario, habitar su cotidianidad, sus pensamientos y las maneras como se relaciona con la sociedad, esto posibilita retratar el fenómeno del suicidio desde una apreciación no

objetivizante, moralizante o instrumental. La narración reconoce el dolor, la vulnerabilidad y las reflexiones del personaje como posibilidades para la comprensión del suicidio desde una mirada intersubjetiva. Esta capa discursiva permite poner el análisis en la experiencia humana, ya que el fenómeno social se mira desde las afecciones individuales. Toda ella, termina siendo una lectura personal de una época.

El dolor brota en las palabras: afectividad y subjetividad

En esta capa Antonia se posiciona como la entrada a un mundo ficcional en el que ella es escrita mientras escribe, su mundo es el lenguaje propio de la autofagia, se devora en sus escritos, mientras es devorada por su investigación y sus pensamientos. Metodológicamente hablando, el personaje de ficción posibilita evidenciar la práctica de autofagia. Antonia es la herramienta sobre la cual se sustenta la escritura. Ella pone en tensión el acto de escribir, se devora en las letras, las consume con el afán de quien no sabe cómo vivir, y en el acto de escritura permanente se mantiene viva. Ubica el dolor en un territorio simbólico que puede ser resignificado a partir de las maneras como el personaje se relaciona con las verdades que configura como propias.

En este aparte, se descubre la sensibilidad, los pensamientos intrusivos, el descenso del vacío en su cuerpo, de modo que el lector se adentra en la mente del personaje, en donde la contradicción entre vivir y morir se hace latente. Se reconoce como la experiencia psíquica, cada palabra permite reconocer la conexión entre Antonia y las ideas de muerte. De ese modo, se puede acceder al campo de la interioridad, la experiencia del suicidio como pensamiento, sensación y corporalidad. Esta aproximación presenta la intensidad emocional en la que se habita el límite y, así, se expone la potencialidad del pensamiento fragmentado.

La intimidad y la muerte, textos poéticos

Aquí se encuentra el espacio en el que se concreta la disolución del personaje, se reconoce la forma en que la vida cotidiana, sus reflexiones y el análisis del suicidio convergen en la consumación del acto de morir. Sus agendas, sus reflexiones y poemas se convierten en el acontecimiento de disolución, la huella del devoramiento, tal y como ocurre con los artrópodos cuando dejan la exuvia, se quitan la piel muerta dejando un rastro, del mismo modo las letras en esas hojas de papel son la huella de las múltiples muertes de Antonia. Esta capa, la más

interior, acude a lo sensitivo, al dolor expresado desde la poética como espacio posible para la comprensión de la elección de morir.

En este plano, la comprensión de la autofagia es posible gracias a las diferentes capas, ya que, cada una aporta un registro textual diferente en el que la comprensión del suicidio en Colombia se abre en fractales. Es una apuesta que aboga por la multiplicidad de discursos en el que convergen la teoría, la historia, la literatura, la poética, con el fin de reconocer que el suicidio es un acto ejecutado históricamente y moldeado desde distintas aristas para su comprensión, que habitar las ideas de muerte configuran formas de relacionarse con el entorno complejas en las que los mandatos sociales poco a poco apagan las vidas; también sobre cómo la escritura permite un respiro, un desprendimiento del dolor y un reconocimiento del acto de morir como posibilidad literaria. En esta capa, la autofagia aparece como el yo que se deshace en la escritura y ahí aparece lo innombrable del suicidio, la metáfora y el desborde del lenguaje, la posibilidad del impulso, la crisis, el registro de la crisis y la creación, allí se evidencia la potencialidad de la transformación.

La intersección de las capas.

Siguiendo a Zecchetto, las capas no funcionan de forma aislada sino como distintos niveles que se iluminan entre sí. La novela puede leerse como una estructura compleja entre la denotación y la connotación, donde cada uno de los niveles se tensiona y convergen en la multiplicidad de interpretaciones. En la obra se reconoce la superposición, fractura y diálogo entre niveles para el re-conocimiento del suicidio.

Cada una de las capas atiende a un modo de significar el suicidio y la escritura: el ensayo lo ubica social y teóricamente; la narración abre el diálogo con el mundo desde la ficción, el monólogo interior lo ubica en la sensación, refleja las afecciones emocionales de quien habita la ideación suicida y la poesía genera metáforas, delira con el lenguaje, une al fragmento con la ruptura del sí mismo en la palabra. Todas ellas terminan por iluminar diferentes espectros del suicidio.

Una poética del desborde

Escribir es morir un poco.

El juego de morir creando, eso es la autofagia, una invitación al gesto creador como posibilidad de fractura del sí mismo. Si la muerte es la interrupción del sentido, la escritura fue la manera de afrontarla, mirarla de frente, sostener el suspenso antes de dejarse caer. El advenimiento de la escritura se convierte en un acto de demolición, un gesto por el cual el dolor deja de pesar en el interior para adquirir una forma exterior. Sé que el demonio existe porque yo le he dado forma.

El proyecto posibilitó pensar desde distintos puntos las formas de reconocer el suicidio, entre ellas la comprensión de la escritura como un acto suicida, el acto de renuncia voluntaria a una parte de sí mismo para la creación de otro. De ese modo, la noción de autofagia se consolida como una categoría de análisis y creación en la que el paso de la biología a la literatura permite comprender el suicidio fuera y más allá del registro psiquiátrico, para reconocerlo como una forma de agencia de la existencia.

Esto permitió enlazarla con la investigación creación “autofágica” en la que escribir fue el método y el objeto de estudio. La escritura no fue un gesto representativo del fenómeno, sino el acto de ejecución, el modo de encarnarlo a partir de la producción de conocimiento desde la experiencia

sensible, la reflexión y la desintegración. Pensar el gesto de autofagia desde la investigación creación posibilita abrir debates en torno a las metodologías artísticas contemporáneas en las que la vulnerabilidad, la afectación, el desgarrar, el dolor se convierten en espectros posibles para el conocimiento.

Ahora bien, la novela *Funambulista del abismo* y el personaje de ficción Antonia, permiten posicionar el suicidio como un proceso simbólico de transformación. La escritura ficcional (narrador) se enlaza con la reflexión teórica, donde lo ensayístico, la novela y los diarios íntimos trascienden las esferas tradicionales del texto académico, la hibridez del texto posibilita el reconocimiento de la polifonía, reconoce el devenir investigativo como una apuesta teórica, estética y artística en la articulación y producción de conocimiento. Además, el trabajo propone una mirada que trasciende el campo del enjuiciamiento hacia el gesto de comprender para que las diferentes formas de la escritura posibiliten el reconocimiento de los límites humanos: aceptar el mundo del suicidio implica reconocerlo más allá de la patología. De ese modo, la autofagia se entiende como un gesto de resistencia ante los discursos que patologizan o silencian el dolor,

permitiendo una mirada ampliada de la relación escritura-suicidio-existencia.

Asimismo, el diálogo entre autores como Barthes, Blanchot y Foucault permitió trazar una línea de pensamiento donde la desaparición del autor, la disolución del sujeto y la multiplicidad del sentido encuentran resonancia en la autofagia como potencia creadora. Esta articulación contribuye a repensar los límites del pensamiento posestructuralista desde una experiencia situada en Colombia, donde el suicidio no sólo se piensa, sino que se vive en la textura social, histórica y afectiva del país.

La investigación creación permitió identificar los modos como la escritura del suicidio se hizo, en sí misma, una práctica de supervivencia. Escribir desde la autofagia mostró que el acto creativo devela una pérdida, un gesto de muerte voluntaria, una entrega a la creación de una parte del sí mismo, ya que se deja aquello que ya no tiene sentido y se da espacio a la posibilidad de algo nuevo. La muerte deja de ser final, se convierte en energía transformada del lenguaje y la individualidad.

Escribir desde la autofagia fractura la distinción entre vida y muerte, teoría y experiencia, sujeto y texto. La creación se

convierte en una forma de sostener el pensamiento en el abismo, de resistir ante la bruma del sentido que impone el mundo actual. Del mismo modo, las capas discursivas funcionan como “torta de milhoja” que construye un sentido posible para abordar el suicidio; desde la enunciación objetiva que el ensayo propone, pasando por la enunciación ficcional de un mundo para la suicidaría Antonia, hasta la intimidad sensible desde la cual se revelan las ideaciones suicidas hasta llegar a la voz poética que materializa simbólicamente el suicidio en el acto de morir en las palabras.

Finalmente, el proyecto deja abierto un horizonte: la escritura como modo de resistencia y cuidado ante el sinsentido, una forma de morir sin aniquilarse, de vivir sin negar la muerte. La autofagia como práctica poética revela que en el acto de devorarse hay también una afirmación radical de la vida.

Referencias:

Amery, J. (2005) *Levantar la mano contra sí mismo discurso sobre la muerte voluntaria*. PRE-TEXTOS

Álvarez, A. (1999) *El Dios salvaje*. Editorial Norma.

Barthes, R. (1994) *El susurro del lenguaje más allá de la palabra y de la escritura*. Ediciones Paidós.

Blanchot, M. (1990) *La escritura del desastre*. Monte Ávila editores

Blanchot, M. (2018) *La literatura y el derecho a la muerte*. Fondo de cultura económica.

Blanchot, M. (2002) *Espacio literario*. Editorial Nacional, Madrid.

Foucault, M. (1998) *La arqueología del saber*. Fondo de Cultura Económica

Foucault, M. (1999) *¿Qué es un autor?* En *Entre filosofía y literatura, obras esenciales*, vol. 1. Pp. 329-360. Paidós

Mallermé, S. (1982) *Poesía*. Plaza y Janés, S.A. editores.

Noguera, C. (2009) *La Gubernamentalidad en Los Cursos del Profesor Foucault*. En: Educação & Realidade, Universidade Federal do Rio Grande do Sul Porto Alegre, Brasil vol. 34, núm. 2, pp. 21-33

Pérez, S. (2012) *La crítica metódica de Foucault*. En tratado de metodología de las ciencias sociales, perspectivas actuales. Fondo de cultura económica

Instituto Nacional de Salud. (2026, 19 de febrero). *Notificaciones por eventos acumulados – Datos básicos*. SIVIGILA. <https://portalsivigila.ins.gov.co/>

Zecchetto, V. (2002) *La Danza de los signos. Nociones de semiótica general*. Ediciones ABYA-YALA

II. Producto artístico original: *Funambulista del abismo*



FUNAMBULISTA DEL ABISMO

Ingrid Vargas

FUNAMBULISTA DEL ABISMO

Ingrid Vargas

*Si miras mucho tiempo a un abismo,
el abismo también te mirará a ti.*

— Nietzsche

*A Jenn, Sara, Cata, Nat,
Mar, Enrique, Karen, mis cómplices,
quienes caminaron conmigo sin miedo al vértigo,
y me sostuvieron en la densidad de la noche.*

*A las versiones perdidas, rotas o extintas
que nos permitieron sobrevivir.*

Índice

1. El suicidio en occidente: transformaciones históricas	11
Polifonías de la antigua Grecia	11
Primeros cristianos. Suicidio como pecado	15
Modernidad - ingreso a la psiquiatría.	18
2. El suicidio en América y Colombia: resistencia, regulación y transformación	24
Visiones prehispánicas: el suicidio como acto espiritual, sacrificial y honorable	24
Conquista y colonia: el suicidio como resistencia frente a la opresión	28
Regulaciones coloniales: pecado, crimen y castigo ejemplarizante.....	35
Independencia y república: el suicidio como antipatriotismo.	48
3. El suicidio en la Colombia del siglo XX: entre la patologización y el sentimiento trágico	50
La patologización del suicidio entre lo moral y biopolítico	62
Representaciones literarias: la muerte íntima como gesto de rebeldía	64
Segunda mitad del siglo XX: existencialismo y suicidio en Colombia	85
4. El suicidio en la Colombia contemporánea: un debate sobre la muerte digna	90

Ingreso de la muerte digna al debate contemporáneo.....	94
Prevención y cuidado del suicidio en Colombia.....	104
Sentimiento de época, un acercamiento a la literatura desde el suicidio	108
Coda.....	120
Referencias	132

Cada mañana, al levantarse, las preguntas interminables volvían “¿Qué día es hoy? ¿Qué debo hacer? ¿Por qué debo levantarme?, ¿Y si mejor sólo me quedo en la cama?, ¿Si dejo pasar las horas y espero que la muerte me lleve con ella? El tiempo se haría eterno; cada segundo, un tedio más grande. Entonces alguien golpearía mi puerta y estaría a merced del mundo”. Ponía sus pies en el suelo mientras buscaba el interruptor, ubicaba las cosas que necesitaba para su día y emprendía el camino a la ducha.

Las gotas cálidas caían una a una sobre su cuerpo. Quizás este día tenía algo nuevo que mostrarle. Se sumergía entre el agua y transitaba: “quizás debería tener más fortaleza para hacerlo, he pensado tanto en dejarme morir que no tiene sentido seguir postergándolo, el golpe sería certero y no habría a quien darle explicaciones”. Se duchaba en automático. Ponía jabón en su cuerpo, champú en su cabello, lavaba sus dientes, se observaba sigilosamente en el espejo.

—Antonia, es hora de salir de la ducha —gritaba su madre en medio de la madrugada.

—Yaaaa vooyo —respondía mientras cerraba la llave.

Así cada mañana desde hace años. Habitaba el mundo en un dualismo casi enfermo. Una parte era un ser vital sonriente que se precipitaba a las experiencias mundanas con tanta energía que parecía disfrutar cada instante; quizás pensaba que podría ser el último. La otra parte, deambulaba en la soledad, se apartaba del mundo y escondía sus huecos internos para que nadie los viera; pensaba, sin tener razón, que eso no era bien visto. Esa parte, la triste y melancólica, parecía tener una obsesión permanente con la idea de morir y se hundía pedazo a pedazo en el abismo constante de abrazar la parca. La miraba una vez cada cierto tiempo. Su refugio eran libros que encontraba en la biblioteca del colegio o alguno que su hermana Lina le compartía en ocasiones. Pensaba que, si no guardaba lo que leía, fácilmente lo olvidaría, así que tomaba una agenda vieja y copiaba las citas, las oraciones más llamativas o aquellas que la trastocaban emocionalmente. En esas agendas se podía hallar una leve lectura de Antonia, se mostraba por medio de sus reflexiones y las de los autores que leía como un ser desnudo al mundo.

*

Cuando tenía 15 años su padre intentó quitarse la vida frente a su hermana, su madre y ella. Aunque el acto parecía un berrinche, abría la posibilidad del arrojito voluntario a la muerte. Para este hombre, que había jugado azarosamente con su vida, tomarse un tarro de veneno con Coca-Cola era un acto de libertad absoluta. Para Antonia resultó todo lo contrario, ese instante se hizo detonante de un estado constante de aprehensión: un fósforo en medio de la oscuridad para iluminar la zozobra que acompañaba

el temerario asunto del suicidio. Se cuestionaba: “¿Cómo habitar el mundo cuando el final se ve tan perfectamente alcanzable la muerte? ¿Por qué justo antes de ese acontecimiento el tortuoso mundo parecía la única verdad?” Los años pasaron, pero las inquietudes frente a la muerte voluntaria consumieron cada parte de sus entrañas, no sólo se trataba de una inquietud existencial, quería penetrar el suicidio desde las múltiples aristas. Lo primero fue la experimentación personal, el juego del vivir muriendo, de arrojarse y sostenerse en el vacío, un cóctel de pastas para empezar, un cuchillo rozando las muñecas, un Transmilenio a 80 km por hora, la cabeza en el horno. Cada una de ellas había sido interrumpida por alguna mano amiga, por algún allegado o desconocido que había tomado su mano, su cuerpo, su ser para cobijarlo y mantenerlo en pie. Después venía el cataclismo, el espasmo momentáneo de despertarse en el mundo y sus velocidades, habría que levantarse nuevamente y continuar con la penumbra. Antonia comprendía que había transitado por la vida con un velo hacia el mundo y otro hacia su interior. Lo difícil era asimilar que no importaba hacia dónde volcara su mirada, la penumbra le abrazaba.

Todas las situaciones tenían el mismo resultado. Se veía realmente torpe, incapaz de ejecutar de buena manera un acto tan simple. Quizás, la única que terminaba por ser clara era la de sentarse en medio de la noche a escribir. El papel era una materialidad concreta sobre la cual desintegrarse. Había en ese espacio-tiempo alejado de la realidad una muerte plena. Comprendía que los análisis que pudiera hacer en torno a la muerte no eran más que intentos de arrancarse la presencia. Al

igual que tantos literatos, poetas, actores, filósofos y personas del común, ella podía renunciar a la vida, pero hacía falta darle argumentos, así que divagaba por los caminos del suicidio, estudiando su génesis desde la antigüedad hasta la modernidad en Occidente. En todos halló una polifonía de miradas que al llegar a la contemporaneidad había sido consumida por el discurso psiquiátrico. Tras la muerte del suicida, los diagnósticos negativos emergían. La voz del suicida muere y, sin embargo, no sobran las maneras de escudriñar en su intimidad, para dar una explicación desde la normalidad contemporánea: estaba enfermo, tenía una visión distorsionada de la realidad, sufría una crisis. Había resuelto el acertijo.

*

12 de enero de 2024

He pensado en escribir un libro, se llamará autofagia, sobre la escritura como sanación. El término proviene de la biología, fue descrito por primera vez en 1960 y se entiende como “comerse a sí mismo”. Es un mecanismo ejecutado a nivel celular que consiste en que las células degradan proteínas viejas o dañadas y las reciclan para ejecutar funciones importantes. Así el aniquilamiento constante de mi persona en el papel no es más que el acto por el cual arrojó mi podredumbre, los pensamientos añejos o corroídos para que me doten de energía para seguir con la vida. Los grafos sobre el papel han posibilitado las múltiples versiones de mi yo acabado, corroído. Ha sido la escritura la que me ha permitido morir.

3 de febrero de 2024

Tengo la leve sensación de estar en la encrucijada entre el sin sentido de la vida y la falta de justificación para morir. Pienso que tal vez es la falta de sentido lo que nos permite experimentar las posibilidades, las ambigüedades y disfrutar de la carta abierta que deja la vida, tan libre que permite pensar cómo irse, cómo dejar de vislumbrar mil posibilidades y quedarse con la idea de apagar la luz, para siempre.

7 de abril de 2024

Nos imponemos el existir dice Lispector en la voz de Ángela, y creo en el abatimiento de ese imperativo. Tal vez, porque eso he hecho de mí una obligación, me he impuesto existir más allá de mi propio entendimiento, más allá de las fuerzas terrenales. Una exigencia que carcome y, sin embargo, no puedo evitar. Estoy existiendo y en determinados momentos, vivo.

*

Antonia sentía los días con una monotonía abrumadora, su vida transitaba entre la escuela, la casa, la universidad. Así, existir era un círculo que la llevaba siempre al mismo lugar: morir, morir, morir... En el camino no habían hecho falta los sucesos. Pilar, una amiga de su infancia, quien tenía una niña de dos años, había sido encontrada por su padre colgada en una viga de la casa (como Yocasta). Su muerte había sido extraña, tanto que se llegó a pensar que había sido un montaje, pero la carta que había dejado a su hija era todo lo que se necesitaba para comprenderla.

Querida Emilia

Perdona que me vaya, perdona que en medio de este dolor que me carcome decida irme antes de que sea más duro para ti. Te amo, juro que te he amado, pero mis días cada vez son más oscuros. Tengo la certeza de que este momento es preciso para irme, pues tú aún no guardas una imagen clara de mí, con el pasar de los años borrarás de ti lo que yo fui, no habrá en ti un recuerdo que te ancle a mí. Perdona que me vaya, pero necesito hacerlo, lo hago por mí y deseo de todo corazón que me perdones.

A Jessica, hasta pronto, fuiste sin lugar a dudas la mejor hermana que alguien pudiera tener, no quiero que te culpes, no espero que te recrimines, sé bien que te dije que ahorita pasaba por las onces, pero no quiero seguir dando vueltas a este asunto. A Luis, dile que cuide bien de mi hija, que sé es un excelente padre.

Con amor

Pilar.

Una carta dolorosa que no daba mucho que decir. Leerla era sepultarse. Descubrir en paralelo la posibilidad de haber sido Pilar, ver el desconcierto en los vecinos del barrio, el golpe seco en su hermana, un silencio arrojando cada espacio del entorno. Entender que, al decidir partir, el dolor quedaba en quienes la encontraron, en quienes debían habitar su ausencia.

*

Otro día en medio de sus clases de literatura dos de sus estudiantes la esperaban en el balcón, con un aire distante y parco.

—Espitia y Cortés, vamos adentro —afirmó Antonia con fuerza.

Los dos la miraron con desidia y entraron.

—Profe, déjenos estar afuera unos minutos —dijo Cortés.

—No, muchachos ustedes saben que deben estar dentro del salón. Ya hablé con el profe de Matemáticas. Si ustedes están afuera les bajaré la nota —respondió un poco fastidiada.

—Sí todo bien, ya sabemos.

—Oye, ¿cómo me estás hablando?

—Perdón profe, es que se mató un amigo.

—¿Se mató de ‘se accidentó’ o de ‘se suicidó’? —preguntó Antonia con un tono de apatía y molestia ante sus estudiantes.

—Se suicidó— respondió Espitia.

Antonia comprendió su impertinencia. La respuesta había trastocado su ser, soltó lo que tenía en sus manos y respiró, miró al fondo del salón.

—Salgan, tómense su tiempo —respondió con el nudo en la garganta.

Quedó suspendida en un no-tiempo extraño. Los demás estudiantes se difuminaron en el espacio.

Cortés y Espitia se quedaron en silencio fuera del salón. Ella los miró con la distancia prudente de quien entiende que la vida está pasando en un ritmo diferente al del interior de esos dos jóvenes... Ellos estaban encapsulados por el golpe: su amigo de toda la vida había dicho adiós y ellos no notaron las señales.

Antonia se conmovió al verlos acongojados, los observó y cuando alguno se perdía de su panorama salía a buscarlos. Los dejó transitar el dolor.

Toc-toc, ¡la muerte!

Toc-toc, el suicidio.

*

En medio de su deber hacer, del correr dentro de la rutina, comprendió que la pregunta por el suicidio no podía quedarse en una práctica fugitiva de ciertos momentos. Sabía que en los últimos quince días se habían suicidado tres de sus compañeros de la universidad que, al preguntar por Juan, un compañero del colegio a quien no veía hacía 10 años, su amiga le había respondido que se había suicidado 6 años atrás. Conocía las noticias diarias de jóvenes, hombres y mujeres que se lanzaban desde altos puentes, edificios o desfiguraban su rostro con un tiro en la cara, sabía que esa realidad la acompañaba de manera bulliciosa en su trasegar con la muerte. En los intersticios de sus múltiples intentos, su país también se abría al abismo, Colombia,

una nación en la que anualmente se suicidan un aproximado de 2.000 personas ². También sabía que su deseo no estaba anudado a una patología, aunque las estadísticas arrojadas por los distintos medios hablaban, en su mayoría, de enfermedades mentales. Tenía claro que cuestionar los modos en que alguien había elegido la muerte se quedaba anudado a discursos que borran la posibilidad de una libertad absoluta.

Entonces, como ya había realizado el recorrido europeo por la forma de comprender el suicidio, quería mirar su entorno, estudiarlo en detalle y reconocer los modos como la muerte por mano propia había sido entendida en su país. Una tarea que al decirla parecía espantar. ¿Quién en su sano juicio quiere ejecutar una labor tan dispendiosa? — preguntaban sus profesores. ¿No crees que es mejor que te acerques a un caso particular? Y ella les observaba con terquedad. Lo que deseaba era mirar las maneras en que durante diferentes épocas las poblaciones se habían relacionado con el suicidio, hasta llegar a la modernidad. En el fondo, quería saber si, como todos los autores que conocía, su deseo por la muerte no era más que un sentimiento de época, sentía la necesidad profunda de comprender el fenómeno para comprenderse a sí misma, para reconocerse, para aprender a habitar.

² Según el reporte de medicina legal, para el mes de septiembre del 2025 se han suicidado 2066 personas, presentando un leve descenso frente al mismo periodo en 2024 con 2215. (Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses, 2025)

*

El estudio histórico del suicidio revela que su comprensión ha atravesado profundas transformaciones. En Occidente, en la antigua Grecia, pasó de ser considerado como un acto de dignidad a ser condenado como pecado en la Edad Media; regulado como crimen en la modernidad y, finalmente, abordado como fenómeno médico y social en el siglo XX. En la actualidad, el suicidio ha comenzado a entenderse como un acto que involucra la autonomía del ser humano, especialmente en debates sobre muerte digna y suicidio asistido.

Este ensayo propone examinar los modos en que la concepción de la muerte por mano propia ha cambiado en la historia de Colombia, integrando perspectivas filosóficas, religiosas, sociales y legales. Para ello, el recorrido se articula a partir de tres preguntas fundamentales: ¿A quién le pertenece la vida? ¿Qué hacer con la vida? ¿Qué significa renunciar a la vida?

Para ello, el trabajo se desarrolla en cuatro apartados: el primero, trazará la evolución de la idea de suicidio en Occidente, desde la antigüedad hasta la entrada de la psiquiatría como discurso regulador. El segundo se enfocará en el contexto americano y colombiano, explorando la resistencia de pueblos originarios, esclavizados y campesinos frente a las estructuras de dominación impuestas. El tercero, abordará el siglo XX en el que se reconoce el suicidio entre la patologización y el sentimiento trágico. El cuarto presenta el debate contemporáneo sobre la muerte digna y

las nuevas perspectivas que han emergido en la Colombia actual. Comprender este recorrido histórico permite reconocer que la decisión de morir no puede reducirse a un único discurso moral, religioso o legal, sino que exige ser pensada desde su complejidad humana, social y política.

1. El suicidio en occidente: transformaciones históricas

El estudio del suicidio en Occidente se puede tomar desde cuatro aristas diferentes. Primero, en la antigua Grecia se presentaba en las tragedias griegas, en las escuelas helenísticas, la filosofía platónica y aristotélica. Segundo, entrados en la Edad Media, como un pecado con el ingreso de la iglesia en los procesos de evangelización; tercero, con la llegada de los tiempos de la Ilustración, la comprensión del fenómeno como un crimen; cuarto, a comienzos del siglo XX, como una enfermedad mental gracias al ingreso de la psiquiatría. Todas estas transformaciones configuran en la actualidad una noción más amplia, en la que la muerte por mano propia ha empezado a representar un fenómeno de carácter político y social abierto a la autonomía del ser en la que eutanasia y suicidio asistido posicionan la decisión de la muerte voluntaria como un camino cada vez más aceptado.

Polifonías de la antigua Grecia

La bifurcación de las significaciones va desde suicidios que cuidan la dignidad, actos de profundo dolor y de virtuosismo ante la sociedad, hasta mandatos políticos. En primera instancia, encontramos a Yocasta, quien al descubrir que había desposado a su propio hijo, “rendida de angustia, se ahorcó suspendiendo

una cuerda de la más alta viga” (Homero: *Odisea* XI 278, p. 273). En este relato, el suicidio, más allá de la vergüenza, es ante todo, un escape ante el ultraje al que podría ser sometida. En el relato de Erígone se cuenta que Dionisio, Dios de la fertilidad, sexualidad y festividad, se había hospedado en casa de Icario (padre de Erígone) brindándole vino, bebida que por ese entonces no se conocía. Dionisio ordenó a Icario que repartiera el extraño brebaje a sus vecinos, quienes, embriagados, creyeron que estaban envenenados y le dieron muerte. Al descubrir el cadáver, Erígone se ahorcó en el árbol más cercano. El dios carnero, quien se había enamorado de la joven, “se vengó enviando a los atenienses una *plaga* singular: las doncellas de Atenas, enloquecidas, se ahorcaban” (Grimmal, 1989, p. 169, la cursiva es propia). Este puede ser considerado un caso ejemplar/paradigmático de muerte por mano propia en el universo griego que, además de reflejar el arrojío por el dolor de una pérdida, presenta un signo adicional, a saber, el hecho de ser el causante de una *plaga* enviada por la divinidad. Así, este relato se inscribe en el corazón de la religiosidad griega, pues, debido a ello, se instauró una festividad para conmemorar el suceso.

Por otra parte, encontramos el caso de Codro, quien valerosamente se entrega a la muerte para proteger a su pueblo, pues el oráculo de Delfos auguraba la victoria para los peloponesios siempre y cuando no lo asesinaran, así que

Se vistió de mendigo y salió de la ciudad, simulando que iba a buscar leña. No tardó en encontrar a dos adversarios, con quienes entró en reyerta; dio muerte a

uno de ellos, pero fue muerto por el otro. Entonces los atenienses reclamaron a los peloponesios su cadáver para enterrarlo. Éstos, comprendieron que habían perdido toda esperanza de vencer a Atenas y regresaron a su país. En Atenas se exhibía la tumba de Codro, erigida en el lugar donde había caído, en la orilla derecha del Iliso, ante una de las puertas de la ciudad (Grimmal, 1989, p. 112).

Este acto es visto desde el virtuosismo, pues la entrega de su vida atiende a un bien mayor para su comunidad. Ahora bien, el tránsito del suicidio en la Antigüedad toma referentes tan relevantes para toda la historia de Occidente como lo es Platón, quien en sus diálogos la *Apología*, el *Critón*, el *Eutifrón* y el *Fedón* retrata el enjuiciamiento, condena y muerte de Sócrates, pues se le acusaba de “comete[r] delito y se mete en lo que no debe al investigar las cosas subterráneas y celestes [...] [e] intenta educar a los hombres [...] cobr[ando] dinero” (Platón, Ap. 19d). El filósofo ateniense rindió cuentas, entregó su vida y bebió cicuta mientras sus amigos le acompañaban a recibir lentamente la muerte. Esta acción reflejaba la templanza del filósofo ante los principios que le regían.

Ahora bien, los diálogos presentados por Platón repercutieron en los modos de relacionarse con la muerte durante la época, pues si el fin último era la liberación del alma³, ¿cuál sería el

³ ¿Por tanto, eso es lo que se llama muerte, la separación y liberación del alma del cuerpo?

—Completamente —dijo él.

impedimento para huir de la cárcel corporal? Cabe resaltar que Platón no aceptó de forma directa el suicidio, y que presentó tres premisas: primero, comprender que ante un desenlace fortuito o negativo elegir la muerte es valeroso y debe ser aceptada; segundo, reconocer al hombre como propiedad de los dioses y por lo cual no debe salirse de los mandatos del Olimpo; tercero, la muerte como una liberación del alma.

La apuesta filosófica en el caso de Sócrates posiciona la muerte como un acto deseado, ya que morir representaba “la entrada a un mundo de presencias ideales del cual la realidad eterna es una mera sombra” (Álvarez, 1999, p. 90). Por otra parte, encontramos los postulados Aristotélicos que se enmarcan en el contexto social y político, debido a que se trata de un atentado contra el Estado.

[L]a ley no manda suicidarse y lo que no manda, lo prohíbe. Además, [...] el hombre que voluntariamente, en un arrebato de ira, se mata a sí mismo, lo hace en contra de la recta razón, lo cual no lo prescribe la ley; luego, obra injustamente. Pero ¿contra quién? ¿No es verdad que, contra la ciudad, y no contra sí mismo? Sufre, en efecto, voluntariamente, pero nadie es objeto de un trato injusto voluntariamente. Por eso, también la

—Y en liberarla, como decimos, se esfuerzan continuamente y ante todo los filósofos de verdad, y ese empeño es característico de los filósofos, la liberación y la separación del alma del cuerpo. ¿O no?

—Parece que sí. (Platón, Phd. 67d)

ciudad lo castiga y se impone al que intenta destruirse a sí mismo cierta privación de derechos civiles, como culpable de injusticia contra la ciudad (Aristóteles, EN, 1138a 5)

De ese modo, la concepción de que la muerte efectuada por uno mismo altera y afecta el bien común, será tomado en la modernidad por filósofos como Locke o Mill, que abordan cuestión desde las afecciones que tienen sobre la comunidad.

Primeros cristianos. Suicidio como pecado

Pensar que el cuerpo era una cárcel de la cual tenía que liberarse el alma por medio del conocimiento fue una de las premisas retomadas por los primeros cristianos. Al reconocer la muerte como un escape ante el pecado, resolvieron arrojar a las fauces de las fieras, para ser devorados y así llegar al paraíso. Este tipo de suicidios fue mal visto por las autoridades eclesiales, pues consideraban que la vida era potestad de Dios y que incurrían en injuria ante la Iglesia, lo que llevó a postular que “el suicidio era una vileza detestable y condenable, un pecado mortal mayor que cualquier otro posible entre el bautismo y la muerte divinamente dispuesta” (Álvarez, 1999, pp. 101-102). Así, San Agustín afirmaba:

Considera también cuan inconveniente y absurdo, es decir: Quisiera más no ser que ser miserable. Porque decir: quisiera más esto que aquello, es elegir una cosa con preferencia a otra, y el no ser no es cosa alguna, sino la nada, y, por tanto, de ningún modo puede elegir bien, cuando lo que se elige no tiene ser. Dices que realmente

quieres ser, aun siendo miserable, pero que no debieras quererlo. ¿Qué es entonces lo que debieras querer? Debería querer más bien el no ser, me dices. Si debieras haber querido esto, entonces esto es para ti lo mejor; más lo que no es, no puede ser mejor, y más en razón está el no querer ser que el pensar que debías querer no ser. (Hipona, Liber Arb, III, 8, 22)

De este modo, morir por mano propia era visto como un absurdo, en tanto la búsqueda de un estado de perfección no se hallaba en el no ser —la muerte—, puesto que este carecería de sentido. El argumento agustiniano marca la imposibilidad del buen decidir, en tanto nuestras elecciones se encuentran en el terreno de la existencia, el decantarse por la nada sería una ilusión o un error, de forma tal que lo mejor siempre es optar por el ser —vida—. San Agustín también arguyó que el suicidio puede entenderse como un homicidio de sí mismo, pese a lo paradójico de la expresión, lo concebía así porque el quinto mandamiento “no matarás”, posibilita su entendimiento como un pecado.

Por su parte, en *La Suma Teológica*, Santo Tomás dedicó algunas líneas al suicidio y dio a conocer los modos en los que había sido avalado dentro de algunas situaciones, acuñándolo como un problema polimorfo con especial resonancia en los casos de Sansón y Razias:

11 4. Sansón se dio muerte, según se tiene en Jg 16,30; y, sin embargo, se le enumera entre los santos, como es manifiesto (He 11,32). Luego es lícito a alguno suicidarse. 5. En el libro de 2M 14,41ss se cuenta que

Razias se dio muerte, prefiriendo morir noblemente antes que caer en manos de pecadores y sufrir injurias indignas de su linaje. Pero nada que se haga noblemente y con valor es ilícito. Luego no es ilícito darse muerte. (S.T, *Sum. Teo.*, II-II Qu.64 a.5)

Después de dar a conocer las situaciones en las que era lícito presentó algunas objeciones, entre las que se encontraba, otra vez, el precepto “no matarás”. Allí consideraba tres premisas para poder darle solución al tema: primero, toda criatura se ama a sí misma por naturaleza; segundo, como cada individuo pertenece al todo, por tanto, él pertenece a la sociedad, por eso quien se suicida arremete contra la comunidad. En este punto Santo Tomás hace uso del argumento aristotélico. Tercero, debido a que la potestad sobre la vida y la muerte solo le competen a Dios, quien se quita la vida está atentando contra la divinidad (S.T, *Sum. Teo.*, II-II Qu.64 a.5). Concluyendo con el artículo V de la *Suma teológica*, la determinación del filósofo frente al suicidio será que al ser un tipo de homicidio debe concebirse como pecado, porque atenta tanto contra Dios, la comunidad y el amor propio, de tal modo que se hace un acto injusto. Además, consideraba que no le pertenecía al individuo juzgar sus actos y, por lo tanto, no le era permitido precipitarse a la muerte para entrar al paraíso celestial.

Ahora bien, no es posible dejar de lado que, para la Edad Media, la Iglesia y la política iban de la mano, conllevando a la creación

de varios concilios⁴ en los que el suicidio se presentó como un pecado a ser combatido. De ese modo, el suicidio tomó definitivamente las connotaciones negativas que llevaron a los suicidas a espectros en los que su sepultura no podía ser efectuada dentro del camposanto.

Modernidad - ingreso a la psiquiatría.

Al llegar a la modernidad nos encontramos con dos posturas disímiles que van a dar puntadas para la comprensión del suicidio dentro de la razón ilustrada, por un lado, la libertad individual y por otro, las relaciones sociales. Hume reconoció el suicidio como “un remedio fatal” afirmando que “[E]l hombre que se retira de la vida no perjudica a la sociedad, únicamente cesa de hacer el bien; lo cual, si cuenta como daño, es uno de los menores” (Hume, 2009, p. 56) por ello rechazó los cargos jurídicos que se imputaban a quienes deseaban acabar con su

⁴ Concilio de Arlés (452): el suicidio es un crimen que está inspirado por el demonio.

-Concilio de Orleans (533): se determinan penas eclesiásticas para prevenirlo y castigarlo.

-Concilio de Braga (563): condena al suicida a no ser honrado en la liturgia y ser excluido del cementerio.

-Concilio de Auxerre (578): ratifica lo anterior.

-Concilio vaticano II: el suicidio es algo vergonzoso que atenta contra lo cívico del ser humano y que constituye el más grave insulto al creador.

-Concilio de Toledo del año 693, establecía los castigos que debían aplicarse a los que habían intentado suicidarse. instituye la excomunión a quien lo realice

vida. De ese modo, comprender la muerte como un camino viable cuando la enfermedad o la vejez trastocan la vida, es visto por este filósofo como un acto de madurez y uso de la razón. Mientras que, por su parte, Immanuel Kant (1724- 1804) consideraba que el hombre que se mataba a sí mismo agredía a la comunidad, se deshonraba a sí mismo y ofendía a la sociedad. En sus palabras: “Quitarse la vida es un crimen (un asesinato). Sin duda, puede considerarse también como una transgresión del deber hacia otros hombres” (Kant, 2008, p. 281). De ese modo, los filósofos modernos también comprendían la muerte por mano propia desde miradas diferentes, algunos desde la subjetividad y la preservación de un bienestar individual y otros asimilándolo desde lo social y político.

Ahora bien, para finales del siglo XVIII e inicio del siglo XIX las comprensiones de la muerte por mano propia se van a anudar a proceso de regulación del fenómeno desde espectros asociados a cuestiones sociales. Cuando el suicida moría, el castigo lo recibían su viuda y sus hijos, pues los bienes conseguidos en vida eran confiscados. La mujer y los niños podían quedar en la mendicidad o a merced de la caridad. Esto llevó a buscar otras maneras de comprender el fenómeno, surgió la psiquiatría —ciencia emergente en ese entonces— para acompañar los procesos de enjuiciamiento, ya no se buscaba confiscar los bienes, sino que apareció una nueva categoría para nombrarles, eran seres sin razón “*no compos mentis*”: seres enfermos que no podían ser condenados y, de este modo, sus familias no podían verse afectadas, puesto que se entendían como víctimas de una patología que había causado la afección al familiar. De ese modo,

la regulación del suicidio se resolvió desde la patologización del fenómeno, las tazas de *no compos mentis* aumentaron hasta el punto de considerar todo suicidio como una enfermedad mental. Este hito marca el ingreso del suicidio a la psiquiatría, ciencia que regula el estudio de la muerte por mano propia hasta hoy.

*

Un día de mayo, Antonia estaba con su hermana y sus amigos del barrio, sus padres se habían ido y podían disponer de la casa, así que en medio de la tarde decidieron jugar a las escondidas. Tramaba el plan para evitar que la encontraran. Después de varias rondas halló el mejor escondite, el armario de papá, entró allí y cerró las puertas. Lo que parecía una gran estrategia, poco a poco se fue tornando abrumadora.

—Un, dos, tres por mí— gritaba Alan en medio del pasillo

—Un, dos, tres por Carla, que está en la habitación de la señora Lucía

—¿Estamos todos?

—Sí, estamos todos.

La ronda volvía a iniciar...

Ninguno de ellos, ni siquiera su hermana Lina, notó que Antonia no estaba...

La rutina se repitió cinco veces antes de que la pequeña de ocho años saliera entre lágrimas y enojo a gritarlos a todos por haberla olvidado. Las risas no se hicieron esperar. Para Alan,

Carla, Mariana, Lina y Pedro la escena estaba marcada por su torpeza, pero para Antonia fue una herida profunda. Se vio tan pequeña en ese espacio, que estar o no estar daba igual. Su presencia en la vida de los otros era tan insignificante que ni siquiera en los juegos hacía falta. Esa idea la acompañaría siempre, en una vida que no había pedido, pero que estaba condenada a vivir. Al cumplir dieciséis años, la sensación de vaciamiento la seguía, había conocido distintas formas de amor y experiencias que, quizás en la normalidad, le harían enamorarse de la vida, pero no sucedía. Quería intentarlo. El fósforo se había incendiado.

Una tarde decidió tomar las pastas de su madre. Creía firmemente que al tener muchos medicamentos en su cuerpo, este colapsaría y sería posible huir del mundo. Entró al cuarto de su madre, una señora de cincuenta años que había sido consumida por el proceso de patologización. Desde sus cuarenta tomaba medicamentos diarios y aunque nunca sabía bien para qué servían los tomaba cuando tenía un dolor de cabeza o un malestar. La industria farmacéutica había hecho de la señora Lucía no solo una paciente; se trataba de un cliente farmacodependiente que mantenía el negocio.

Antonia entró a la pequeña farmacéutica que tenía su madre en la habitación, todos los cajones estaban abarrotados de pastas, pero no sabía cuáles necesitaba para apagar el mundo, así que sumergió su mano y tomó varios sobres. Pastas de distintos tamaños y colores adornaron su mesa de trabajo en la noche, dispuso de una botella de agua y empezó a tomarlas una a una

mientras el tiempo se diluía, ocupó los minutos escribiendo en hojas de papel, hizo algunas cartas para sus amigos y familiares. A Juan (su novio del momento) le decía: “te amo, perdóname por lo que hice, pero tu amor no me quita el deseo de irme”. A Lucía “No te culpes mamá, lo he decidido desde hace años, sabes bien cómo soy, fuiste la mejor madre del mundo, te amo”. A Lina “Adiós hermanita, te amo” luego sus amigas. A Camila “gracias, pero eres una traidora y me dejaste sola”, a Mariana “gracias”. La suavidad con la que se desintegraban los segundos fue acompañada por lágrimas, el vertiginoso dolor del estómago retorciéndose y las plegarias para no despertar nunca más.

Antonia buscó la cama y se replegó entre sus cobijas, sintiendo cómo un agujero enorme la tragaba. El sudor frío rodeaba su rostro mientras mordía las sábanas, acostada entre el dolor de cuerpo. Todo ocurría en medio del silencio de su familia, que dormía ajena a su lucha. Poco a poco, sus ojos se fueron cerrando y su respiración se hizo lenta. “Me voy, me voy”, repetía en su interior. El impulso del cuerpo por vivir siempre es mayor; los organismos vivos tienen maneras de aferrarse a la vida más allá de la lógica.

De repente, su cuerpo expulsó todo lo tragado, arrojado en un vómito intenso y abundante impregnado de un olor fétido y amargo propio de los medicamentos, el mareo se apoderó de ella, se puso de pie y caminó lentamente al baño. Se sentó en el suelo y vio salir de su cuerpo cada pasta, cada alimento del día. Su esperanza cayó entre el retrete; la bilis amarga y amarilla estaba frente a su rostro pálido y desganado. Su cuerpo se desvaneció

lentamente, sumergiéndose en el frío de ese pequeño cuarto. Cerró los ojos, dejándose caer en su ser y durmió un par de minutos antes de sentir el estruendo en su cuerpo ante el vacío de una caída.

Se levantó de aquel frío mortuorio, se acostó en su cama y poco a poco se dejó llevar por el sueño. A la mañana siguiente, la sensación era espantosa. Se levantó con un dolor infinito que no era sólo físico; su ser intangible, esa conciencia plena de sí misma, entendía que no se había ido. Las cartas puestas sobre la mesa y el sonido de su familia iniciando el día eran el contundente “fallaste”. Su ser seguía en este plano.

*

20 de abril de 2024

¿Cómo una persona que lucha tanto por la felicidad de los demás puede ser infeliz y miserable para sí misma?

29 de abril de 2024

Vacía sin esperanza

Sola sin tranquilidad

Ni siquiera la muerte quiere ser su amiga

Todo parece ser un abismo en el que se pierden los sentidos, la cabeza entra en delirio y el corazón no tiene ritmo, sólo se acelera y se detiene. El cuerpo entra en shock, sigue en vida, perdido en la sinrazón del mundo afuera.

Una batalla con lo que parece correcto y lo que es verdadero, se han acabado los anhelos, las esperanzas... simplemente desaparecen para instalarse el vacío.

*

2. El suicidio en América y Colombia: resistencia, regulación y transformación

Reconocer que cada territorio cuenta con unas prácticas y dinámicas diferentes implica realizar un recorrido sutil y claro frente a los modos en que se configuró el suicidio en el territorio americano, especialmente en lo que hoy conocemos como Colombia. En cuanto al primer tránsito, en la época prehispánica, se cuenta con poca documentación en torno a lo sucedido frente al suicidio, por ello nos remitimos a las pocas fuentes existentes para realizar aproximaciones a la concepción del suicidio durante esa época.

Visiones prehispánicas: el suicidio como acto espiritual, sacrificial y honorable

Durante la época de la conquista y la colonia la problematización por la propiedad de la vida se vio marcada por el choque cultural entre europeos y americanos, pues las concepciones preestablecidas por cada grupo poblacional estaban mediadas por los ideales de su contexto. Para los europeos, descubrir la riqueza y desconocer las prácticas prehispánicas implicaba medir todo bajo los presupuestos

expansionistas de conquista, dominación y, si se precisa, domesticación. La idea de superioridad intelectual, moral y de desarrollo implicó una supremacía e imposición en los modos de concebir el mundo y sus cambios. Así, a pesar de las resistencias establecidas desde América, la violencia a la que se vieron sometidos los pueblos indígenas llevó, en algunos casos, al suicidio, un término que dentro de las concepciones prehispánicas contó con diversidad de apropiaciones y nombramientos. Por ejemplo, en el caso de la comunidad náhuatl se presenta una apertura a los distintos tipos de muerte por mano propia infringidas por las comunidades de esos territorios, por ejemplo:

El término más general es momictia, "matarse (a sí mismo)" [...] Para evitar ambigüedades, el verbo es frecuentemente acompañado del complemento circunstancial noma (mi mano). Monomamictia es "matarse por su propia mano", lo que no deja lugar a dudas sobre la intencionalidad de la persona que se auto inflige (auto otorga) la muerte. [por su parte] El término monomatcamictia es prácticamente sinónimo del anterior. Sin embargo, el complemento circunstancial nomatca, por su proximidad fonética con nematca (suavemente, tranquilamente), añade un matiz de apática aceptación. Mopoloa (destruirse, borrarse o perderse) a sí mismo, por su configuración semántica, expresa la idea de desaparecer, salir de la existencia más que la de penetrar en el espacio-tiempo de la muerte. [Además] Motlahuelpoloa (matarse por

desesperación, locura o de mala manera) añade un complemento circunstancial de causa o de manera al acto realizado. Es posible que esta expresión haya sido acuñada bajo la influencia de los frailes. Mixtlatia (moixtlatia) literalmente "destruirse" o "deshacerse", contiene la noción de "esconder", utilizada en muchos textos para expresar la muerte natural de una persona. El término ix(tli) contenido en la expresión remite al rostro y le confiere un matiz particular. Suicidarse, en este caso, sería "esconder su rostro" o "destruir su rostro". Por otra parte, el verbo tlatia (esconder) tiene también el sentido de "quemar". La cantidad vocálica de la "a" de tla- en el primero permitía distinguir entre los dos sentidos, pero es probable que la proximidad fonética de los parónimos incidiera, en ambos casos, sobre su significado. Moxochimictia (matarse [a sí mismo] de manera florida). Este término utilizado para referir la muerte por suicidio de Teuctlehuacatzin, el tlacochealcatl de Tenochtitlan, en tiempos de Chimalpopoca, recuerda la muerte sacrificial o en el campo de batalla: xochimiquitzli. El término podría sugerir que la variante nexochimictliliztli del suicidio se consideraba como "gloriosa", pero Teuctlehuacatzin se suicidó con veneno, muerte ignominiosa, por lo que sus descendientes fueron reducidos a macehualtin. Este hecho incita a pensar que el término utilizado para referir un suicidio autosacrificial, solemne, con un valor parecido al de la muerte en guerra o en sacrificio, llegó a designar el suicidio en general. A estos vocablos es

preciso añadir una locución sustantiva que expresa más generalmente la noción de suicidio en náhuatl y que se usa únicamente en composición: *nonemictiloca* (mi muerte voluntaria). (Johansson, 2014, pp.60-61)

De ese modo, el reconocimiento de la muerte por mano propia hace parte del actuar de las comunidades indígenas en el que se reconoce la variedad en los motivos, desde una cuestión voluntaria, sacrificial o espiritual, hasta cuestiones mal vistas como el envenenamiento. Asimismo, se evidencia la relación de la comunidad Maya con su diosa Ixtab⁵ representada como una mujer colgada de una soga quien era la encargada de acompañar a los suicidas al encuentro con el paraíso, símbolo de consuelo para las almas atormentadas, que reconoce el suicidio como una práctica aceptada. Unido a lo anterior, se puede afirmar que entre los incas cuando el líder moría, sus familiares podían acompañarlo suicidándose, pues consideraban que después de la muerte había otro espacio similar al terrenal en el que podían continuar con su vida. Así, el acto de darse muerte estaba considerado como una forma de honrar a los jefes de sus territorios.

⁵ La existencia de esta diosa ha sido ampliamente debatida por historiadores, arqueólogos y etnógrafos, quienes cuestionan su vínculo real con el suicidio, pues dentro de los códices Dresde se encuentra en medio de las referencias a los eclipses, Casares y Estrella (2020) consideran que la comprensión de Ixtab es ante todo errática, pero se ha enquistado de manera sistemática en la cultura mexicana.

En síntesis, en este primer tránsito se evidencia una relación con el suicidio que abarca desde acepciones que lo avalan como un gesto autosacrificial orientado al bien de la comunidad, o como un tránsito guiado por la diosa Ixtab que los acompañaba al paraíso, hasta visiones que lo condenaban como ignominioso. Eso implica identificar en las comunidades prehispánicas una apertura al reconocimiento del acto desde varias aristas.

Conquista y colonia: el suicidio como resistencia frente a la opresión

Con la llegada de los españoles a tierras americanas las sociedades se vieron afectadas de distintas maneras, algunos sucesos serían narrados desde las crónicas españolas que registraban las dinámicas del territorio; por lo tanto, la visión es parcial y sesgada lo que conlleva realizar una lectura especulativa de un fenómeno que, es probable, haya configurado prácticas culturales o espirituales en distintas comunidades, como lo fueron aquellas que se ubicaron en el territorio que actualmente conocemos como Colombia — Los Muiscas, Quimbayas, Taironas, Zenús, Calima, San Agustín y Tierradentro. Ahora bien, las primeras referencias documentadas sobre el suicidio se evidencian en los Muiscas, quienes se encontraron en la encrucijada entre sumisión y muerte debido a la conquista española.

Se cuenta que, Hernán Quesada había roto los acuerdos con el último gran gobernante de los chibchas: Sagipa, quien había muerto en medio de varias torturas. Ante el fallecimiento de su líder, las comunidades chibchas, que abarcaban un extenso

territorio, se sublevaron. Los conquistadores emprendieron una campaña de abatimiento frente a la rebeldía de los indígenas, llevando a asesinatos en masa y torturas despiadadas.

El historiador Juan Friede realiza la transcripción del documento n°. 1549 titulado *fragmentos de una probanza*, en el que se muestran los interrogatorios hechos a varios personajes en Santa Marta y se relata los actos cometidos por Juan de Arévalo, el encargado por Hernán Quesada de restaurar el orden en los territorios Chibchas. Los actos efectuados por Arévalo representan de modo crudo las maneras en que los conquistadores trataban a las comunidades indígenas:

si saben que estando en el Nuevo Reino de Granada, provincia de Bogotá, teniendo en encomienda un pueblo que se dice Cota, para que le proveyese de comida y lo demás, porque el cacique del dicho pueblo no le daba tanto oro como le pedía, fue a dicho pueblo y lo destruyó, matando en él a muchos indios a otros cortándoles las manos y narices ... y cortando las narices a niños chiquitos, y en el dicho pueblo hizo muchas crueldades y tiranías (Duque, 1961, p. 363)

En esta línea, se evidencia en el relato que nos convida a comprender el hecho al que se le denominó la masacre del Peñón, sucedida en 1540. Aunque las versiones son disímiles, se han podido encontrar testimonios de la época identificando el acto como una traición por parte de los españoles, un acto de rebeldía efectuado por los indígenas, incluso de honor ante el estado de huida de la humillación y la barbarie.

Si saben... que yendo por caudillo con cierta gente a un Peñón donde estaban alzados mucho número de gente de indios, que estaban hechos fuertes en un pantano que cercaba de agua dicho Peñón, y se habían allí alzado y recogido, por temor de malos tratamientos que los cristianos le hacían, el dicho Juan Arévalo fue allí y comenzando a entrar en el dicho pantano los cristianos, los indios dijeron que querían ser amigos y venir en paz, y el dicho Juan de Arévalo los recibió a la paz y amistad y debajo de esta confianza los dichos indios rindieron las armas y así despeñados del dicho Peñón como muertos a estocadas y cuchilladas, fue causa que muriesen allí tres o cuatro mil almas, chicos y grandes, hombres y mujeres y niños, quebrantándoles la dicha paz y haciendo un tan enorme crudo castigo. Y así públicamente fue dicho en la tierra que la crueldad de Herodes no fue mayor que la que el dicho Juan de Arévalo hizo con aquella inocente gente. (Duque,1961, p.363)



Ilustración 1. “Españoles cortando manos y narices a indígenas”. Escena que representa la matanza del peñon de Sutatausa acaecida en 1540. Grabado de Theodore de Bry para la obra Narratio regionum Indicarum per Hispanos quosdam deuastatarum verissima de Fray Bartolomé.

Ante el relato presentado por Luis Duque, se evidencian los tratos crueles hacia los indígenas, sin mencionar las posibles salidas de la situación. Ahora bien, en el texto *Sutatausa, memoria del encuentro de dos mundos* (2014), se presentan diferentes testimonios en los que se puede resaltar que, ante la barbarie que estaban viviendo, muchos indígenas optaron por lanzarse al vacío. “Aquí se siguió una escena de sangre y de desolación imposible de describir: los que no morían a los filos de la cuchilla

española, se precipitaban de tamaña altura; hombres, mujeres y niños se hacían pedazos al caer por entre aquellas rocas” (Acosta, 1901, p. 187). Los maltratos recibidos, las maneras en que eran sometidos no reflejaban la posibilidad de tener una vida en calma, eso implicaba que ante la zozobra que los acompañaba, la muerte se presentaba como huida, sin necesidad de caer en espacios punitivos.

De ese modo, las lecturas propuestas evidencian una polifonía en la concepción de darse muerte en los pueblos prehispánicos y el ingreso de los conquistadores evidencia los modos como desde el proyecto español se emprende un estado de dominación, en el que cada una de las prácticas indígenas fue sometida a control y regulación. Así mismo, la organización del nuevo reino americano llevó a la necesidad de consolidar la mano de obra que facilitase los procesos de extracción y ordenamiento territorial, así para

el 18 de agosto de 1518, Carlos V otorgó en Zaragoza la primera licencia dada al gobernador de Bresia para introducir en las Indias Occidentales 4000 negros esclavos provenientes de las islas de Guinea y demás lugares; la licencia fue vendida a los genoveses y, en 1519, llegaron a Cuba y a Puerto Rico los primeros grupos con la licencia revendida a un castellano. (Ortiz, 1996, p. 48)

Esta dinámica esclavizante que en Europa era común se presentó en América con sus propios matices, llevando a procesos atroces que consolidaron el suicidio como una práctica común en las

personas esclavizadas. Malvino (2010) afirma que para el siglo XVIII el suicidio ya era considerado una “plaga que acababa con los esclavos” [sic]. Los cronistas de la época⁶ concordaban en considerar el suicidio como un método de resistencia ante el maltrato ejecutado por sus esclavistas. No obstante, no era el único motivo que los llevaba al suicidio pues

los datos nos ofrecen una amplia gama de causas posibles del suicidio, como: no haber aceptado nunca su condición esclava, que correspondió a quienes se tiraban al mar antes de embarcar o durante el traslado, así como a los que se dejaban morir de hambre y sed en los barcos, aunque entre ellos pondríamos también a los huidores sistemáticos. Para algunos otros, la causa declarada fueron las enfermedades padecidas o provocadas y por separación de afectos, aunque la mayoría fueron los abusos en su contra; y los esclavos encontraron en el suicidio el fin de sus sufrimientos, una evasión en busca del retorno a casa. (Malvino, 2010, p. 7)

De ese modo, los cronistas, que terminan por ser las fuentes sobre las cuales se pueden reconstruir los hechos, referencian a los negros como seres malos. Veían sus actos ejercicios de venganza y ofensas ante sus esclavistas. Sin embargo, se puede reconocer

⁶ Fernández Méndez, en el caso de las posesiones francesas (2008), Vega Franco, en el de las colonias de España (1984), Aguirre Beltrán, en el de México (1972), Ortiz (1996) y Pérez (2005), en el de Cuba, 16 y Alonso y Flores Román, en el de las posesiones inglesas (1998) (Malvido, 2010. P.5)

en el acto de darse muerte una lectura de carácter espiritual, pues las personas negras esclavizadas consideraban que al morir podrían volver a sus tierras gracias a la transmigración de las almas. Así se veía la añoranza ante la pérdida y los afectos que dejaban en sus territorios; por otra parte, el suicidio puede ser leído como un acto de dignidad, la muerte es preferible antes que la barbarie.

Por lo tanto, podemos entender la relación con la muerte por mano propia en la época prehispánica y de conquista desde: primero, el pensamiento ancestral, la reconoce como una práctica honorífica de sacrificio por la comunidad, la identificación de la muerte como una posibilidad para acompañar a sus líderes muertos y el apoyo de los dioses a las prácticas suicidas. Segundo, comprendiendo el acto de arrojar a la muerte como una huida ante el agobiante panorama de horror implantado por los españoles; tercero, desde la perspectiva de los españoles, comprendiendo a las personas esclavizadas que se suicidaban como rebeldes o “malos esclavos”. Desde las prácticas africanas se asume el hecho como un acto de liberación, anhelo de su territorio y las pistas de su pasado perdido. Así, se reconoce que el límite del poder es la muerte, el suicidio es un espacio de escape al dominio. Ante el deseo de gobernanza de la vida de los otros, los diferentes, los marginados, los vulnerados, ellos dicen no a la vida, no a ese tipo de vida. El acto fulminante termina por arrojar la propiedad de la vida en ellos mismos o a sus dioses, liberándolos del yugo esclavista.

Regulaciones coloniales: pecado, crimen y castigo ejemplarizante

A la conquista le sobrevino la búsqueda de control sobre las comunidades y los territorios, las leyes instauradas desde Europa empezaron a regir en América y la forma de concebir la muerte por mano propia estuvo marcada por la estrecha relación entre la religión y las autoridades civiles, pero, también, debe reconocerse la estrecha conexión con los pensamientos europeos que van desde las acepciones religiosas infundadas en la Edad Media sobre una posesión demoníaca; en relación con la desesperanza y la desesperación como una pérdida de la fe con Dios; unida a la melancolía y la teoría de los humores de Burton y la entrada del suicidio como una afección mental que posiciona al suicida como un desequilibrado⁷. De ese modo, se establecían sanciones para los suicidas, que incluían la confiscación de bienes y el castigo simbólico de sus cuerpos, además de la condena moral y religiosa que recaía sobre sus familias. Este sistema de control permitía que el suicidio no sólo fuera visto como un pecado, sino también como una amenaza al orden social y político.

El enjuiciamiento comprendía a los suicidas como “seres pusilánimes y de reputación desalentada, ya que por no ser capaces de soportar los trabajos y las dificultades de esta vida trajeron un mayor daño” (Álzate, 2021, pp. 64-65). Por ello sus acciones eran juzgadas con severidad. Aparte de decomisar las propiedades y degradar el cuerpo, en los casos de suicidios

⁷ Temas trabajados en el apartado: *Suicidio en occidente*

fallidos se les condenaba a trabajos forzados. Con el fin de hilar en fino se proponen tres apartados: primero, Sobre el juicio y las dinámicas de poder; segundo, Sobre las penas y, tercero, El antipatriota, la relación entre el suicidio y la idea de patria emergente.

Sobre el juicio y las dinámicas de poder

Ante la muerte por mano propia intervenían distintos estamentos de saber: el eclesiástico, que fungía como partícipe del procesamiento del suicida⁸; los médicos, encargados de dictaminar los motivos del deceso; los curadores que acompañaban el proceso de los indígenas y los menores de 25 años⁹; el judicial que se encargaba de esclarecer los hechos y penalizar al implicado o a su familia, según el caso. En el proceso testimonial los primeros partícipes eran los vecinos y familiares del fallecido, en el caso de tentativas de suicidio la voz de quien lo intenta era indispensable, como se evidencia en el caso de Fabrica: “un comerciante genovés de 50 años, “había sido atacado en varias partes de su cuerpo y se encontraba muy enfermo” (Alzate, 2021, p.46) que intentó suicidarse y al quedar

⁸ En ocasiones, quienes encontraban a alguien muy herido iban, primero, a buscar a un sacerdote y, luego, denunciaban el hecho ante las autoridades; otras veces acudían, primero, a las autoridades llevando al herido o el cuerpo del suicida a la cárcel. Estos denunciantes eran, por lo general, los vecinos, los criados, los amigos, los amos o los compañeros de trabajo, como se verá. (Alzate, 2021, p. 46)

⁹ Si el reo era indígena o menor de 25 años se le nombraba un curador. (Alzate. 2021, p. 49)

vivo, tuvo que ir a dar sus declaraciones. Fabrica afirmaba tener un padecimiento corporal que le afectaba su buen funcionamiento. Este testimonio, sin embargo, no fue suficiente para eximirlo de la pena. Fabrica fue condenado a la confiscación de sus bienes y al encarcelamiento, aunque logró escapar a los dos días, desapareciendo sin dejar rastro. Su esposa, María Nicolasa, intentó evitar el decomiso de los bienes argumentando que su esposo padecía una afección mental desde hacía varios años, lo que reflejaba una estrategia legal para eludir las consecuencias económicas del castigo. En este caso, logró que los bienes de la familia quedaran en parte con Nicolasa.

Ahora bien, la Iglesia desempeñaba un papel crucial en la legitimación del castigo, promoviendo la idea del suicidio como un acto de desesperación y falta de confianza en Dios. La estructura eclesíástica no sólo determinaba la condena moral del suicida, sino que su influencia se extendía hasta las disposiciones legales de la época. En este sentido, la doctrina establecía que "La desesperación, era considerada un pecado mortal y sucedía cuando un hombre 'pierde la confianza en Dios, aborreciendo su vida y codiciando la muerte'" (Alzate, 2021, p. 42). De ese modo, las faltas ante Dios eran penalizadas de forma severa, como lo veremos a continuación.

Sobre las penas

Las sanciones por suicidio en la época colonial tenían un carácter tanto punitivo como ejemplarizante. Estas penas no solo castigaban al individuo que cometía el acto, sino que también tenían un propósito disuasorio para la comunidad, reforzando el

control social y la obediencia a las normas impuestas por la Iglesia y el Estado. Entre las sanciones más comunes se encontraba la confiscación de bienes, lo que privaba a la familia del suicida de su herencia y la sumía en la miseria, aumentando el estigma que recaía sobre el acto. Este tipo de medida castigaba tanto al individuo, como tenía un efecto colateral sobre su entorno, lo que hacía de ella una herramienta de coerción social.

Otro castigo ampliamente utilizado era la exposición pública del cadáver. Según Álzate (2021), uno de los métodos más comunes en la Nueva Granada consistía en:

Una pena que se usó frente a la muerte voluntaria en la Nueva Granada fue la exposición del cadáver del condenado en forma itinerante por las calles, atado a una mula y desnudo del medio cuerpo para arriba; el cadáver se podía dejar tirado en distintos lugares. Su objetivo, además de aterrorizar, era dañar el alma, el recuerdo y la opinión que los vecinos pudieran tener de la persona y de su acto funesto (p. 54).

Este tipo de castigo tenía una fuerte carga simbólica. La exhibición del cadáver no solo servía como un mensaje de advertencia a la sociedad, sino que también buscaba despojar al suicida de su dignidad incluso después de la muerte. En la mentalidad de la época, esto representaba una extensión del castigo divino en la tierra, asegurando que la condena trascendiera lo terrenal y se proyectara hacia la memoria colectiva de la comunidad.

Además, existían penas específicas para aquellos que intentaban suicidarse y fallaban en su intento. En tales casos, el castigo era aún más severo, ya que el individuo debía enfrentar las consecuencias legales de haber desafiado el orden establecido. En muchos casos, los sobrevivientes eran sentenciados a trabajos forzados en obras públicas, como una forma de castigo físico y moral. Estas penas reflejaban la creencia de que el suicidio no sólo era un acto de desesperación, sino también una afrenta a la autoridad y al orden social.

Con la llegada de la independencia y la reorganización del Estado republicano, las legislaciones comenzaron a modificarse. El suicidio fue un tema regulado por el derecho. En 1837, el primer Código Penal neogranadino, basado en el derecho penal francés, eliminó formalmente el suicidio como un delito:

"No hubo una expresión manifiesta de que se terminaba la punición del suicidio, simplemente dejó de consagrarse esta conducta como delictiva en el Código Penal desde 1837" (Álzate, 2021, p. 45).

Este cambio en la legislación marcó una transición en la forma en que el Estado comenzó a abordar el suicidio, alejándose de una visión exclusivamente punitiva y acercándose a una interpretación más influida por el pensamiento ilustrado y la modernización del derecho penal. A pesar de ello, la condena social y moral persistió por mucho tiempo, demostrando que las creencias culturales y religiosas no siempre evolucionan al mismo ritmo de las normas jurídicas.

*

12 de mayo de 2024

¿Qué somos? ¿Cómo actuamos? Máscaras o títeres que dan una función, sin enterarse de que el director hace tiempos se fue del escenario. ¿Para qué nos dieron la vida, si lo único que podemos hacer con ella es permitir que nos la roben? ¿Estamos prisioneros dentro de la turbia celda de la libertad? La prisión donde debemos pagar nuestra condena. ¿Es esta vida, o es esta muerte? Y si fuimos condenados ¿Quién dictó nuestra sentencia, y con qué derecho? (Soto Aparicio, La agonía de una flor)

He vivido por años en la casa de mi cuerpo, pero la casa se cayó y yo tengo que irme...

*

El tedio cobijaba el tiempo con un silencio pálido, parecía que poco a poco Antonia se perdía a sí misma. No se puede hablar de que haya sido fácil, cada día se repetía con el mismo ritmo del anterior, cada uno desvaneciéndose a media tarde. En un fluir de colores intensos que asomaba por la ventana. Sus ojos melancólicos sonreían con una frescura digna de su intento por aferrarse al mundo.

Desconocía lo que le pasaba, poco a poco todo parecía estar en automático. Se levantaba a las 4 a.m. tomaba un bus durante dos horas para llegar al trabajo, dictar clases a grupos de entre 30 y 35 niños y, aunque no faltaban las ocurrencias, la mañana pasaba con rapidez. Luego comía el almuerzo frío empacado en

la mañana por su madre y volvía a acompañar los quehaceres de algunos estudiantes. Tomaba un bus de vuelta a casa, aprovechaba las horas para dormir, ver los atardeceres o leer. Hizo del tiempo en el transporte un rato para sí misma, en ese pequeño espacio sus deberes podían dar espera. Observaba el paso de las personas: los jóvenes enamorados, con la mirada perdida entre la pupila del otro, el jugar de los dedos en las manos y el cabello, las risas cómplices y los besos babosos que dejaban por fuera a quien los viera. Antonia los miraba con dulzura. Creía que el amor es un tipo de muerte en la que día a día una parte de cada uno muere en la entrega al otro. Observaba el amor maternal desde el sacrificio, el cansancio y el consumo de energía que representaba subir a los niños entre un tumulto de gente enojada, cansada y ensimismada, “siéntate aquí”, “no saltes, no hables duro”, “duérmete”, “no me sueltes la mano” eran indicaciones que daban una y otra vez, con el fin de mantener todo bajo control, Antonia procuraba darles la silla, sonreír y divagar en la idea de la abnegación forzada.

En ocasiones, se subían vagabundos, vendedores ambulantes, migrantes que llevaban días enteros sin comer, que se colaban en el bus para solicitar dinero o comida. Los discursos que más la conmovían eran los que se daban entre lágrimas diciendo que no importaba si tenían una fruta o agua, pero que el hambre les carcomía las entrañas. Antonia levantaba la mirada, sacaba el pan con huevo que su madre había puesto en sus bolsillos y lo ofrecía. En algunos casos, los individuos tomaban el pan, lo ponían en su boca con desesperación, lo babeaban y lo devoraban sin siquiera masticar, en otras ocasiones, sólo lo guardaban con recelo en su

ropa o maleta y salían sin decir mayor cosa. Podía saberse afortunada¹⁰.

Sobre las nueve de la noche, la rutina terminaba al llegar a casa, donde lograba sacarse los zapatos, sentir el frío de la baldosa, caminar con libertad, ver rostros cercanos y entrar a su cuarto, ese espacio individual que parecía le pertenecía. El cuerpo sobre la cama entraba en un trance en el que ni siquiera descansaba, veía su día pasar en cámara lenta y el vacío la abrazaba, esperaba que todo se apagara. Los fines de semana adelantaba las notas o temarios que debía abordar con sus estudiantes, compartía un par de horas con su familia, observaba a su madre hablar o simplemente se quedaba acostada en cama viendo el tiempo pasar. Durante tres años estuvo ejecutando esa rutina con la constancia del relojero.

Aunque, a veces el bucle se rompía en medio de un pasillo, en un salón de clase o entre el transitar de la gente, podía escuchar frases dulces como: “profe, no te vayas nunca de aquí”, que repetía Mariana, una chiquilla de seis años, que se pegaba a su brazo con fuerza; o “¿te gustaría ser mi mamita?”.

¹⁰ *Tengo a mi madre en casa, ha dispuesto de comida en mi maleta y abriga nuestro hogar. No tengo grandes comodidades, pero no estamos en la calle. Esa chiquilla ha estado caminando con su padre sin descanso y aun así me ha regalado una sonrisa al mirarme. Si mamá supiera lo feliz que ha hecho a alguien su pan con huevo... bueno quizás se moleste porque no me lo comí, pero sé que la sonrisa de la pequeña no es para mí. Es para mamá...*

Su profesora era la persona que más la escuchaba, pasaban la mañana acompañándose entre clases, viéndose en los pasillos y ayudándose la una a la otra sin tener que explicar cómo el cuidado era la forma de cariño más genuina que habían encontrado. Mariana vivía en una soledad emocional que no era justa para una pequeña de seis años. Su madre se había ido, aparecía ocasionalmente a causar desorden en su vida con explicaciones poco claras del por qué no estaba con ella, las cosas de adultos siempre resultan un poco complejas. Su padre se hizo cargo de su crianza, trabajaba en horarios extendidos para cubrir las necesidades básicas de sus hijos, aunque su amor era profundo y sacrificado no le quedaba tiempo para compartir con su hija.

Mariana no entendía por qué no estaba para ella, había un largo trayecto entre el mundo de su padre y el de ella. Por su parte, su abuela, una mujer de ochenta años que pasaba los días frente al televisor, viendo los desencuentros del amor entre La Gaviota y Sebastián, mientras luchaba con un cáncer que le deterioraba su salud lentamente.

—Profe, ¿por qué Dios ha inventado el cáncer? —Preguntaba Mariana en clase de religión tratando de entender el amor divino y las imágenes de su abuela al quedar sin fuerzas.

¿Quién podría abrazar la soledad de esta pequeña?, ¿quién podría cobijar sus días con un poco de esperanza? Antonia no, era su profesora y aunque quisiera estar más presente, la carga de tener que cumplir, de viajar horas incansables para ver a sus más

de 70 estudiantes y poder estar para todos de una manera humana le negaban la posibilidad de estar presente para Mariana.

Sin embargo, ese lugar, la escuela, era un refugio para Mariana, escapaba de la soledad jugando con sus amigos y hablando con sus profesores. Mientras que, para Antonia la escuela se convertía poco a poco en un lastre. Escapaba en medio de las clases para llorar en el baño, el vértigo la tragaba por dentro y se acurrucaba para alivianar la caída; luego, contaba 1, 2, 3...¹¹, se limpiaba las lágrimas y volvía al salón con una sonrisa en el rostro para que no se notara el agobio interno de sentirse consumida.

*

17 junio de 2024

No tiene sentido, los días se precipitan desde rascacielos para estallar contra el pavimento, se aniquilan con total frescura. Uno a uno y sin detenerse, es el fluir constante del tiempo llevándose a su finitud. Es mi vida siendo consumida, es mi peso siendo absurdo, soy yo levantándome cada mañana, para hacerme un autómata, son mis piernas cansadas, mis ojos hundidos, mis palabras secas y mis pensamientos ahogándome. Soy yo quien se lanza día a día del rascacielos del absurdo. "imaginen a Sísifo feliz", yo no puedo ahora

¹¹ *uno, dos, tres... respira, todo está bien, estás bien... cuatro, cinco, seis... ahhhhhhhhhhhh me quiero ir, me quiero ir, no quiero esto... Siete, ocho, nueve... relájate, respira, no pienses... Diez.*

verme así, la roca que cargo, que es una decisión personal y un castigo divino, no me hace gracia, es una queja, una amargura que no cesa.

El impase, un día.

Se me movió la vida un día,

Un día calendario, porque aquí sigo

Aquí estoy.

Sigue siendo miércoles.

Sigo en la rutina, en la media tarde de un bus

en la luz descendente de un sol abismado

en la caída permanente del precipicio de mi estómago

en la rodar de mi caos desfondado.

Un día calendario sin misericordia, con la suma entera de mi miseria.

13 de julio noche

Se han cansado los días de precipitarse desde pequeños rascacielos, de dibujar sogas en los árboles de cada esquina, de las pastas fulminantes, de los disparos. Se lanzan los días al vacío, sólo quedan los recuerdos de lo que tácitamente fueron.

*

La bruma se pone intensa. El gran monstruo de pavimento hace de las suyas, devora almas al tic tac de los relojes, absorbe poco a poco la conciencia, la vida, el sentido y los colores. Los humanos transitan sus calles en un afán que no comprenden, algunos conectados a cables autoimpuestos para no escuchar, para evitar la realidad. Antonia escucha, mira su entorno, lo

reconoce. El panorama es frío, las calles húmedas son golpeadas por el transitar de autos a grandes velocidades, las aceras tienen un sonido particular al caer la lluvia. Los transeúntes sienten el agua en su cuerpo, algunos corren para no ser alcanzados por la lluvia, a otros se les ve suspendidos en silencio contemplando, no se sabe si están apagándose o hay algo en ellos despertando.

Antonia se para frente a una puerta del sistema de transporte, ve los carros pasar, está húmeda, su cabello mojado derrite el agua sobre su rostro. Se siente, respira hondo, inhala, exhala, cierra los ojos, un paso al frente, se lanza.¹²

La medida del tiempo es relativa, afirmó Einstein y Antonia lo comprobó. No había nada, sólo un nubarrón oscuro en su mente, no entendía. Estaba tirada en el suelo de la estación, rodeada de personas, unas molestas le gritaban que estaba loca, otras angustiadas se tomaban la cabeza, no sabían hacia dónde lanzar ese estruendo de vida. A Antonia la sujetó un desconocido de la cintura, no permitió que el bus se la llevara. El trance, el dolor imaginado era tan profundo que Antonia duró inconsciente la medida del tiempo precisa para pensarse muerta. El joven la tomó de la mano.

—¿Estás bien?

Antonia, intentaba conectar su mirada, sólo atinó a responder:

—Todo está bien, todo está bien.

¹² *Adiós, perdón mamá, perdón familia...*

Las personas a su alrededor empezaron a disiparse, ella trataba de volver en sí, vio su cuerpo, sus manos, sintió un leve dolor de cabeza y lentamente se puso de pie. Recordó dónde estaba y hacia donde debía caminar. El joven de su mano y con las palabras a medio andar preguntó:

—¿Sabes lo que acaba de pasar?

Antonia se quedó en silencio, un silencio tenue acompañado por el sonido del agua. No había nada que responder. Ella sabía bien lo que sucedió.

*

3 septiembre de 2024

Esta pluma me pertenece

Me torturan las hojas en blanco.

Zombi: ser infectado que pierde la conciencia, tiene el cerebro por fuera y transita el mundo con distancia de sí, bruto, descerebrado.

Camino sin conciencia, muchas veces con el cerebro en la mano, le palpo, parece no decir mucho, su capacidad de retención está atrofiada, un paso lento y torpe. Zombi. ¿Cuántos pasos se dan hacia el vacío antes de caer? Debes tener el cerebro en la mano y el corazón en la cabeza para que al poner las palmas sobre el pavimento todas tus ideas te estallen en la cara, para que el corazón las sienta y dé su último latido.

*

Independencia y república: el suicidio como antipatriotismo.

El 20 de Julio de 1810 se proclama el grito de independencia, un logro establecido por los criollos, hijos de españoles nacidos en América. Después de varios intentos de reconquista y la fragmentación radical entre los centralistas y federalistas, en el año 1821 se instaura la primera constitución política, en la que se estipulan la libertad de la Nueva Granada, la unificación de Colombia, Panamá y Venezuela, se brindaron los derechos y deberes de los habitantes de estos territorios, además de la organización política. Dentro del proceso de organización se hace énfasis en la necesidad de apoyar el proyecto, de servir a la patria con la vida o con los bienes que fueran necesarios, como se evidencia en el artículo 5 de la constitución

Son deberes de cada colombiano vivir sometido a la Constitución y a las leyes; respetar y obedecer a las autoridades, que son sus órganos; contribuir a los gastos públicos, y estar pronto en todo tiempo a servir y defender la patria haciéndole el sacrificio de sus bienes y de su vida, si fuere necesario. (constitución 1821)

Bajo este panorama, la independencia se consolida desde la necesidad inmediata de proyectar la construcción de una república y resguardar el avance logrado, lo que implica el compromiso de todos los habitantes del territorio para la consolidación del proyecto. La presión para que se asumiera esta mirada era fuerte. Un ejemplo de los extremos a los que podía llegar el requerimiento en este contexto se puede ver, por

ejemplo, en la historia de Marcos Trujillo, un cosechero que, en medio de la demanda constante del Estado, dejó su casa en Pinchote para realizar trabajos de herrería en una maestranza en Pamplona, Norte de Santander. Al pasar más de un año de trabajo, el deseo de ver a su familia lo llevó a escaparse, al ser encontrado tomó un cuchillo y abrió su pierna derecha, afirmando que deseaba morir.

Cabe resaltar que este nuevo paradigma de “servicio a la nación” convirtió el suicidio en un problema político, interpretándolo como una traición a la nación. El caso de Marcos Trujillo, el cosechero que intentó quitarse la vida, evidencia cómo el suicidio comenzó a asociarse con el antipatriotismo. Según González Pérez (2023):

"El intento de darse muerte era un delito que provenía de las leyes sagradas de la religión católica y asumidas por el derecho civil" (p. 9).

De esa manera, en el momento de enjuiciar los actos de Trujillo quien aparte de atentar contra el mandato había realizado una afrenta contra los modelos de gobierno venideros, la noción de antipatriota ubica el caso con una acepción de carácter político enmarcado en la idea de patria que estaba emergiendo que, si bien, se enmarcaba en dimensiones volátiles de lo legal en el campo político fue cobrando fuerza en el monitoreo y control de la población.

Por otro lado, aunque históricamente la libertad era un bien común, no es hasta 1851 que es abolida la esclavitud en

Colombia. Pues, en primera instancia, la libertad frente a la Corona española se estableció para los criollos, los hijos de españoles nacidos en territorio americano, quienes toman las riendas de la idea de nación y propenden a la edificación de un proyecto que simiente el futuro de la república. En medio de esa disposición, los indígenas y esclavos negros se ven subsumidos a los deberes que les delegan las autoridades de la época. El Estado mantuvo la exclusión de estos sectores, quienes seguían sujetos a explotación:

"Las comunidades eran dispuestas para el desarrollo económico. Aunque históricamente la libertad estaba alabada, glorificada y posicionada frente al fuero político, no es hasta 1851 que es abolida la esclavitud en Colombia" (Álzate, 2021, p. 84).

Es así como el suicidio en la Conquista y en los albores de la República fue un fenómeno regulado por la religión, la legislación y el contexto político. La percepción del suicidio pasó de ser una transgresión contra el orden divino a convertirse en una afrenta contra el orden estatal. Aunque las reformas del siglo XIX eliminaron su castigo formal, la condena social persistió por décadas.

3. El suicidio en la Colombia del siglo XX: entre la patologización y el sentimiento trágico

El siglo XX se caracterizó por ser un siglo volátil en el que, desde la arista que se le viera, los cambios fueron inminentes. Las dos guerras mundiales marcaron el hito de la devastación humana.

Intelectuales y pensadores de distintos lugares se plantearon el sentido de la vida, ante el suicidio de la razón no quedaba más que el absurdo de vivir. Pensadores como Camus, Sartre, Cioran, Beauvoir, Arendt, Foucault, Bourdieu, problematizaron el contexto en el que fueron arrojados, relacionando la vida desde el campo de acción que les fue posible y sentaron las bases de lo que sería el pensamiento crítico ante la barbarie. En el colapso y la reconstrucción europea y, la dinámica norteamericana por consolidarse económicamente, Colombia se encontró ante el propósito de crear una nación, organizarse social y políticamente en torno a las exigencias del contexto mundial.

La construcción del proyecto de nación se anudó a dos principios fundamentales, la intención de progreso industrial del país y la de educación ciudadana. se trató de una campaña pedagógica en la que, desde la política, la educación y la publicidad se cimentaron las propuestas para modular las formas de conducta. Desde allí se implementó un sistema de regulación de los cuerpos y las conductas: campañas de higiene, manuales escolares, prohibiciones de bebidas como la chicha, regulación de la vestimenta, el tránsito urbano y los hábitos domésticos.

El cuerpo social debía estar limpio y acorde a los principios morales, de ahí que, con la firma del concordato en 1887 la iglesia católica se hiciera cargo del proceso educativo de la población, conllevando a la conformación de lineamientos de conducta donde el padre Astete consideraba que “en la trilogía, mundo, demonio y carne. El mayor de los peligros era, desde luego, la carne: no puede rechazarse como el mundo y el

demonio, solo resta domeñarla con asperezas, disciplinas y ayunos” (Pedraza, 1999, p. 130). Considerando el cuidado de la carne y el tratado de la higiene como un pilar indispensable para encaminar a la población. La religión y la política se enlazaron para cuidar, resguardar y guiar el proyecto de nación.

Por otra parte, todo aquel que no se adecuara a los mandatos del momento tendría que ser guiado, reformado para que lograra ser un buen ciudadano, es por ello que, para el año 1887 se creó el manicomio de Antioquia, encargado de los seres con “perversiones morales”. La confirmación de discursos asociados a la regeneración de la población, a la consolidación de un tipo de humano llevaba a la creación de instituciones que pudieran hacerse cargo de los requerimientos de la población. Así, la biopolítica se instaló como tecnología de poder donde la vida que, coaptada por el poder, se configuró dentro de un engranaje capaz de absorber cada rincón del accionar humano para modular la construcción de un proyecto de nación, en palabras de Espinel (2023)

La vida deja de ser un producto natural y primario, pues, desde esta mirada, la vida debe ser producida, direccionada, intervenida. Se trata de la vida productiva, la industria y la laboriosidad. Una verdad que guía, unas conductas que se asumen y unos hábitos que se incorporan en el marco del proceso de civilización, blanqueamiento y modernización. (p.163)

La ciudadanía se construye a partir de hábitos higiénicos, racionales y productivos. En este contexto, el suicidio aparece

como un acto que atenta contra el cuerpo social y, por tanto, debe ser vigilado, patologizado o castigado.

*

11 de octubre de 2024

Cuando pidan explicación de cómo y por qué solo bastara decir: “así lo quiso el cuerpo siempre”

Es más fácil ver a alguien morir que morir.

22 de diciembre de 2024

Nacemos sin saber por qué ni para qué, vivimos ahítos de preguntas que no responde nadie, y morimos sin saber para qué ni por qué. Somos menos que nada y, sin embargo, somos. (Soto Aparicio, La agonía de una flor)

*

El 12 octubre había tomado la decisión de apagar, para siempre, el dolor que producía sentir la vida. La casa estaba vacía, el viento soplaba con una fuerza demoledora que helaba sus huesos, la soledad abrazaba sus pulmones. La familia había decidido ir de viaje, su padre, a buscar el calor de sus hermanos en las tierras húmedas de Pereira, su madre, a reencontrarse con los vestigios de la abuela, cada uno huyendo del vacío penetrante de la casa. Antonia disfrutaba quedarse sola, le parecía que todo rebozaba de paz cuando no había personas en ella. Encontraba en esas

blancas paredes una soledad que la aislaba del mundo y le permitía habitar el espacio con mayor tranquilidad.

Esa noche todo parecía estar en orden, las baldosas oscuras y los muros agrietados que le rodeaban se hacían fríos, fríos y acogedores. Había decidido hacerlo, esta vez como Sylvia Plath, creía que al igual que la poeta la tercera era la vencida, sabía que los intentos anteriores habían fracasado por torpeza o inmadurez, por algún error de cálculo, esta vez no había motivos o razones que evitaran el desenlace. Dio una breve caminata por la casa asegurándose de que todo estuviera en orden, se acostó en la cama de su madre, abrazó los cojines con fuerza como quien quiere impregnar el olor sobre sí; entró a la habitación de su padre, organizó las gorras que tenía colgadas y las dispuso por colores, un pequeño detalle que él no vería. Respiró profundo. Fue a la puerta principal, introdujo la llave en el cerrojo, dos vueltas tac, tac... Apagó todas las luces, con un paso lento y contemplativo, miro cada rincón hasta llegar a la estufa, su mano izquierda dio vuelta a la válvula del gas y puso su cuerpo sobre el suelo y la cabeza dentro del horno. El olor fuerte atravesaba su nariz, iba directo al cráneo. Empezó a sentir los nervios, angustia, ansiedad, trató de no pensar, de quedarse inmóvil, soltó un par de lágrimas pensando en la cara triste de quien la encontraría, que quizás, fuese su hermana.¹³

¹³ *pondré dos vueltas al cerrojo como de costumbre, de ese modo no sospecharán. Pobre Lina, de seguro será quien me encuentre, verá mi cuerpo frío, morado, mis ojos estarán blanquecinos, ¿será que gritará? ¿llorará? o ¿sólo se quedará viéndome sin*

El silencio que cobijaba su estado fue interrumpido por el estridente sonido de su celular, aquel que había dejado en el mesón de la cocina dispuesto para una llamada en cuanto la encontraran. Decidió hacer caso omiso pretendiendo que al cerrar los ojos olvidaría que al otro lado de la línea podría estar pasando algo urgente ¿Quién la llamaría a las 9 pm si no fuese urgente? Su cabeza un poco adolorida sabía bien que lo que acontecía estaba fuera de su plan, se irritó pensando que Juliana —Su amiga de toda la vida— estaba llamando a importunarla o que solo quería saber si estaba bien ¡Sí, estaba bien! ¡Muy bien! ¡quizás mejor de lo que pensaban! De pronto, el ruido del móvil cambió por golpes estridentes en la puerta de la casa... Los pensamientos esotéricos no se hicieron esperar, ¿Si era una señal? ¿Si debía levantarse y dejar eso de lado? Sabía perfectamente que levantarse de esa situación implicaba elegir la vida, implicaba fracasar nuevamente. ¿Algo grave había pasado? No entendía, ¿Por qué a esas horas de la noche alguien golpeaba la puerta con tanto ímpetu? ¿Qué podía ser tan urgente que no podía esperar al mañana? —Pensaba Antonia mientras se dirigía a la puerta.

poder pronunciar una palabra? ¿llamará a mamá o a papá? ¿le dirá a alguien que la ayude? Pobre Lina, quizás termine por odiarme más, quizás me mire con desprecio. Espero entienda, espero no esculquen mi cuarto buscando explicación porque esta vez no hay cartas. A lo mejor se acordará de todas las veces que le dije que deseaba morir y se reía porque siempre pensó que bromeaba. Pobre Lina...

*

Antes de suicidarme quiero que me lo garanticen, me gustaría estar seguro de la muerte. La vida sólo se me aparece como un consentimiento a la legibilidad aparente de las cosas y su relación en el espíritu. Ya no siento como la encrucijada irreductible de las cosas; la muerte que cura, cura asociándonos de la naturaleza, pero ¿si yo no fuera más que un divertimento de dolores donde las cosas no ocurren?

Si me mato, no será para destruirme, sino para reconstruirme; para mí el suicidio no será más que un medio de reconquistarme violentamente, de irrumpir brutalmente en mi ser, de adelantarme al avance incierto de Dios. A través del suicidio reintroduzco mi dibujo en la naturaleza, por vez primera doy a las cosas la forma de mi voluntad. Me libero de ese acondicionamiento de mis órganos tan mal adaptados a mi yo, y para mí la vida deja de ser un azar absurdo donde yo pienso lo que me hacen pensar. Escojo entonces mi pensamiento y la dirección de mis fuerzas, de mis tendencias, de mi realidad. Me ubico entre lo bello y lo feo, lo bueno y lo malo. Me vuelvo suspendido, sin inclinación, neutro, presa del equilibrio de solicitudes buenas y malas.

Porque la propia vida no es una solución, la vida carece de toda especie de existencia elegida, consentida, determinada. No es más que una serie de apetitos y fuerzas adversas, pequeñas contradicciones que llegan a buen puerto o abortan según las circunstancias de un azar odioso. El mal está desigualmente encarnado en cada hombre, al igual que el genio, al igual que la locura. El bien, como el mal, son el

producto de las circunstancias y de una levadura más o menos activa.

Por cierto, es despreciable ser creado y vivir y sentirse hasta en los menores reductos, hasta en las ramificaciones más impensadas de su ser irreductiblemente determinado. Después de todo no somos más que árboles, y probablemente esté inscrito en un recodo cualquiera del árbol de mi raza que un día determinado me mataré.

La propia idea de la libertad del suicidio cae como un fruto maduro. Yo no creo ni el tiempo, ni el lugar, ni las circunstancias de mi suicidio. Ni siquiera invento su pensamiento ¿Sentiré acaso su arrancamiento?

Es posible que en ese instante se disuelva mi ser; pero si permanece entero, ¿cómo reaccionarán mis órganos arruinados, con qué órganos imposibles registraré su desgarramiento?

Siento sobre mí la muerte como un torrente, como el salto instantáneo de un rayo cuya capacidad no puedo imaginar. Siento la muerte cargada de delicias, de laberintos turbulentos. En todo esto, ¿dónde está el pensamiento de mí ser?

Pero repetidamente aquí está Dios como un puño, como una guadaña de luz cortante. Me he separado voluntariamente de la vida, ¡quise reconstruir mi destino!

Y ese Dios dispuso de mí hasta lo absurdo; me mantuvo vivo en un vacío de negaciones, de impugnaciones encarnizadas de mí mismo, destruyó en mí hasta los menores empujes de la vida pensante, de la vida sentida. Me redujo a ser como un autómatas que camina, pero un autómatas que sintiera la ruptura de su inconsciencia.

Y he aquí que yo quise dar pruebas de mi vida, quise reunirme con la realidad sonora de las cosas, quise romper con mi fatalidad.

¿Y qué dice Dios?

Yo no sentía la vida; la circulación de cualquier idea moral era para mí como un río seco. Para mí la vida no era un objeto, una forma; se había convertido en una serie de razonamientos. Pero razonamientos que giraban en vano, razonamientos que no giraban, que eran en mí como "esquemas" posibles que mi voluntad no lograba fijar.

Para llegar incluso al estado de suicidio necesito aguardar el retorno de mi yo, necesito el libre juego de todas las articulaciones de mi ser. Dios me puso en la desesperación como en una constelación de atolladeros cuya irradiación desemboca en mí. No puedo ni morir ni vivir, ni desear morir ni vivir. Y todos los hombres son como yo. (Artaud, El arte de la muerte y otros escritos sobre el suicidio).

*

El mundo transita a ritmos incomprensibles, las almas ajetreadas de múltiples seres se agolpan paulatinamente. Antonia corre, corre como cada mañana para no perder el bus, para hacer algo útil. El bus se detiene y puede tomar asiento, decide ver las callejuelas iluminadas, el desenfoque de los árboles desdibujados por la velocidad. Sus ojos lentamente se cierran, sabe que el cansancio que tiene no dejará de ocupar su cuerpo en esas horas de sueño, pero al menos podrá apagar el mundo por un instante.

Al despertar, baja del bus junto a la gente. El frío ciudadano se cuela entre sus huesos. Observa los rostros cansados de quienes cruzan

su camino, los mira, sabe que su existencia en el mundo es volátil. Piensa que esa mañana podría morir sin que nadie en su entorno se preocupe más allá de la simpleza de entender que un ser ha desfallecido. La simplicidad de su existencia se agota en los pequeños instantes en los que se reconoce parte de una masa amorfa, que es vista desde lo alto y lejano por seres enaltecidos en su Olimpo, para quienes no son más que hormigas trabajadoras, obreras en un mundo que fácilmente podrían ser borradas. Se detiene, observa el azul grisáceo que la cobija, suspira y camina, sabe que en un par de minutos toda disertación sobre la nulidad de su ser quedará sin un sentido válido.

Al llegar a la escuela los niños se acerca para saludarla, algunos la abrazan con la confianza de que alguien los cuida, pero esos abrazos, por cálidos que sean, no podrán calentar su alma cada vez más cansada. Según las indicaciones, se hace necesario que antes de iniciar las clases, Antonia deje fuera del aula cualquier asunto personal, familiar o social que le afecte, en el aula no caben los problemas y dolores del profesor. Así las horas transitan en medio de aprendizajes nuevos, cree que la educación es un motor de cambio social, cree que si motiva a sus estudiantes a hacer preguntas no tendrán como desdibujar su propia vida.

—¿Por qué los adultos han olvidado que fueron niños?
—Preguntó Edwar en medio de la clase de Ética.

—No lo han olvidado, solo juegan a que no les importa —le respondió Daniel—, yo creo que los adultos quisieran tener tiempo para jugar a las escondidas, pero ellos no lo hacen, ellos juegan a ser serios, a regañarnos y luego se ríen, yo he visto como

mamá se ríe después de algunas de mis travesuras, pero no puede reír, en su manual de adulto eso ha sido borrado.

Antonia observaba el dialogo, reconoce que Daniel hace una lectura muy sabia del adulto. Ella quisiera jugar, perderse un día en medio del bosque y preguntarse la forma de las nubes, pero no hay tiempo, el reloj marca los minutos, horas, segundos, tic tac tic tac... La reunión de adultos está por empezar:

El señor de cara amable y poco manejo de su grupo inicia dando indicaciones sobre cómo llevar las clases “he observado que no se está usando el libro de texto como deberían, recuerden que deben llenar todas las páginas, que los niños deben quedar muy nutridos con los contenidos que se proponen. Además, no olviden usar la plataforma, que se vea que los niños utilizan de lo que sus padres compraron”. Se refiere a libros de texto que suman entre 500.000 y 600.000 pesos colombianos que probablemente no podrán llenar en completitud, pero es importante mantener el negocio, pues quienes venden esos libros, a veces llevan impresoras o elementos al colegio de gran ayuda. Es una cuestión de acuerdos y ganancias para “todos”.

El jefe continúa: “Las planeaciones son semanales y deben ser hechas a mano. Es un buen ejercicio para no perder la costumbre de escribir. Por otra parte, se avecinan los conversatorios distritales sobre educación, necesitamos que desde tus áreas te encargues de escribir, dirigir y organizar la presentación”. Antonia sabe bien que ese tipo de peticiones le quitaran más tiempo, pero lo acepta, necesita el trabajo y ponerse de reticente puede ser muy mal visto. Cómo decir que no, que podrían

encargarse los compañeros que tienen más horas libres o quienes no colaboran en la tarde con la asesoría de tareas de los chicos. Nada, a su ardua rutina se le suma la composición de un proyecto institucional ligado a la lectura y la escritura como medios para sanar el alma, toma recursos de *Hay futuro si hay verdad* y realiza actividades entorno al monstruo de colores y la escritura de las emociones.

Valeria describe a un monstruo azul que no ha parado de llorar y el océano se ha desbordado gracias a las lágrimas del pequeño llorón. Sofía dice que su monstruo es tierno porque el mundo es duro, incluso para los diferentes. Samuel, dibuja a un pequeño ser de ojos enormes, dice que es pequeño porque si lo ve mamá lo bota por la ventana y en verdad sería su único amigo. Los niños tienen la magia de reconocer maneras suaves y distintas para hablar del dolor del mundo. Antonia admiraba sus formas, las palabras y símbolos con los que le daban sentido a lo incomprensible, así que en un acto mimético escribe en sus agendas por las noches, pone sus ideas del día o dibuja, cree que quizás de ese modo puede organizar el dolor. El monstruo de Antonia existe porque ella le da forma.

*

Mariana la vio partir, se abrazó con fuerza y enojada le dijo:

—Me has abandonado como todas las personas a las que he querido.

Antonia sabía que el dolor era mutuo. Dejar a Mariana implicaba causar un dolor que esperaba el tiempo pudiera sanar,

esperaba que la niña, con los días, se olvidara de su presencia del mismo modo que ella había olvidado a los profesores que la educaron en su paso por la escuela. Sabía que la memoria de las infancias tiene formas muy particulares de guardar y olvidar experiencias. Se fue, no miro atrás porque sabía que despedirse de ese lugar podría ser el respiro necesario para no ahogarse en el dolor, porque hay sufrimientos que son necesarios para no morir.

*

La patologización del suicidio entre lo moral y biopolítico

La instauración de políticas de higienización acaparó la vida para proporcionar modos de conducta en los que los manuales, las revistas, leyes y estamentos gubernamentales hacían un énfasis en lo fisiológico, corporal y la conducta, aspectos que paulatinamente fueron a sumarle peso a esa perspectiva, también gracias al ingreso de la psiquiatría, entendida en primera instancia como higiene mental. No se trató únicamente de una disciplina del cuerpo sino de un gobierno de los deseos, ante la petición de una sociedad culta y desarrollada, la responsabilidad individual y colectiva llevaba a prácticas de vigilancia conjunta del buen actuar. Por ello, junto a la creación del manicomio de Antioquia, la solicitud de una cátedra universitaria encargada de la educación sobre higiene mental

implementada por el doctor Miguel Jiménez López, para el año 1916 y la construcción del manicomio moderno desde 1921 hasta su inauguración en 1937, se consolidó la importancia de la psiquiatría en el campo social y cultural.

El progreso de la nación necesitaba la educación de su población, eliminar la delincuencia, prevenir los homicidios, reducir el consumo excesivo de alcohol y evitar los suicidios implicaba mayor atención, pues estos registros eran asociados a la degradación del país. De ese modo, el proceso llevado a cabo desde la psiquiatría permitió que paulatinamente el discurso de la degeneración se tornara cada vez más hacia la ciencia, alejándola de las pretensiones religiosas para comprender el fenómeno. No obstante, el cuidado de los enfermos en los espacios establecidos estaba guiado por religiosos, ya que el mantenimiento económico autónomo de las instituciones no era del todo posible.

Bajo este panorama, el suicidio se manejó entre lo moral y lo clínico: se le consideraba una desviación, una enfermedad, una anormalidad que necesitaba intervención. El ingreso de la psiquiatría al campo estatal y educativo permitió identificar, clasificar y controlar aquellas conductas que ponían en riesgo el orden social. Se organizaron congresos sobre higiene mental, se dictaron leyes sobre salud pública y se publicaron notas en

periódicos alertando sobre el "peligro" del suicidio entre los jóvenes, los pobres o los enfermos. La figura del suicida comenzó a coincidir con la del loco, el criminal o el inadaptado. El acto de darse muerte ya no era, solamente, un pecado, sino un síntoma. En ese marco, el suicidio dejó de ser una decisión trágica o filosófica para convertirse en un problema técnico, médico y legal. El discurso de la higiene mental permitió construir al suicida como objeto de diagnóstico y control: un cuerpo desviado que debía ser corregido o apartado.

Desde este horizonte biopolítico, la vida debía sostenerse, protegerse y gestionarse. Y, por lo tanto, su interrupción voluntaria se convirtió en una afrenta al ideal del ciudadano sano, útil y productivo. Así, la normatividad estatal no sólo reguló el trabajo o la familia, sino también el deseo de morir. Bajo el prisma biopolítico, comenzaron a surgir miradas poéticas y artísticas de autores del siglo XX, que plantearon la problemática desde lo simbólico, se abrió un panorama emocional espeso.

Representaciones literarias: la muerte íntima como gesto de rebeldía

En una sociedad marcada por las crisis sociales y políticas, los intelectuales de la época se debatían entre quienes se acoplaban a las fluctuaciones y quienes no se acompañaban con estos

dictámenes. El sentimiento de época se vio reflejado en la literatura a través temas como la muerte, el hastío, la locura y lo íntimo, los cuales trastocaron el pensamiento y los modos en que los autores construyeron su narrativa. Es allí aparecen dos escritores marcados por el hastío y la repulsión frente a los modos de llevar la sociedad colombiana. Primero, José María Vargas Vila con su obra *Ibis*, obra que influyó en ciertas representaciones juveniles de la muerte; segundo, José Asunción Silva, quien al suicidarse posiciona el acto como un gesto de decisión propia ajena a la locura.

La literatura de Vargas Vila fue provocadora, un escritor y crítico liberal que hizo de las letras su modo de denuncia, frente a las políticas conservadoras de Rafael Núñez, trabajó sobre temas que socialmente estaban silenciados. Su posicionamiento frente a las políticas del momento lo llevaron a tomar rumbos distantes que enriquecieron sus letras y les dieron fuerza a sus modos de habitar el lenguaje. Pero también le conllevó fuertes oposiciones sobre sus temas y modos de escritura, entre ellos encontramos al jesuita Ladrón de Guevara quien afirmaba “Vargas-Vila es un impío, furibundo, desbocado blasfemo, desvergonzado, calumniador, escritor deshonesto, cleróforo, hipócrita ... pedante, estafalario hasta la locura... inventor de palabras estrambóticas y en algunas de sus obras, de una puntuación y ortografía en parte propia de perezosos e ignorantes” (Guevara, 1911, p. 447). Se ha de resaltar que la apuesta literaria iba en contra de los modales burgueses de la época, además de los principios religiosos. Su postura era irreverente y crítica, lo que llevó al desprecio de las elites del momento.

En medio de su trasegar, publicó en 1900, *Ibis*, una de sus obras más controvertidas por sus acercamientos al erotismo, la sexualidad desenfrenada, la muerte por mano propia y los contrastes frente a los valores implementados por la política del momento. Guevara (1911) señala “Es esta novela un cúmulo tal de indecencias, obscenidades, sacrílegas expresiones, impiedades y blasfemias, que se pone uno a pensar seriamente si este desventurado señor está loco o endemoniado” (p. 448). Mostrando de ese modo la aversión presentada ante la creación de Vila. Uno de los efectos más polémicos fue el suicidio masivo de jóvenes en América Latina, se afirmaba que al encontrarlos sin vida hallaban el libro encima de la mesa y cartas en las que citaban “Escribió largo tiempo: luego apagó todas las luces, se desvistió, se acostó en su lecho, y, sin precipitación, sin miedo, cuasi sonriente, puso su revolver sobre el corazón y disparó; quedó muerto; había pagado con su vida, la locura de su amor” (Vargas-Vila, 1918, p. 307). Al estilo del efecto Werther, Vargas Vila había instaurado un actuar similar en sus lectores, él mismo comentaba en *Huerto agnóstico* (1912)

Cuando hace poco, dos jóvenes agentes de Policía se suicidaron en un parque de Panamá, dejando escrito: «las razones de nuestro suicidio, búsqense en la página 229 de *Ibis*, de Vargas Vila» se gritó en todos los tonos contra mí, contra *esa fatal sugestión a distancia*; y se me preguntó, si no sentía yo remordimiento de tanta víctima como hacían mis libros...

¿qué es el Remordimiento? lo contrario del Orgullo,
una flaqueza;

¿por qué, he de sentir Remordimiento, de ver abrirse
rojas de sangre las flores que yo siembro?: destruir es
más glorioso que crear. (p.11)

Aunque el pronunciamiento fue tomado de insensible e inmoral, su postura se veía enmarcada bajo la autonomía, la libertad del hombre y el enaltecimiento de su obra. Ante el mandato religioso que posiciona al suicidio como un pecado Vargas-Vila lo reconocía como una apertura a la autodeterminación del individuo, en una sociedad que deseaba constreñir, delimitar el buen comportamiento, el hombre tenía la potestad para hacerse dueño de sí, desde el ámbito sexual hasta el mismo acto de elegir la muerte. *Ibis* enmarcado en el dolor desenfrenado de un amor, las pasiones humanas y las contradicciones afectivas ponen al límite a Teodoro, un joven enamorado, quien frente a la traición de su amada Adela, ante la imposibilidad de hacerle daño, decide despojarse de su vida, huir del dolor, el desasosiego y la pérdida de su impulso vital, la premisa de Vargas-Vila “no ames a la mujer, ama el amor” se enmarca en el acto, Teodoro comprueba de la forma más cruel que ha sido víctima de la entrega a una mujer.

Aquí el acto de darse muerte sale del espectro del pecador-endemoniado, del enfermo o loco, ya que Teodoro es, ante todo, un ser adolorido. Se comprende que, la acción ejecutada por él atiende al posicionamiento frente al ultraje, al choque frontal contra los ideales del momento, ante la idea de pureza que había

puesto sobre su mujer evidencia que las enseñanzas de su maestro eran ciertas, haber confiado en ella puede entenderse como el engaño humano de creer en las ideas católicas, la pureza, la fidelidad y lealtad se ponen en tensión ante la sensualidad, el deseo, lo erótico, la traición, todo choca con la imposibilidad de atentar contra otro. Teodoro ha quitado el velo de su propio engaño. Se devela de la podredumbre humana que le rodea. Ante la mentira y el dolor, no queda más que la libertad absoluta, el suicidio.

El lugar de enunciación de Vargas-Vila, bastante controversial y crítico conllevó a la censura de su literatura, no sólo en Colombia sino en distintos países de América latina, pues su modo de pensar y de hablar sobre los valores que regían la sociedad de inicios del siglo XX incitaban a la rebelión, al desacato a las normas y, en otros casos, al suicidio. La prohibición suponía considerar el gesto como una acción restrictiva frente a los modos de encaminar a la sociedad, los libros del autor colombiano eran un peligro para las propuestas políticas y sociales de la época.

Por otra parte, encontramos a José Asunción Silva, quien a sus 31 años tomó un revólver y fulminó su corazón en un acto de profundo reconocimiento de la muerte como un destino de las almas sensibles, ante el hastío del mundo, la podredumbre y el desarraigo existente en su interior. Decir adiós se volvió su verdad. La producción literaria de Silva se enmarcó en el desamparo ante una sociedad subsumida en la crisis, el sentimiento trágico cobijó a sus personajes, haciendo de su prosa una escritura sensible y duradera en el tiempo. Su cuerpo fue

sepultado en el cementerio para suicidas en Bogotá, apartado del camposanto, pues su prosa no lo eximía del acto de impureza que había cometido. Su cuerpo no podía estar en el mismo lugar de quienes habían esperado el mandato de Dios para finalizar sus pasos. Así lo hacía notar Julio Flórez en el poema alusivo a la muerte del bogotano. *La muerte de José Asunción Silva*:

Lejos de las paredes envejecidas
que guardan el silencio del camposanto,
lejos de las plegarias, lejos del llanto
se ven las sepulturas de los suicidas.

De aquellos que con almas engrandecidas
en luchas misteriosas, sin fe ni espanto,
deshojaron, en horas de hondo quebranto,
como flores sin néctar, sus propias vidas.

De aquellos que miraron, entre aflicciones
caer desvanecidas, una por una,
como pétalos muertos, sus ilusiones.

Y que al fin, a los golpes de infausta suerte,
patria, amores y hermanos y gloria y cuna
olvidaron por irse tras de la muerte.

Allí no crecen rosas ni siemprevivas,
allí no se ven lirios ni mariposas.
Hasta las mismas auras que, silenciosas
van en busca de esencias, huyen esquivas.

Allí no van los monjes, van las altivas
almas que solo piden sueño a las fosas;
allí van los poetas de arpas ruidosas
y de frentes heladas y pensativas.

Allí no van los monjes vanos y oscuros,
allí no van los miopes de pensamiento
ni menos los miedosos ni los impuros.

Allí van los mordidos por los dolores,
los que muestran los puños al firmamento,
los Prometeos dignos de sus furores.

Allí estás tú dormido. Cuando caíste
en la calma suprema, lívido y yerto,
se cuajó entre tus labios fríos de muerto
una sonrisa amarga, burlona y triste.

Grande fue la protesta. ¡Qué bien hiciste
en buscar en las sombras seguro puerto,
lejos de las arenas de este desierto
y el monótono ritmo de cuanto existe!

¿Cómo no dejar esta ruda existencia
cuando el hado nos hiere lleno de encono
y sentimos el hielo de la impotencia?

Bien hiciste en matarte: sirve de abono
y a la tierra fecunda: si no hay clemencia
para ti, nada importa: ¡yo te perdono!

El poema ubica a José Asunción Silva como víctima, puesto en el lugar distante de quien ha violado los mandatos divinos, Dios es el único dueño de la vida, el único capaz de arrebatársela, así que el tomarla por mano propia lo posiciona en un lugar impío, ante las gobernanzas y organizaciones de la época, según esta perspectiva, colocar al suicida fuera de la esfera del campo santo implicaba un acto ejemplarizante para evitar la misma acción por parte de los creyentes, quien se arrojara a la muerte no tendría la bendición divina, no podría estar en el reino de los cielos, ni ser cobijado en el manto sagrado, de modo que Julio Flórez en un acto de amor por su amigo y poeta Silva enuncia “si no hay clemencia para ti, nada importa: yo te perdono”.

De este modo, el suicidio para Asunción Silva deviene un modo de habitar el lenguaje, antes de su propio acto había habitado la muerte desde su escritura. Por su parte, Vila lo configura como un gesto ideológico en el que la muerte es vista como un desafío desde lo anticlerical y libertario. Cada uno habla desde la imposibilidad de reconciliarse con el mundo, ante una sociedad enmarcada en la idea del buen vivir, Vila y Silva revelan la muerte como campo de acción viable, cayendo en lo estruendoso e incómodo para la sociedad del momento.

*

2 noviembre de 2024

Creo que después de todo la vida se estrella de frente contra mí. Hay días en los que no quiero caerme y todo me rompe.

27 de agosto de 2015

Qué absurdo este abismo en el que floto, me quita el aire, pero no me mata, me envenena los sentidos, pero no me suelta... Así es, me morí en vida y no sé hace cuánto pasó, que agobio vivir prendada de las ilusiones que me habitan, cuántas solo son humo que se esfuma en el aire...

25 de septiembre

Templo

Toda vida es un proceso de demolición

Fitzgerald

*Habito la podredumbre que creo
Soy la nada que me acompaña
Mis costillas los muros agrietados
Que resguardan mi corazón cansado*

*Ese corazón hecho de remiendos
De los añejos dolores que permanecen
Carcomen y me mantienen viva.*

*El cemento es mi sangre corroída por la miseria
Cada cierto tiempo evacuo una parte de mí
De lo contrario, la putrefacción empezaría su tarea.*

*Los ojos están más tranquilos cuando están cerrados
miran hacia adentro, se abstraen,*

se pierden en el sí mismo

*este resquebrajo de templo
es, ante todo, una inminente demolición
una cuenta regresiva*

un bang en la sien

*

Dentro del plan lector del colegio los estudiantes de grado noveno deben leer *La metamorfosis* de Franz Kafka. La historia del pobre Gregorio Samsa quien se halla ante la insuficiencia de su vida es un ser a quien se le ha quitado toda potestad de cumplir sus quehaceres, Samsa despierta convertido en insecto, pero intenta seguir cumpliendo sus obligaciones humanas. Sin embargo, en el salón de clase, en medio del dialogo con sus estudiantes, Antonia observa perspicaz el saber de quienes la rodean, identifican que aun cuando el personaje —Gregorio— comprende ha sido desahuciado por su familia en un acto de olvido emocional, él se había muerto en el momento en el que se hacía parte del deber hacer, cumplía a contra reloj las indicaciones sociales, llevaba el alimento y el dinero a su hogar sin siquiera preguntarse por sí mismo. Antonia era interpelada por las palabras de sus estudiantes ¿Acaso estar sumergido en un mundo que poco a poco borra la posibilidad de pensar o ser más allá del acto productivo no convertía a cada ser enajenado en un insecto como Gregorio? La verdad estallaba en el rostro. Reconocía en ese gesto una verdad, el sentimiento de llegar a

casa y arrojarle en la cama sin siquiera moverse, sin siquiera pensar, la hacían un insecto para sí misma.

*

1 de enero de 2025

Solo espero que la gente al leer esto no piense en mí como una enferma, pues me he cuidado bien de los diagnósticos. No, no me mato por enferma o por loca, no me mato porque no entienda la potencia de la vida que me pertenece. Sé bien que la vida es hermosa, he visto los atardeceres multicolor, he amado, he visto reír a mi madre, he gritado y cantado, vi llegar al mundo a mis sobrinos que me han dado mucha luz. Pero todo eso no me hace querer quedarme, no encuentro la intención de postergar esta decisión. Juro que he buscado alternativas, he escrito sobre el suicidio, he ido a terapia pues, “algo debe andar mal en mí” pero nada, la única respuesta está en crear, crear, ¿crear... y qué si no quiero? ¿Y qué si no puedo? Quisiera encontrar los modos para sostener la idea de quedarme, aun cuando mis argumentos son buenos para irme. Un día quizás tenga más ganas de quedarme, hoy no es un día de esos.

*

Antonia transitaba en el bucle constante de su mente intentando justificar su existencia. Comprender que la vida carecía de sentido había sido revelador, pero también se había convertido una tortura agobiante: los minutos tenían la carga de eternidad

perfecta para no ser¹⁴. Sus clases apoyaban esa sensación. Dentro del proceso de aprendizaje-enseñanza se llegó al “suicidio de la razón”, el tablero cubierto de nombres, fechas, y algunos garabatos dio espera, el diálogo con los estudiantes ameno e inquietante llevó a cuestionar la imagen del ser humano que, a pesar de sus facultades intelectuales y el desarrollo de sociedades complejas, había cometido la mayor atrocidad: la destrucción consciente de poblaciones enteras.

La razón quedaba en entredicho. ¿Cómo sociedades altamente desarrolladas podían ser productoras de muerte?

Los estudiantes escuchaban y debatían, dudaban también de su tiempo.

—¿Cómo era posible que en medio del siglo XXI se continúa atentando contra la humanidad?

hablaron de la complejidad del espectáculo fraguado en torno a la muerte de palestinos: personas tomándose fotos o festejando la muerte como un triunfo. Reconocieron que la guerra tenía nombres y disfraces diferentes, que las barbaries se ejecutaban en nombre de Dios, la paz, la hermandad, incluso del bienestar, se fraguaban retóricas capaces de movilizar poblaciones enteras a matarse entre sí. Desde las guerras antiguas entre persas y griegos que se inscriben en la literatura de Aristófanes, pasando por las cruzadas que usaban la religión para torturar a quienes no

¹⁴ *Morirme, que tonto pensar que lo lograría. Estoy cansada muy cansada es agotador pensar que no puedo apagar mi vida, pero tampoco vivirla.*

pensaran como ellos, a los imperios que quisieron dominar desde lo salvaje y violentaron los saberes ancestrales, la historia de la humanidad se ha bañado en sangre desde tiempos inmemorables, ¿es acaso la guerra un sinónimo de existencia humana?, pensaba Antonia mientras dialogaba con sus estudiantes, las barbaries se dibujaban en el espacio como marcando un ritmo acelerado entre el dolor y la angustia, una sensación interior parecía tocar los cuerpos que se agitaban entre el descontento y la zozobra.

Las muertes de comunidades enteras, negros esclavizados, indígenas humillados, el diferente ocultado y llevado a la desaparición. Cómo vivir en un mundo que día a día se jacta de sus muertos. Mientras se hacen campañas de salud para preservar unas vidas, se destierran otras, se eligen las vidas que merecen ser vividas e incluso lloradas, porque un mundo que ha hecho de sus hijos frutos del dolor no sabe cómo cultivar amor. Antonia disfrutaba la conversación veía que los chicos estaban atentos, reflexivos, se veía en ellos un movimiento interior, no eran seres pasivos ante el sufrimiento. Así el tránsito dibujaba la guerra de los mil días, la guerra bipartidista, los enfrentamientos territoriales en Colombia, los asesinatos en masa de jóvenes inocentes... todo un cúmulo de personas aparecían espectralmente en el entorno como grandes montañas de dolor. Antonia recordaba las palabras de Francisco Roux (2020) “Si hiciéramos un minuto de silencio por cada una de las víctimas del conflicto armado, el país tendría que estar en silencio durante diecisiete años”, esas palabras seguían retumbando, al presente año los números ascienden, y ese dato sólo daba cuenta del conflicto en Colombia. Quizás un minuto de silencio por cada

persona muerta a manos de la guerra no nos daría la posibilidad de hablar, tendríamos que sumergirnos en el peso de existir sobre heridas abiertas que parecen no saciar la sed de sangre de quienes disfrazan la guerra para seguir masacrando la poca humanidad que nos queda, comprendía con dolor.

Dentro del diálogo se llegó a los hornos crematorios encontrados en Cúcuta y que eran usados por los paramilitares para asesinar y desaparecer personas, los chicos se miraban unos a otros pensando que su profesora estaba exagerando.

—¡¡Profe!! Eso ya suena muy extremo, esas son cosas que pasaron hace muchos años en otro país, con otra gente, de seguro te estás confundiendo...

—No —replicó Antonia—, pasó acá en Colombia, con nuestros hermanos, ante nuestra indiferencia y desconocimiento. La barbarie en nuestro país ha tenido tantos rostros que aún no sabemos cómo mirarnos. Así, el tiempo se disgregaba entre el diálogo por el pasado y el presente hasta llegar a la afirmación “todo principio moral, religioso o social murió, y, ante esa muerte, el desamparo humano configuró un bramido que debía ser escuchado”.

—¿Profe, ¿qué quiere decir eso de que todo principio moral murió? —sonó una voz en el salón.

—Para el siglo XIX se había llegado a un estado de exaltación de la razón, se creía que el hombre era el centro del universo y todo se enfocaba en los procesos de desarrollo social y moral, el ser culto era vital dentro de la sociedad. Pero esos mismos

humanos construyeron un andamiaje que dejó por fuera a la razón. Asesinaron a millones de personas a la vista de otros, con el apoyo y la ayuda silenciosa de civiles. Así mismo en los diferentes enfrentamientos la lógica y el sentido común quedan en entredicho, por ejemplo: ¿Cómo creen que era vivir a mediados del siglo XX, con buena parte de Europa central destruida? ¿Qué sensaciones creen que tenían las personas bajo ese panorama? —Preguntaba Antonia con el fin de movilizar a sus estudiantes.

—Yo creo que no podría hacer nada —afirmó Paula—. Me quedaría esperando a que esa gente se calmara.

—Yo me uniría a la resistencia —Valeria le increpó—. Haría presión de alguna manera. Como los chicos del paro del 2021, los universitarios, jóvenes, campesinos, mujeres, y gente de muchas partes del país se unieron para protestar en contra del gobierno.

—¡Sí, mi tía me dijo que a uno de sus compañeros le quitaron un ojo! —Agregó Manuela.

—¡Nooo!, no se lo quitaron, lo perdió, en esas manifestaciones la policía apuntaba contra la gente, disparaban a los cuerpos, aun cuando se dice que eso no debería ser así y los lastimaban. Como a Dilan Cruz, que lo mataron. —Afirmó Valeria.

Un leve silencio se difundió en el espacio.

—No creo que valga la pena salir a la calle y saber que te pueden quitar un ojo, ¿alguien le va a responder a esos muchachos? Esa gente se creía muy valiente por ponerse a pelear con la policía y a romper cosas que ni sentido tiene, dañaban cosas para que después a todos nos cobren en los recibos por los daños que ellos hacen... y para qué, para llamar la atención, mamá dice que son un montón de desadaptados que quieren las cosas regaladas.

—Valeria volteó los ojos en señal de desagrado con lo que estaba escuchando y respondió: La gente no sale porque espera que le quiten un ojo, sale porque no está de acuerdo con las injusticias. No quieren las cosas regaladas, quieren que sus derechos sean protegidos, que la salud, la educación, y en general las condiciones mínimas de una vida digna sea cierta. La gente con privilegios se tapa los ojos ante el dolor de sus vecinos que pueden morir en salas de espera por una infección.

—Pues Valeria tu discurso, aunque suene bonito, no se ajusta a lo que pasa —replicó Luis—, porque la gente tiene trabajo, tiene manos y piernas para ponerse a hacer lo que debe hacer, pero no, prefieren andar armando problemas y pidiendo cosas antes que trabajar. Por ejemplo, más de una vez a mi tía le ha tocado caminar un montooooo sólo porque tapan las calles y no dejan andar. Ellos no piensan en que hay gente que tiene responsabilidades que se ven afectadas por sus juegos, es que en serio no les importan los otros. Que les manden el ESMAD y dejen trabajar a los que sí quieren.

—Paula intervino, ¿ustedes creen que aquí peleando hacen algo? Ustedes aquí molestos y a esa gente ustedes ni les importan, a mí me parece más sensato no hacerle caso a ninguno de los bandos. Siempre ha sido lo mismo, que si derecha o izquierda, que si rojos o azules, que si federalistas o centralistas... pa' saber que nos tienen jodidos todos. Mejor uno se queda sin bando, en la mitad.

—Paula, parece, usted es demasiado tibia. Y recuerde lo que dice mi abuela... Existe un lugar en el infierno reservado para los que guardan silencio ante las injusticias.

Antonia sonreía al escucharlos, veía que dentro del debate se hacía un ejercicio reflexivo en el que se ponía en relieve las problemáticas sociales y sus estudiantes cuestionaban su lugar en el contexto que les convocaba, sabía que el diálogo por distante que fuera para algunos podría movilizar su interior, hacerlos partícipes de un mundo que, en ocasiones, les borra o los deja en un segundo plano.

—Chicos, qué interesante la forma en que hilan las ideas, es importante que podamos hacer esos diálogos entre el pasado y el presente, siempre con las distancias y contextos de cada entorno.

Aunque los ánimos estaban un poco agitados, Antonia decidió aprovechar la buena participación de los estudiantes para encaminar la conversación, retomar hacia el sentimiento de desesperanza cobijó diferentes territorios durante el siglo XX

europeo y habló sobre cómo el sin sentido repercutió en las formas de entender la vida.

—El siglo XX fue un siglo convulsivo que dio grandes reflexiones en torno al ser humano y sus alcances. Ante la barbarie, el sentimiento de estar arrojados al mundo se vio reflejado en los escritores, filósofos y artistas del momento. El tablero siguió llenándose de nombres, Camus, Sartre, Simone Beauvoir, Adorno, Deleuze... cada uno con su fecha de nacimiento y fallecimiento, como intentando mostrar un mapa de lo sucedido durante la época. En su interior, el sabotaje interno le hacía danzar frenéticamente entre autores y pensamientos, como si hubiera en ella un afán de respuestas que ninguno de esos autores le daba. Así que iba más atrás, llegó al siglo XIX. Parecía que daba la clase para sus estudiantes, pero también, buscaba respuestas para sí misma. Porque el acto de educar no es una tarea unidireccional, siempre hay un efecto de rebote.

—Incluso, estos pensadores —decía Antonia mientras señalaba el tablero— bebieron de otros y de otros y otros, porque todos estaban conectados en un sentimiento de época. Entre eso encontramos a Nietzsche, el gran filósofo alemán del siglo XIX que, en un primer momento, realizó su andamiaje conceptual en torno al nihilismo. Posicionando la frase “Dios ha muerto” se encargaría de dejar claro que, ante esa muerte de Dios, y entendamos a Dios como cualquier precepto social, político, religioso o cultural que delimita la forma de actuar del individuo, lleva al individuo a la posibilidad de hacer cualquier cosa, se hace amo y señor del mundo. Claro, el concepto tuvo repercusiones en

la interpretación que se dio a sus palabras durante la Segunda Guerra Mundial, ¡pero! No fue esa su intención.

Ahora bien, ante el caos del mundo el hombre ha de hacerse dueño de las posibilidades. Piensen ustedes cómo fue para las personas de ese siglo XX, hacerse cargo de la barbarie. Algunos cayeron en lo que el mismo Nietzsche denominó Nihilismo pasivo, la contemplación del abismo sin movilidad alguna, observar que el mundo está en declive, que la vida avanza y no hacer nada ni por el mundo, ni por la vida.

—Como yo —dijo Diego—. Todas las tardes me acuesto a mirar el techo y dejo que el tiempo pase. No me gusta, pero no tengo fuerzas para hacer algo diferente. Ni siquiera creo que quiera hacerlo. Los días se pasan en una lentitud que me cansa, me levanto y vengo a este colegio, paso gran parte del día sentado en este puesto que me parece bien incomodo, porque si me levanto me llaman la atención, y luego sólo voy a casa. La mayor parte del tiempo estoy solo porque mamá está trabajando y pues... papá no tengo. Me acuesto en la cama a descansar y muchas veces ni me vuelvo a levantar, miro el celular, habló con un par de amigos y sin darme cuenta, llegó la noche y vuelve todo a empezar.

Sus compañeros asentían, se miraban y confirmaban:

—Yo tampoco tengo fuerzas, me da mucha pereza la vida —decía Joel, mientras halaba sus ojos hacia abajo con sus dos manos. Creo que esto es una pequeña cárcel, la escuela y todo lo

que uno tiene que estar activo todo el tiempo... En casa no hay nada que hacer, mi computador y celular son mi compañía y luego a veces viene mamá y se pone brava, pero no entiende que es el lugar donde no estoy tan solo.

—Sabén —dijo Valeria—, mi mamá también debe vivir un poco así, se levanta cada mañana, deja el almuerzo hecho, y corre a tomar el bus que la lleva a su empresa y pasa su día en la tarea repetitiva de cortar y apilar flores. Y vuelve a casa muy noche, para dormir y volver a esa rutina una y otra vez.

—El hecho de que estén pasivos ante un sistema que doblega y domina emocional, física y psicológicamente a las personas, implica que se hacen parte de lo que espera el neoliberalismo, va borrando las posibilidades de agencia de los individuos y los va haciendo parte del proceso de producción, entre menos posicionamiento crítico haya en la población más fácil es que hagan las cosas sin siquiera cuestionarse. Hannah Arendt, filósofa política y crítica social, habla de la banalidad del mal. Ella viajó a Jerusalén a cubrir el juicio de Adolf Eichmann, responsable directo del exterminio judío en los campos de concentración nazis, el análisis que realizó Arendt es realmente triste y revelador. Eichmann no tenía una afección mental, no había en él algún daño que lo llevara a ejecutar las acciones tan atroces que elaboró. Era un hombre común y corriente, que como muchos “sólo cumplía órdenes”. Chicos y piensen esto con detenimiento, ese hombre en el uso pleno de su conciencia cumplió a cabalidad con cada una de las indicaciones de su gobierno, creyó de forma ciega que esa verdad que se había

instaurado dentro de la normalidad. De ahí, lo importante de esto. La pasividad, la falta de pensamiento crítico lleva a esos estados de cumplir sin cuestionar.

En el fondo, les comprendo dentro de la pasividad en la que pueden caer, pero les pido que tengan en cuenta también que son dueños de su pensamiento, que como decía Nietzsche y retomarían otros filósofos en el siglo XX, ante la muerte de todo, ante el sin sentido, el vacío y el abismo, queda la posibilidad. El hombre se hace creador del universo, ante la nada queda la libertad insondable, crear... Chicos, no dejen de crear nuevos mundos, nuevas posibilidades para ustedes y para los demás, pinten el mundo con colores diferentes, anímense a salir del cajón grisáceo en el que poco a poco se van perdiendo.

Antonia iba terminando la clase esperaba que las reflexiones que se habían planteado en clase movilizaran algo en los chicos. Pero también sabía que en el acto de enseñanza- aprendizaje, no hay un dominio sobre lo que interioriza el estudiante, sabía que había respuestas y herramientas que no tenía para sostener el malestar con el que habitaban sus niños. Que dos horas de clase nunca serían suficientes para poder atenderlos y que ser profesora no implica ser psicóloga. La clase terminó con ese dej de cansancio en el que los chicos pudieron abrir un poco su sentir, al final estaban frente al otro de una manera honesta y descarnada. Antonia sabía que dejar una tarea en ese contexto resultaba ridículo.

*

Segunda mitad del siglo XX: existencialismo y suicidio en Colombia

El contexto social de la segunda mitad del siglo XX estaba marcado por la violencia que, aunque parecía mermar por momentos, encontraba nuevas formas para reconfigurarse. Como muestra de ello, el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán marcó un hito en la historia colombiana, ante el aniquilamiento del proyecto de nación que pretendía dar más fuerza política al campesinado, el abatimiento fue contundente, la población se dividió aún más. Durante la década de los setenta el país se enfrentó a la consolidación de grupos armados que, ante la necesidad de financiamiento, recurrieron al cultivo de drogas ilícitas. Este fenómeno condujo a una oleada de asesinatos y actos violentos mediados por el deseo de control del territorio. Bajo ese panorama, la muerte recorrió cada rincón del país bañando en sangre las pretensiones de un proyecto de nación. Durante estas décadas, se evidenció una ampliación de la noción de higiene mental que poco a poco irá transitando hacia la salud mental, reconociendo que para la salud de un cuerpo individual esta ligada a la regulación y gestión de la población.

Las letras se tizaron de sangre, la literatura pareció sumergirse lentamente en el deseo de narrar la violencia, de poder mostrar los modos como el pueblo era confrontado por formas de maltrato disímiles. Bajo este panorama la literatura, que tiempo

después se denominó “literatura de la violencia”¹⁵, se dividió en “las narraciones bipartidistas, luego las acciones guerrilleras y posteriormente la llamada guerra del narcotráfico, poniendo a la literatura como signo de su tiempo (Lora- Garcés, 2010, p.80). La problematización en torno a cómo y qué narrar atravesó la escritura de la época.

Ahora bien, ante el panorama y la mirada fija sobre la muerte el acto de suicidarse estaba anudado a cuestiones más allá del acto poético, se trataba de un cuestionamiento voraz al por qué o para qué vivir. Bajo la premisa de un país desequilibrado, consumido por el dolor y la desesperanza, el contexto europeo se filtraba por

¹⁵ Varios son los inventarios bibliográficos que dan cuenta de la profusa narrativa con el tema de la violencia política colombiana de las décadas de los cincuenta y sesenta. Entre ellos podemos mencionar: de Lucila Inés Mena, “Bibliografía anotada sobre el ciclo de la violencia en la literatura colombiana”, que registra 74 novelas publicadas entre 1951 y 1972 (1978). Mena también recoge en este mismo artículo 35 estudios críticos sobre la novelística de la violencia, escritos entre 1965 y 1976. Por su parte, Augusto Escobar Mesa, en su artículo “La Violencia: ¿generadora de una tradición literaria?”, enumera 70 novelas editadas entre 1949 y 1967 (1996).⁷ Posteriormente, Escobar Mesa realiza un cuidadoso estudio de 67 novelas⁸ publicadas entre 1946 y 1966, concluyendo que de este universo literario el setenta por ciento defiende el punto de vista político liberal, el diez por ciento el punto de vista de los conservadores, y un veinte por ciento realizan una reflexión crítica que supera el enfoque partidista (2000: 330). (Lora-Garcés, 2010, p.81),

las grietas. Después de la segunda guerra mundial, los pensamientos en torno al absurdo y el sin sentido de la vida colisionaban con los acontecimientos históricos en el país; mirar la zozobra implicaba reconocer el vacío en el que se estaba inmerso. Por ejemplo, el pensamiento de Camus “No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio” (Camus, 2002, p.14) retumba en el ambiente por su contundencia, en un mundo donde todo se descompone lentamente, el absurdo es la única certeza.

Fernando González, uno de los filósofos colombianos importantes del siglo XX, reconoce la vida como el espacio donde se puede crear, la acción creativa es el fin de la existencia, ante una sociedad que limita, la libertad puede ser expresada y experimentada. El filósofo, se adentra en la relación hedonista de la vida, sin dejar de lado sus cuestionamientos religiosos y morales en los que la muerte “es expuesta en la agonía, en la pérdida del hábito y en la llegada de la desesperación” (Cárdenas, 2007, p. 81). Así, la relación con la muerte estaba mediada aún por las ideas de un futuro incierto, pero necesario para el autor.

El pensamiento sobre el suicidio no se dio de forma explícita en este periodo convulsionado del país, se trató en gran medida, de un campo subterráneo en el que nombrar el gesto no era claro. Desde la poesía se impulsó una escritura fragmentada, en la que el cansancio y la falta de sentido susurraban entre las letras, por ejemplo: los autores del Nadaísmo asumieron su escritura desde una crítica al modo en que se dominaban las conductas desde las

prácticas conservadoras del momento, como afirmaba Gonzalo Arango en el primer manifiesto:

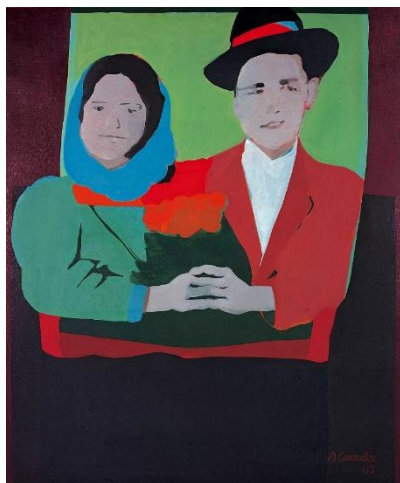
Y si es cierto que nosotros no tenemos nada que perder, pues esta sociedad no nos ha ofrecido ninguna posibilidad de realizarnos independientemente sin la previa sujeción a sus prejuicios y a sus dogmas, en cambio sí tenemos mucho que ganar: el derecho a ser libres frente a la mentira que se nos propone, y por lo cual, en el caso de aceptarla, la sociedad nos pagaría una halagadora remuneración en títulos, en posiciones y en dinero. (Arango, *s.f.*).

Así, los escritores del Nadaísmo no solo controvertieron los lineamientos sociales de la época, sino que fracturaron deliberadamente el lenguaje como gesto ético y estético. Se trata de un movimiento literario con poca injerencia, incluso su posicionamiento en el campo literario fue opacado y ocultado, con críticas a sus propuestas “poco novedosas y su escritura algo facilista”. Se trató de una apuesta ética en la que la fractura del lenguaje se contraponía a la belleza exaltada de la escritura del momento. La ruptura propuesta por el Nadaísmo poco o nada significó frente a la oleada de asesinatos y actos violentos en los que se sumergió Colombia.

Por otra parte, se encuentra la obra presentada por Beatriz González *Los suicidas del Sisga*, ante la crónica de dos amantes

Antonio María Martínez Bonza de 25 años y Tulia Vargas de 20. Al parecer, él –jardinero de oficio- convence a su

novia –empleada doméstica- de que el mundo está impregnado de pecado, y es preferible morir antes que sucumbir. Dicho esto, se hacen una foto con flores blancas tipo matrimonio en la tienda de fotografía La Industria, de la ciudad de Bogotá, escriben cada uno a sus familiares en papel de luto sobre sus intenciones, y días después, el 16 de junio de 1965, se arrojan al vacío de la recién inaugurada represa del Sisga, a las afueras de la ciudad. Cinco días tardó un vecino para descubrirlos



flotando un tanto descompuestos sobre el agua. Pronto, la foto y la historia son publicadas, primero por el periódico El Espectador, y luego por el periódico El Tiempo. (Meneses, 2018, s.p)

Ilustración 2: González, B. 1965. *Los suicidas del sisga*. [Óleo sobre lienzo]. Colección particular. <https://historia-arte.com/obras/los-suicidas-del-sisga>

González los inmortalizó en una trilogía de cuadros en la que la historia se mezcla con los colores y pinceladas disconformes, que llevaron a la crítica por las apuestas artísticas del momento, se le tildó de poco purista, frente a la aversión por su trabajo, la crítica Marta Traba logró que el cuadro fuese tenido en cuenta en el segundo premio especial de pintura, en el cual salió ganadora. Podemos ver como ejemplo del sentimiento de un tiempo, la manera como las artes posicionaron el vacío, la imposibilidad de permanecer, la división con el otro, la disolución en el lenguaje como formas de expresión, pues ante la zozobra solo se podía señalar el dolor y las heridas profundas sin mostrarlas del todo.

4. El suicidio en la Colombia contemporánea: un debate sobre la muerte digna

Hacia la década de 1970 el país se vio transformado significativamente por el crecimiento de las ciudades, el aumento de la población no estaba pronosticado por los gobiernos de la época, de ese modo, la ciudad se consolidó como un espacio de regulación y disputa cada vez más importante. Bajo este tránsito emergió una generación que paulatinamente cobró más fuerza en el panorama social: los jóvenes, quienes desde las distintas aristas contribuyeron a la transformación del país. Esta generación fue una de las más afectadas por las violencias, pues fueron reclutados por grupos armados, iniciados en procesos sicariales pero, también marcados por la cultura urbana en la que se

desencadenaron disputas territoriales que marcaron sus modos de desarrollarse en la ciudad, la diversidad que abarrotaba los espacios llevó a consolidar espacios de creación y, en ocasiones, revuelta.

La juventud rebelde, organizada, democrática, pero también víctima de la violencia y el dolor se ve golpeada desde distintos ángulos. Bajo ese panorama surgió una figura en la literatura que marcó un hito en la comprensión del ser joven en un país que borra y limita las posibilidades de ser. Andrés Caicedo, el escritor caleño que desde su forma de escribir dio un lugar central al ser joven, reconoció en la música, las drogas, los excesos vías que constituyen los modos de ser; encuentra en las artes y la organización urbana la posibilidad creativa; para él, los jóvenes caleños crean formas de expresión auténticas que serán un referente cultural vigente por mucho tiempo. Caicedo tomó la decisión de quitarse la vida, de renunciar a la creación, reconociendo la desazón que produce envejecer: “Yo muero porque ya para cumplir 24 años soy un anacronismo y un sinsentido, y porque desde que cumplí 21 vengo sin entender el mundo” Este escritor se despide de la vida un 4 de marzo de 1977. “Andrés Caicedo se mató en Cali el 4 de marzo de 1977 con sesenta pastillas de seconal. No había cumplido aún los 25 años, pero ya había advertido que vivir luego de esa fecha era algo evidentemente deshonesto.” (Borda, 1977, p.10) Su muerte muestra otra cara del suicidio, lo ubica como un sentimiento juvenil que, ante la incomprensión del mundo, la violencia que se vivía y la idea de no futuro ve la muerte como un camino seguro.

Ahora bien, los jóvenes colombianos transformaron los modos de relacionarse entre ellos y paulatinamente se organizaron para hacer exigencias ante un país que se quedaba con una constitución política alejada de la realidad en la que se vivía. Los estados de represión, la militarización del territorio, la falta de derechos y la poca agencia que se le permitía a la población llevaron a la movilización. Esta generación se organizó de tal modo que dentro de sus procesos consolidaron la idea de la séptima papeleta, un mecanismo de participación que permitía decidir junto a las elecciones de senado y asambleas departamentales el cambio de constitución, con lo cual finalizando el siglo XX se generaron cambios sustanciales al proceso de la República, ante la anquilosada constitución de 1886, la consulta logró un 96% de aprobación, lo que conllevó a un acuerdo nacional para la construcción de la constitución de 1991. En ella se marcaron las pautas para una sociedad más justa, equitativa y equilibrada, en la que se privilegió la división de poderes, la organización institucional, el reconocimiento de la diversidad étnica, cultura y social del territorio. La nueva constitución marcó un punto de inflexión en la historia de Colombia. La vida se consagró como derecho fundamental (Art. 11), abriendo a su vez debates jurídicos y éticos sobre sus límites, su protección y su autonomía.

La vida ha de ser protegida, sin embargo, dentro de la apertura al diálogo y a una sociedad más democrática se iniciaron debates en torno a la muerte y los modos de atender el deseo de morir. En los siguientes apartados se plantea un breve recorrido por la comprensión del suicidio en la modernidad, desde el

reconocimiento de la muerte asistida como una posibilidad para la muerte digna, hasta proyectos de ley que buscaron entender el suicidio como acto racional y como parte de la opción de elegir el fin de la vida.

Es importante reconocer que el tránsito no ha sido fácil y que aún hay debates sociales, culturales y jurídicos que están en juego; esto nos permite adentrarnos en las comprensiones actuales del suicidio. Para ello, el presente apartado se divide en: primero: ingreso de la muerte digna en el debate contemporáneo; segundo, prevención y cuidado del suicidio; tercero, sentimiento de época, un acercamiento a la literatura desde el suicidio.

*

20 de marzo de 2025

Sin categoría

*Creo que en ese lugar llamado cielo, si es que existe
allá donde habita Dios, si es que existe
estará burlándose, si le es posible hacerlo.*

*Él se regocijará si no logra mantener la compostura,
si no se olvida de que es un ser benevolente y amoroso,
ha de estar riéndose de mí,
de mi absurdo anhelo de tener felicidad, si es que existe.*

*A su risa silenciosa y a mi llanto desconsolado
no le queda más que ser una pintura hecha de barro.*

*El barro que creando al hombre le sobró
para mofarse de cuanta ocurrencia se le presentase.*

*¡Que tontos! los hombres que le alaban
que tontos quienes se arrodillan ante sus pies
que tontos...*

*Para él somos una broma,
residuo inútil,
artificio pútrido de su barro.*

—3 junio de 2025

*Suicidio es darle sentido a mi carencia
Soy todas las versiones de mí que he aniquilado*

—

Carta cero

Existo.

*

Ingreso de la muerte digna al debate contemporáneo

En el año 1997 se planteó por primera vez la posibilidad jurídica sobre la muerte digna, como sostener y cuidar la vida, qué implica que la vida deba ser custodiada y protegida, pero, sobre todo, cuándo es apropiado dejar morir. El debate jurídico se materializó en la sentencia C-239 de 1997— HOMICIDIO POR

PIEDAD - HOMICIDIO PIETÍSTICO O EUTANÁSICO/HOMICIDIO EUGENÉSICO—, en el que se despenalizó el homicidio por piedad, argumentando que el acto de infringir muerte a quien padece de una enfermedad dolorosa e incurable no incurre en ningún delito, sino que actúa de forma altruista. Esta apreciación quedó estipulada en la ley sin ser observada nuevamente hasta el año 2015 a partir del caso de Ovidio González, un hombre que padecía de cáncer de boca, quien había solicitado y presentado diferentes querellas con el fin de poner fin a su padecimiento, después de años de solicitud le fue practicada la eutanasia, convirtiéndose en el primer colombiano en morir amparado por la ley.

Ahora bien, se considera la eutanasia y la muerte asistida como un gesto de muerte voluntaria, en la que, si bien el individuo no empuña el arma o los medicamentos por sí mismo, la decisión está en su potestad. Bajo esta óptica se puede comprender el proceso farmacológico como un acto de muerte voluntaria en la que actualmente se distinguen dos modalidades

la eutanasia y la asistencia médica al suicidio (AMS). Ambos procedimientos se basan en el apoyo médico, pero se diferencian en su ejecución. En el primer caso, un profesional de la salud administra directamente los medicamentos que causan la muerte. Mientras que, en el segundo, el profesional de la salud proporciona los medios letales y es la persona quien los utiliza para poner fin a su vida de manera voluntaria y autónoma. Este acto se lleva a cabo con el acompañamiento médico para

garantizar que la decisión sea informada, reflexionada y libre de presiones externas, generalmente en personas con enfermedades incurables y sufrimientos insoportables (Correa, Camargo & Saavedra, 2025, p.24)

Actualmente, en Colombia se reconoce la eutanasia como un derecho legal, desde que se evidencie el malestar físico, psicológico o emocional en la persona, sus requisitos atienden especialmente a condiciones que limiten el bienestar físico del paciente, como padecer una enfermedad grave o una lesión corporal, experimenta un sufrimiento intenso o un manifestar un consentimiento libre, este último atiende a dejar la voluntad anticipada por si el paciente no puede comunicarse. Entre el año 2015 y 2023 se han practicado 692 eutanasias, siendo el año 2023 el año con más eutanasias practicadas, 271. La comprensión del fenómeno continúa ampliándose: la decisión de elegir la muerte comienza a ser reconocida, bajo condiciones específicas, como parte del ejercicio de la autonomía dentro del proceso vital.

*

Morir: ¿Cuántas veces te has matado este año?

Es apenas 3 de julio y ya perdí la cuenta

Ya maté a mi yo de ayer en la mañana y aquí estoy dibujando grafos.

Ya aniquilé a mi yo de ayer en la tarde y todavía me duele la tripa.

Ya estrangulé mi yo de ayer en la noche y sigo respirando putrefacción.

Ya ahogué a mi yo de la madrugada y sigo temblando de frío.

*Y me arranqué la cabeza y le pegué un par de tiros a mi yo de hoy,
pero aún transitan en mis pensamientos las ideas del futuro.
¿Cómo mataré a mi yo del mañana?*

*

El aula de clase puede ser un territorio fuera de la realidad, un espacio donde al docente se le pide dejar afuera los problemas emocionales, psicológicos o familiares. Al profesor se le exige quitarse lo humano, para hacerse una máquina que atiende y cuida a treinta estudiantes. Antonia, en medio de su vacío de mundo hacía caso, dejaba todo afuera del aula o por lo menos lo intentaba, lo que no sabía es que esas conversaciones terminaban por ser alimento para su alma, avivar el pensamiento de sus estudiantes y el suyo parecía un estado terapéutico inconsciente. Ella pretendía continuar con la conversación de las clases anteriores, en torno a la historia, las configuraciones sociales y los modos en que la humanidad había resistido a la barbarie, pretendía poner sobre la mesa los modos como los movimientos individuales podían configurar modos de atender a la realidad.

—¿Qué podemos hacer ante el dolor y la barbarie?

—Profe, la verdad no sé. Pero creo que eso de que todos debamos prestar atención a esas cosas, pues muy aburrido. Uno pa' que se preocupa por personas que ni siquiera conoce, por países que quedan muy lejos y que no nos tocan a nosotros. Yo

creo que uno debería enfocarse en su vida y no prestar atención a eso.

—La visión de Jerónimo me parece muy triste —dijo Lucía desde el fondo del salón.

—¿Por qué, Lucía? cuéntanos qué piensas.

—Yo creo que uno debería por lo menos hablar, hacer ruido, hacer memoria, rescatar de la nada a todas esas personas que mueren mientras nosotros estamos acá, como que por lo menos la gente que ha muerto sea recordada.

—Y de qué sirve recordar si eso no los trae de la muerte —preguntó Diego—, además... como si la vida tuviera un sentido.

Antonia sintió que una alarma interior se estaba moviendo, los comentarios de Diego solían ser muy pesimistas y tristes, parecía que algo pasaba. Sin embargo, se quedó atenta escuchando, mirando los modos como la conversación fluctuaba y llevaba a recovecos disímiles.

—Diego, siempre haces esos comentarios, la vida tiene mucho sentido yo se lo doy desde el cuidado a mi gente; mi sentido es mi familia, mi mamá y los principios que ellos me han dado. Mi tarea es ayudarlos, superarme porque si no todo sigue igual. A veces me aburro, pero siento que estudiar es un escalón para mi vida —dijo Evelin.

—Sabes, eso de que la educación nos va a servir de algo también creo que es una mentira —afirmó Diego—. Te venden la idea de que estudiando tendrás un mejor futuro, que mágicamente las injusticias sociales se borrarán y vamos a tener el mismo nivel de oportunidades que personas que estudiaron en universidades prestigiosas y demás. No es real Evelin, créeme que no.

—Diego, que tú no tengas esperanza y que quieras dártelas de pesimista y diferente, no implica que todos debamos ser así. Como tampoco que la realidad que te planteas nos toque a todos. Yo estudiaré, trabajaré y le daré un buen futuro a mi familia, punto.

Las miradas eran difusas, como si el espacio se dividiera entre los que creían en las afirmaciones de Diego y los que seguían a Evelin. Antonia trataba de mediar, consciente de que, aunque no lograra avanzar en el temario, el diálogo que emprendían era enriquecedor.

En una sociedad que día a día nos pide más, cuestionar los modos en que se estructuran nuestras formas de vida es importante. Por eso, lo que ustedes dos nos plantean, nos pone de frente con la idea de producir y hacernos parte del engranaje propuesto.

—Yo creo que uno debe retomar su humanidad, no dejarse llevar por la vida y los privilegios que tiene. Yo creo que como

dice Lucía hay que hacer ruido, memoria y resistencia. —decía Valeria.

Antonia sonrió, ¡Eso! Que no se nos olvide que somos humanos que, ante el colapso del mundo, podemos seguir mirándonos unos a los otros con compasión, amor y ternura. No podemos olvidar que somos seres senti-pensantes. Sé que estos días la conversación ha estado un poco álgida, pero no quisiera que todo eso se quedara volando. Me encantaría que pudiéramos hacer unos ensayos, piénselo en su forma más genuina, un ensayo de ideas, en el que ustedes pongan el lugar de lo humano frente a la barbarie, el sin sentido o la vida misma. La gracia es que hagan un par de páginas bien elaboradas y puedan sustentar y desarrollar una posición clara, por favor, enviarlo por la plataforma.

La profesora que era Antonia tenía fe en sus estudiantes, se había sentido tan contenta con los diálogos emprendidos de forma generosa en clases, que creía firmemente que los ensayos solicitados serían maravillosos. Observaría el pensamiento crítico de sus estudiantes y podría dialogar con ellos desde la escritura. La tarea sería dispendiosa, pero no importaba, leer 35 ensayos parecía un reto, se trataría de adentrarse en el mundo de ellos y ... tenía fe. 25 de los estudiantes presentaron el ensayo dentro del tiempo estipulado. De los que faltaron, algunos lo enviaron tarde por mensajería y no faltó el que llegó al salón sin recordar la tarea, otros ni siquiera lo intentaron.

Antonia dispuso de su domingo para leer uno por uno los escritos. Le gustaba leerlos en control de cambios, le interesaba que sus apreciaciones pudieran ser eliminadas u omitidas por sus estudiantes con la total tranquilidad. Para su poca sorpresa, encontró las referencias de ChatGPT dentro de los textos “quieres que alargue más el escrito, puedo hacerlo más reflexivo, crítico o poético”, “He arreglado los párrafos que me solicitaste, puedo corregir el texto en general y darte un mejor resultado” ...

Los estudiantes habían copiado y pegado cada uno de los escritos hechos por la inteligencia artificial sin percatarse siquiera de hasta donde debían copiar. Se quedó perpleja, pensando si eso era plagio, si colocar a la inteligencia artificial a corregir el texto era una trampa o el uso de una herramienta digital que se colaba entre las aulas. Debía hacer una distinción entre los que pedían corrección y los que habían solicitado la escritura completa, ¿Cómo saberlo? ¿Cómo identificar claramente quienes habían corregido nada más y quienes habían sólo copiado y pegado? porque en el fondo quienes pedían corrección lo hacían con el interés de que saliera mejor, pero los otros no habían hecho un acto de reflexión genuino. ¿Qué implicaba reconocer a la IA como una herramienta de escritura? ¿hasta dónde llegaban los alcances humanos para reconocer qué había sido escrito por los chicos y qué por la herramienta? ¿Hasta dónde podría permitir el ingreso de la inteligencia artificial en los procesos creativos del estudiante? ¿debía prohibirlos como se había solicitado múltiples veces o si debería hacer el proceso de reflexión con ellos entorno al uso de su inteligencia y la IA como

herramienta? Las preguntas rondaban en la cabeza de Antonia sin que por ello el tiempo se detuviera, el domingo poco a poco, se desintegraba en el paso del tiempo y el desencanto.

Los ensayos pasaban ante la vista de Antonia, se preguntaba ¿por qué si dentro de la clase habían estado tan activos, en la escritura se notaba un desinterés por el tema? ¿Por qué la escritura les resultaba tan compleja? y ¿por qué presentar tareas no se les daba tan bien? En el fondo retumbaban las imágenes de Luis y Diego llegando a casa a perder el tiempo lanzados en una cama o sentados frente al computador viendo las horas pasar. Porque hablar en el aula de clase era fácil, pero disponer su cuerpo, mente y alma a la tarea de escribir en torno a algo que ya habían hablado resultaba ridículo. Antonia, se sentía culpable y torpe al poner tareas, sentía que siempre sería la misma historia: no las harían a conciencia y que ella terminaría por perder varias horas de sus días leyendo palabras escritas por una máquina.¹⁶

¹⁶ *Se me cierran los ojos, los chicos ponen ese montón de palabras inconexas que no tienen sentido. Que sueño, mi vida se va en calificar. Este listado de ensayos se suma a las tres pilas de libros con páginas resueltas, a lo mejor, también con IA de los otros cursos. Calificar, calificar, calificar, llenar las planillas, atender a los papás, seguirle, la cuerda a las directivas. Paso el domingo en casa planeando y calificando, porque, aunque el domingo se haya hecho para apagar el horario laboral, aquí estoy. Leyendo y escribiendo comentarios de niños que quizás ni toman enserio lo que se dice en clase. Camus dice que hay que*

Sacó de entre los ensayos, un par que parecían haberse pensado la situación. El de Valeria, se trataba de un análisis de su vida cotidiana atravesada por el deber hacer de su mamita y el suyo, cuestionaba los modos en que las rutinas paralelas las ahogaban en un silencio oscuro en el que no podían ni hablar al terminar el día, vivían solas en su casa, pero la otra era una completa extraña. Valeria se cuestionaba los modos como la sociedad no sólo apagaba su vida, sino que paulatinamente la desconectaba de su familia. Cómo se rompían los nexos para evitar el apoyo conjunto y eso causaba un desinterés por los demás. Diego hablaba de lo duro que le resultaba analizar su día a día desde que había aprendido el nihilismo pasivo y activo, la lucha que había emprendido consigo mismo para hacer cosas, porque no se había preguntado qué le gustaba o qué podía hacer, así que contaba cómo había tomado la guitarra de su abuelo y había empezado a tocar acordes, reconocía que en esa leve movilización estaba creando y sentía que eso se acercaba un poco al nihilismo activo. Antonia sonreía, no todo era malo, aunque parecía difícil.

El proceso educativo tomaba mucho tiempo de su vida, descubría que lo que más disfrutaba era el diálogo con sus estudiantes y los momentos en que ellos le compartían sus saberes, pero, sobre todo, creer que en el acto de escucha había múltiples mundos mostrando sus matices frente a ella. Después de leer los textos sintió que la cama era demasiado cómoda que

imaginar a Sísifo feliz, pero ¡válgame, que no hay cómo! en esta tarea tan absurda de leer mentiras.

las palabras que había leído, aunque no fueran todas de sus estudiantes, le dejaban un peso interior difícil de comprender. El mundo era duro, la realidad que cobijaba a sus niños era lúgubre, el sin sentido golpeaba su cotidianidad y la abulia frente al mundo se esparcía como una nebulosa grisácea sobre ellos. ¿Qué hacer? ¿Hasta dónde podría llegar ella? ¿Tenía sentido su rol como profesora cuando el mundo se desvanecía para ella y sus niños? ¿Era una hipócrita al pintarles mundos mejores cuando ella no podía imaginar uno para ella?

*

Prevención y cuidado del suicidio en Colombia

La Organización Mundial de la Salud, dentro del plan de acción para protección de la salud mental llevado a cabo durante el año 2013, invitó a los diferentes países a comprometerse con el cuidado y la preservación de la vida desde la atención a los fenómenos asociados a los trastornos mentales. En respuesta a la convocatoria, Colombia promulgó la ley 1616 de 2013 *“Por medio de la cual se expide la ley de Salud Mental y se dictan otras disposiciones”*. En ella, se puede evidenciar el estudio preventivo y la vigilancia frente a las diferentes afecciones mentales.

Como muestra de ello, el Sistema Nacional de Vigilancia en Salud Pública (SIVIGILA), a partir de la política Nacional de salud mental, se ha encargado de monitorear la salud de la población desde la investigación, prevención y el seguimiento de

las fluctuaciones en torno al intento de suicidio. Este sistema creado con el fin de supervisar las problemáticas de salud pública establece diversos actores responsables de promover la atención a los distintos espectros del suicidio, desde la ideación suicida hasta el acto consumado. Entre ellos se encuentran el Ministerio de Salud, las secretarías de salud departamentales y municipales, las aseguradoras, las instituciones prestadoras de salud y, en última instancia, los líderes comunitarios. Su labor se centra, en primer lugar, en proteger a quienes presentan ideación suicida y, en segundo lugar, apoyar en el manejo y recolección de datos relacionados a estos fenómenos.

Como muestra de ello, el SIVIGILA, por medio de estadísticas, señala las fluctuaciones de estos eventos desde el año 2016 en adelante. El monitoreo del intento de suicidio no sólo permite la prevención de la consumación del acto, sino que facilita el rastreo de posibles factores sociales que pueden afectar a varios individuos dentro de una comunidad para generar espacios de intervención. Se considera que el hecho de intentar quitarse la vida: “representa una gran carga social y económica para las comunidades debido a la utilización de los servicios de salud para tratar las lesiones, al impacto psicológico y social del comportamiento en el individuo y sus asociados, y ocasionalmente, a una discapacidad a largo plazo debida a la lesión” (INS, 2022, p. 2). Por lo tanto, la supervisión empleada no sólo aboga por la protección de la vida, sino que busca contrarrestar los efectos colaterales del acto.

Ahora bien, según las estadísticas presentadas por el Boletín Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses, el año 2024 en el mes de septiembre se habían suicidado 2215 personas (Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses, 2025). Se estima que el 36,5% de la población con intentos de suicidio cuenta con ideación suicida persistente, mientras que el 45% tiene algún antecedente de trastornos mentales. Se considera al suicidio una de las causas de muerte más alarmantes en los últimos años a nivel nacional e internacional.

Dentro de los factores de riesgo se identifican dos vertientes: por un lado, se encuentran antecedentes de problemas psicológicos o familiares, exceso de alcohol, abuso o violencia; y, por otro lado, los factores desencadenantes como problemas familiares, laborales, enfermedad crónica, o alguna situación particular que lleva a la decisión de suicidarse. La comprensión de las distintas motivaciones, los desencadenantes y los procesos de regulación llevan a consolidar los actos de prevención como el pilar bajo el cual se cimienta la comprensión del suicidio en Colombia.

De ese modo, podemos identificar dos formas de entender el suicidio en Colombia para este siglo, por un lado, el acto preventivo que atiende a resguardar la vida y consolidar espacios para evitar los actos de muerte autoinfringida; por otro lado, la apertura a la comprensión de la muerte voluntaria desde su dignificación y consolidación de espacios seguros y de cuidado. Esta apertura hacia comprensiones más amplias sobre la muerte voluntaria ha llevado a cimentar, cuestionar y ampliar el espectro a análisis del suicidio desde un acto racional que “hace referencia

a la decisión de terminar con la propia vida, basada en un razonamiento lógico y consciente, generalmente sin la influencia directa de una crisis emocional o un trastorno mental evidente o determinante” (Correa, Camargo & Saavedra, 2025, p.23), este posicionamiento ha fortalecido los debates en los que la asistencia médica al suicidio fue despenalizada a través de la sentencia C-164 de 2022, gracias a ello, las personas tienen el acceso a una muerte libre y segura, que si bien aún debe atender a algunos lineamientos¹⁷, el proceso ha sido paulatinamente aceptado.

Desde el Laboratorio de Derechos Económicos, Sociales y Culturales (DescLAB) se han configurado maneras diferentes de relacionarse con la muerte, si bien se reconoce que los actos suicidas pueden ser prevenidos, existen espacios donde la libre elección de la muerte debe propender al cuidado, al fomento de espacios seguros y no violentos en los que las personas tengan la potestad y el uso de su razón para ejecutar dichas acciones. Legalizar, debatir y posicionar la libre elección dentro de los espacios jurídicos implica hacer de la decisión un campo de acción amable. Cabe aclarar que no se pretende bajo ninguna circunstancia hacer publicidad o invitar a las personas a quitarse la vida, se trata de poner en relieve un fenómeno que deja un saldo de 2017 personas suicidadas para el año 2024, en el que, en

¹⁷ Tener una enfermedad grave e incurable debidamente diagnosticada, experimentar un sufrimiento físico o psicológico incompatible con su idea de dignidad y manifestar el consentimiento de forma libre, inequívoca e informada. (Correa, Camargo & Saavedra, 2025, p.23)

su mayoría, acuden a acciones violentas sobre sí mismos, de ahí que la mirada propuesta desde el cuidado busque acciones de atención, regulación, prevención y asistencia.

Dentro de las propuestas presentadas por Laboratorio de Derechos Económicos, Sociales y Culturales – DescLAB– presentan el boletín *Lo que sí tiene nombre El litigio estratégico para despenalizar la asistencia médica al suicidio en Colombia*, para adentrarse en una comprensión del suicidio no violenta hacen referencia al texto *Lo que no tiene nombre* escrito por Piedad Bonnett en memoria de su hijo Daniel que en medio de un padecimiento interior decide arrojarse al vacío y atender a una muerte dolorosa. Esta conexión nos permite adentrarnos en los modos como se ha retratado en los últimos años el suicidio desde un espectro diferente, la literatura.

Sentimiento de época, un acercamiento a la literatura desde el suicidio

Piedad Bonnett publicó el libro *Lo que no tiene nombre* en el año 2013, dos años después del suicidio de su hijo, se trata de un relato visceral y doloroso en el que una madre intenta nombrar lo inefable, el relato atraviesa la sensibilidad e intenta dar forma a su orfandad. Daniel decidió morir un 14 de marzo en Nueva York alejado de su familia y con el peso de una enfermedad que durante muchos años consumió sus pensamientos, el relato de Bonnett posiciona a su propio hijo en un estado de indefensión, fue la enfermedad dice, queriendo comprenderlo, pero, cuando el suicida se arroja a su verdad, toda la verdad se va con él. La voz

de quien pudiera explicar a ciencia cierta sus motivaciones se ha silenciado. En ese pequeño instante del arrojó, un acto deliberado ha atendido a su ser más profundo. Ha decidido que entre ser o no ser, el no ser es mejor.

Así, se ha hecho dueño de sí y a nosotros nos ha quedado sólo la literatura. Bonnett ha tratado de darle un sentido y ha decidido hacerlo desde la escritura, como ella lo dice: “lo he hecho con palabras, porque ellas, son móviles, que habitan siempre de manera distinta, no petrifican, no hacen las veces de tumba. Son la poca sangre que puedo darte, que puedo darme” (Bonnett, 2013, p.131). De ese modo, aunque Daniel ha muerto, su ser ha sido inmortalizado en el mundo de las letras, porque escribir es un acto de memoria, en ese mundo es posible dar razones a lo que no se comprende. El suicidio, como tema controversial ha sido retratado desde la literatura y ha generado unos lazos singulares entre quienes escriben, leen y habitan la reflexión del suicidio, no es particular que haga parte de las decisiones de varios escritores como Silvia Plath, Alejandra Pizarnik, Virginia Wolf, Ernest Hemingway, Primo Levi, Horacio Quiroga, Alfonsina Storni.

Resulta relevante el hecho de que el suicidio sea una acción que se manifiesta mayormente en los jóvenes. Esta relación joven - suicidio aún marca significativamente a nuestro país pues, la población con mayor índice de suicidios son los jóvenes entre 18 y 28 años, quienes deciden entrar a la muerte un mundo que poco a poco va limitando las esferas creativas, productivas y de desarrollo hacia el futuro, que si bien no es generalizado sí se

puede afirmar que la tendencia no es gratuita, sino que responde a dinámicas que afectan de manera significativa la vida de esta población. Alexandra Espinosa, una joven escritora bogotana, pone en su libro *Primera persona* (2025) su relación con el trabajo, la soledad y el vacío que le atraviesa dentro del malestar de un mundo cada vez más exigente:

Casi me encuentro en el mejor momento de mi vida

Antes, pensaba que el trabajo dignificaba,
Era una persona ingenua, es verdad,
Arrodillada ante mi propia santidad yo rezaba.

Dentro, soy una enorme caverna,
Estoy vacía,
Y si gritas con suficiente fuerza
podrás escucharte a ti mismo
retumbando
durante horas.

Estoy enojada conmigo,
he puesto todas las piezas equivocadas
en el lugar correcto,
arriesgue todo lo que debía guardar,
y ahora
todo el mundo pienso lo mismo que yo
bienes raíces.

Ahí era donde estaba todo el dinero. (pág. 15)

El poema se desarrolla bajo la sensación de pesadumbre ante la imposibilidad de alcanzar los estándares sociales contemporáneos. Un *casi* que queda ante el desasosiego de no llegar al estándar solicitado. Se observa la desilusión como consecuencia de la noción de trabajo que no se alcanza, al mismo tiempo la autora se despoja de su creencia idealista, se sabe ingenua. En cuanto a la soledad, es representada como caverna en la que se introduce, un espacio de desconexión con un mundo cada vez más utilitarista, la nada se halla en esa repetición constante de quien escucha su propio eco. Además, es el vacío de quien se ha esforzado por cumplir cada uno de los objetivos sociales sin lograr encajar del todo. Una entrega voluntaria en su afirmación “*arriesgué todo lo que debía guardar*” evidencia su vulnerabilidad ante un mundo que no mide el valor humano desde lo sensible, se asume desde las posesiones, “*bienes raíces*”, ahí estaba todo, ese era el propósito. De modo que, el poema, aunque en una voz individual, presenta un malestar generacional, el desencanto que no espera redención sino comprensión. Espinosa hace de la literatura el espacio posible para evidenciar la relación con el mundo que día a día atropella y apaga lo sensible. El capital es el centro de lo humano y el poema, que en este caso funge como lectura generacional, da el atisbo al ensanchamiento de un sentimiento que ahoga, pero no mata a quien lo vive. Ante la imposibilidad de encajar completamente, el eco individual tortura.

Por otra parte, en su texto *Naturaleza muerta*,¹⁸ Espinosa presenta un relato íntimo en el que la compra de un ratón albino enfermo lleva a un monólogo interior en el que el ratón débil y silencioso es un reflejo de su persona. Proyecta su yo fragmentado en el animal. El ratón, que en un inicio parece tener como fin acompañar a la narradora, se difumina como un símbolo de su relación consigo misma. “te compre porque te odio... eres penosamente inferior” afirma mientras su voz se desmorona lentamente, se trata de un doble posicionamiento, ella es quien narra y aborrece mutuamente, ese desdoblamiento permite reconocer en ese diminuto ser su propia y frágil existencia.

Además, ese desdoblamiento se refleja también espacialmente pues, durante largas horas intenta limpiar cada rincón de su habitación, restriega los pisos, saca los muebles y deja la pequeña caja dentro, con todo el dolor que ello implica, revisa nuevamente el eco silencioso de una caja que no dice, no comunica. Vaciar la habitación implica sacar todo lo exterior; sin embargo, ha dejado la caja; ante la densidad del silencio, ella misma reconoce que ese ser finito posicionado en el centro de la habitación es ante todo un inquilino mental sobre el que reposa la idea de compañía, un yo sobre el cual se sienta su propia existencia con quien tendrá que lidiar el resto de su vida. Ahí, en ese momento descubre que tendrá que habitar consigo misma el resto de su vida, porque en el mundo ya no hay nada. Vaciar la habitación implica enfrentarse

al abismo de sí misma, se mira fijamente y entiende que, ante el movimiento, sólo queda su quietud.

Bajo la propuesta de Espinosa encontramos la pregunta por el cómo sobrevive alguien que no quiere estar vivo, cómo habita el ser que sufre la realidad, una en la que lo humano, sensible y doloroso se presenta como inexistente o poco importante. Ante el arrobamiento el yo fragmentado se pone en el papel, el dolor que atraviesa su subjetividad, el silencio de una sociedad, el dolor de la incompreensión de la realidad y la decisión de estar, de quedarse aún en el insondable malestar.

Por otra parte, encontramos la poesía de Santiago Cepeda, ganador del premio nacional de poesía inédita, en el que encontramos el poema Cadena trófica¹⁹, en el que se retrata el estado de inercia de un individuo que ve la vida pasar, a la espera de la noche infinita, esa eterna nada en la que se sumerge el yo.

¹⁹ (CADENA TRÓFICA)

La malicia del sol consiste
en agonizar tan lento
y obligar a unos tantos
yo
mis zapatos
mis botones
y mis libros
a esperar esperar esperar
la noche infinita (Cepeda, 2010)

Ante el lento agonizar, no queda más que esperar. Así, la escritura del momento no habla sólo de la violencia o el deseo de morir, en la literatura contemporánea se plantea el problema de habitar el dolor, la incomprensión y el no futuro que propone un mundo marcado por el capitalismo voraz.

De cierto modo, recoge la sensibilidad que alberga a los jóvenes que viven padeciendo esa realidad; quienes escriben sobre el suicidio posicionan en las letras el tedio, el aburrimiento, el dolor, el sinsentido de la existencia como residuos de un tiempo en el que no logran encajar.

De ese modo, podemos considerar que el suicidio en la actualidad tiene distintos enfoques, que el panorama está abierto y los debates sobre los modos como nos relacionamos con ellos está cada vez más amplios. Por un lado, comprendiéndolo como un acto que debe ser prevenido, resguardado y atendido en el que los procesos de ideación y demás acciones antes del acto deben ser vigiladas y estudiadas desde las diferentes instancias gubernamentales; segundo, desde la apertura a comprender el deseo de morir de una manera digna y cuidadosa, en la que la asistencia al suicidio se avala desde parámetros que resguardan lo social y al individuo, procurando una salida no violenta de la vida.

Esta lectura se encamina paulatinamente hacia la idea del suicidio racional, donde se abre el espectro a comprender la idea de muerte como una posibilidad que no atiende a estados de desesperación mental o acciones contrarias a lo humano, sino que

reconocer en quien es poseedor de su vida tiene la potestad para acabar con ella; sin embargo, este tipo de aseveraciones aún son puestas en cuestionamiento, debido al temor de comprenderse como una invitación al acto de darse muerte. Por último, se realiza un esbozo a partir de la literatura para reconocer algunos atisbos de la comprensión del sentimiento de época. Bajo ese enfoque se encuentra la literatura como un espacio para comprender lo inefable, una madre que intenta recorrer los pasos de su hijo abre el debate social y cultural al diálogo por la muerte elegida, muestra la literatura como un espacio para la memoria y el duelo capaz de tocar corazones y sensibilidades, pero también un lugar para habitar lo incomprensible, para mostrar el yo fragmentado en una sociedad que apaga paulatinamente los sueños de muchos jóvenes. Desde la mirada literaria el suicidio es un hecho, la problemática está en el cómo sobrevivir, en el elegir la vida aun en el dolor y el desamparo que genera el vacío de vivir.

*

10 agosto de 2025

Todos se han ido. La casa está sola. Yo estoy sola.

¿Cuáles son mis reglas cuando no hay nadie? ¿Arrojarme en esta cama a ver el tiempo pasar como Diego? ¿Crear sentido desde la familia como Evelin?

Hoy me arrojó aquí, no sobre las cobijas sino sobre el papel: sumerjo mi existencia en este en el plano como quien naufraga en aguas dulces. Afuera seguiré cumpliendo la rutina: ir al trabajo, dar a mis

estudiantes unas cuantas clases, fingir que pertenezco. Aquí, en cambio, borraré algo de mí. Hoy quiero morir. No mi cuerpo físico, sino el sentido: renuncio a él, digo “no hay sentido, me quedo en la nada, me sumerjo en el abismo”.

Morir desde la pasividad como Samsa, que feneció antes del último aliento, al quedarse en la simple existencia ¿La carencia de reflexión hace que un ser muera?

23 de septiembre de 2025

En esta página seré nada: una figura flotante, deambulante. Unas líneas curvadas adornan la figura. Me suspendo en la hoja, me dejo ir como quien agota su ser en el no-tiempo que permite la escritura. Hoy he muerto. Me he dejado morir. No por violencia ni por accidente, sino por dejarme morir, con la serenidad impasible de quien abandona el deseo de permanecer.

29 de septiembre de 2025

*Soy
Ante el precario absurdo
Y el desbordante anhelo de clasificación
De mi persona diré:
Soy
cero
Ninguno
Nadie
Nulidad*

Soy
Carencia
Oscuridad
Ausencia
Angustia

Soy
Vacío
Zozobra
Bostezo
Soplo

Soy
Misterio
Suspense
Silencio.

13 de octubre de 2025

Tal vez la razón de todo esto es entender que durar en el tiempo no es vivir.

16 octubre de 2025

Y si la marea interna me sumerge

Si me torno un grano de arena

Y todo pasa por encima mío,

Si la fuerza de lo que me atraganto termina ahogándome

Y si me asfixio intentando no gritar....

Me ahogo.

30 de octubre de 2025

Basta un segundo para comprender lo efímero, lo absurdo y tenue de nuestra vida. Mirar al cielo y entender que allí, en ese espeso azul, no hay nadie. Habita la nada avasalladora. Una caricatura de un ser mitológico pasa por mi mente y sonrío tenuemente, no seré condenada.

Soy una nada, me agoto en la palabra, en el sutil suspiro de existir. No soy yo; sin embargo, escribo o mejor, dibujo grafos que intentan comunicar ¿Dirán algo? No lo sé, pero comprendo, entiendo mejor cuando lo hago.

No hay en sí una palabra que logre dar calma, el lenguaje del alma no se simplifica con letras, la letras sutiles y estruendosas rompen y dificilmente construyen cuando se atan al pasado o al dolor.

Adiós mundo cruel, repiten una y otra vez los románticos al arrojarse al vacío, adiós mundo cruel yo que duermo para no vivir.

05 de noviembre de 2025

Hoy quiero pensar que estoy mejor, que tal vez solo haga falta un esfuerzo más, tal vez sea suficiente con decirme las palabras que me repito una y mil veces a cuanta persona viene a buscarme, pero creo que empiezo a entender el significado de las palabras vacías; aquellas que se pronuncian, pero no tiene impacto alguno, aquellas que existen,

pero no curan, no remedian nada. Tal vez las palabras no logren reflejar porque aquí solo hay aguas turbias, negras y oscuras que temo mover...

*Cómo curarme si habito está alma, este cuerpo con total agonía.
¿¡Quién permitió tan triste desenlace para mí, quien se tomó la osadía de encuadrarme en este horno crematorio... quién!?*

El vacío insípido se avecina...

Nadie contesta, nadie contestará y yo sigo preguntando lo mismo, los bordes de mi existencia supuran mi piel... qué hago con este cajón llamado cuerpo, se ha levantado, pero yo, la yo que me corresponde yace acostada ya hace un tiempo, se ha quedado inmóvil, está ahí como si la vida pudiera pasar sin ella de pie.... Y es verdad, todo sigue y yo no logro despertarla.

14 de noviembre de 2025

Hay días en los que el tiempo pasa y vos dejás que el tiempo se vaya, que tome el rumbo deseado y se lance sobre el vacío inagotable del infinito... en ese constante fluir donde no caben las manecillas, el fin último y lejano donde el pensamiento no habita, todo se va y vos solo dejás que así sea... los rostros inconexos de los múltiples seres agolpan tu memoria y no comprendes bien por qué existen en tu cabeza, pero los dejás fluir...

19 de noviembre de 2025

Morir... se puede estar muerto y no saberlo.

No hay mucho que decir y, sin embargo, puedo hablar... al delirio del comunicar le quedó el sin sentido.

*

Coda

El tránsito no ha sido fácil, nos adentramos en un camino empedrado en el que las diferentes épocas nos permitieron revisar, analizar y posicionar los modos en que, desde distintos momentos históricos, se comprendió la muerte por mano propia. La época prehispánica, en la cual acudimos a distintas comunidades indígenas para comprender los modos como se relacionaban con la muerte, se evidenció una apertura lingüística que da cuenta de una relación de índole cotidiano y variado, en el que incluso contaban con dioses y prácticas espirituales ligadas a la relación con la muerte propia. En el Descubrimiento y la Conquista, se mostraron los modos en los que cada grupo poblacional vivió el dolor y el desgarro de la violencia, los indígenas desde los suicidios colectivos, las negritudes desde el estado de destierro y pérdida de su pasado y los españoles que lo leyeron como gestos de venganza y desobediencia.

En la época de la Colonia se entendió como una afrenta ante los modos de dirigir el país, por lo cual se llegaron a espacios de condena en los que la confiscación de los bienes y el martirio al cuerpo fueron gestos llevados a cabo por la Corona Española; así, darse muerte implicaba un pecado y crimen ante los estatutos gubernamentales. Con la llegada de la Independencia y la

construcción de la constitución política la vida le pertenecía a la patria, atentar contra uno mismo implicaba atentar contra la comunidad²⁰, quien se intentaba suicidar era ante los ojos de la época un antipatriota.

La volatilidad con la que el país cambió tratando de organizarse y consolidar un Estado de derecho implicó generar lineamientos para regular e higienizar a la población, la idea de país que empezaba a desarrollarse necesitaba del apoyo de la ciudadanía, de tal modo, los modelos de higienización se empezaron a hacer cargo de los desequilibrados, de aquellos que no se acoplaban a los modos de normalidad instaurados. Se crearon los sanatorios mentales y los centros psiquiátricos con el fin de tratar a los desadaptados, allí llegaron quienes intentaron quitarse la vida incluidos en el rol de enfermos mentales. Por otra parte, desde las vertientes artísticas se encontró la prosa de Vargas Vila señalada de causar el suicidio de jóvenes gracias a su obra *Aurora o las violetas*, además a José Asunción Silva quien reflejó en sus letras y su vida la mirada de la muerte como una salida a la tragedia que es el mundo, además la pintura de dos jóvenes que deciden morir ante la zozobra del mundo pintado por Beatriz González titulada *los amantes del sigsa*.

Después, nos encontramos con los golpes de la violencia en Colombia, la literatura se difuminó entre el caos que cobijaba el país, las masacres, los atentados, el proceso sicarial que cobró la vida de los jóvenes se vio ilustrada en varias partes del país, el

²⁰ Principio aristotélico.

suicidio se camufló en medio de las muertes violentas de la época, pero entre el agobio surgió un personaje emblemático, Andrés Caicedo, el escritor caleño que le dijo no a la vida porque carecía de sentido hacerse viejo, marcó una relación significativa entre la juventud y el suicidio que se evidencia en las tendencias estadísticas presentadas por las entidades de regulación poblacional.

El joven sufre y en tanto sufre desea alejarse de la vida. Bajo ese panorama se presentó la comprensión del suicidio en la actualidad en la que el registro versó sobre tres caminos, la prevención, el debate sobre el suicidio asistido, desde la comprensión racional del hecho y, la relación joven-suicidio en la que se mostraron algunos apartes literarios que intentaron dar cuenta de los como desde las letras se da nombre a la pérdida, pero también a la incompreensión del mundo.

Se reconoce que dentro del trabajo realizado hay cuestiones que quedan por trabajar y es una invitación a seguir estudiando el fenómeno desde aristas cada vez más amplias, pues el acto de darse muerte no atiende a una sola mirada. No puede cerrarse el mundo del suicida a un acto meramente estigmatizante, ha de reconocerse el hecho de que en algunos casos se trata de dinámicas asfixiantes que llevan a los individuos o poblaciones a realizar estos actos²¹, pero también identificar que en el panorama la vida solo le pertenece a cada individuo.

²¹ Véase: Selva inflada, documental que relata la relación de comunidades indígenas que, dentro del capitalismo voraz, eligen

En los últimos tiempos se ha venido reconociendo que es necesario quitar la marca de enfermo mental y adentrarse en la posibilidad de aceptar que el suicidio puede ser un proceso racional que se ejecuta desde el pensamiento crítico y reflexivo. Esto implica comprender que entre más nos animemos a hablar del tema más podremos conocerlo, que las disputas jurídicas en torno a la muerte por mano propia van sumando adeptos en los distintos espacios, en los que procurar el bienestar en medio de la muerte también es posible. Así el tránsito sobre la comprensión del suicidio nos ha llevado a descubrir no sólo los modos en que varía el fenómeno a partir de las dinámicas sociales, sino a reconocer que es un gesto que ha atravesado la historia de la humanidad y, en este caso particular, la historia de Colombia.

*

18 de noviembre de 2025

Simone Weil murió de inanición, dejó que cada parte de sí misma se desprendiera lentamente de la vida, porque si en el mundo había

la muerte antes que vivir el destierro. Tema que se considera pertinente revisar, estudiar y analizar, pues, aunque en Colombia se hable de una república desde 1886 las prácticas de libertad y de derechos para todos se quedaron en unos pocos. Las comunidades indígenas aún se ven sometidas a distintos modos de violencia en las que su existencia está siempre entredicho. De ese modo, este trabajo, aunque intenta hacer un recorrido por las comprensiones del suicidio en Colombia, ha dejado de lado disputas importantes que deberán ser examinadas en una nueva ocasión.

*personas que morían de hambre, ella no tenía razón para vivir.
Ahora, al recordar la cantidad de muertos que preceden mi existencia
y sobre los cuales nunca sabre nada escribo.*

Llanto

*Hoy no lloro por mí
Lloro por las muertes que no había entendido
Por el millar de sangre que se ha derramado en nombre de la
estupidez humana
Por los hombres que sólo se recuerdan como una cifra más.
Hoy lloré por las familias separadas a la fuerza
Por la angustia de un último suspiro
Que mis lágrimas son vacías dirán algunos
Pero mi tristeza es honda y nada la consuela
Mi llanto no pretende ser un grito
Es solo el refugio al que acudo
cuando comprendo la penuria que me cobija
no pido entendimiento, sólo estoy adolorida
la pila de cadáveres que sobre mi existencia se posan
pesan, carcomen mis entrañas y me agoto en la desesperanza*

*

Una tarde en medio de la caída fulgurante del sol naranja la piel de Antonia se tostaba lentamente, había en ella un gesto contemplativo, inhalaba el humo de un cigarro y luego expulsaba el humo para verlo difuminarse lentamente en el aire, eran las

palabras grises no dichas lanzándose al mundo.²² Una lágrima rozaba lentamente sus mejillas, algo en su interior se quebraba o empezaba a encontrar puntos de unión, como si su interior dijera verdades impronunciadas. El cigarro se quemaba lentamente y las palabras escritas en el viento golpeaban su rostro. Había intentado, de manera incomprensible, arrojarse a los brazos de la muerte, pero ella la había despreciado. Comprendía que, ante su torpeza y la confusión de su propia vida, morir tampoco había sido posible. Reconocía, entonces, el limbo en el que su existencia quedaba prendada: el nihilismo que la había arropado durante años empezaba a transformarse de otras maneras a partir de los diálogos con los chicos. Ocasionalmente se sorprendía pensando en las palabras de Diego, Evelin, Luis... cada uno de ellos con sus apelativos diferentes ante su realidad, incluso recordaba los rostros silenciosos de chicos que no comentaban nada, pero se veían atentos ante las discusiones de sus compañeros.

²² *Quizás Héctor tenga razón. “El planeta tierra tiene un aproximado de 4.000 millones de años, en esa inmensidad tú has sido materia inorgánica durante mucho tiempo. La vida humana tiene una media de duración de 80 años, que en comparación con la tierra es nada. No te niegues la oportunidad de disfrutar este instante de conciencia, ya tendrás muchos millones de años para ser materia inconsciente”. Es real, eso implica que debo hacerme cargo, hacer una vida.*

Su mente hilaba en fino, creía que la forma en que había accionado su cuerpo contra sí misma también había sido una decisión: era un ser que se agenciaba, que elegía en medio de su propia contradicción. Su mirada se perdió entre el naranja intenso que teñía las fachadas, las sombras alargadas, el frío que descendía con un ímpetu le pedía entrar a casa.

Su mirada perdida buscaba un lugar donde materializar las palabras. Entró a su cuarto, sobre la mesa estaban sus agendas, el refugio perfecto en el que, durante años, había puesto sus ideas, anhelos, dolores y agobios. Las contempló, las tomó entre sus manos y arrojó sobre ellas las ideas resonantes de su mente: una escritura automática que dejaba de lado la razón para permitirse ser. Y ahí, en ese gesto que parecía rutinario y sutil se fue encontrando.

*

21 de noviembre de 2025

Hoja de papel que aturdes mi sentir, hojas de papel en que dibujo el vacío insondable en el que creo, en el que puedo ser. Me pesa el mundo, ya lo sé. Quise huir y no pude. ¿Qué hago?, ¿qué hago ante la inmensidad del mundo y mi acto de conciencia?

Vivo. Estoy viva. Y las mil posibilidades me parecen todas absurdas.

Dicen: abraza el abismo, abraza el absurdo, toma entre tus manos las riendas de tu vida, crea, crea y dale sentido.

¡Qué ansiedad! El bramido me traga las tripas. Se siente el hueco en el interior. Hacer, hacer, ¿qué hacer? Solo sé que aquí estoy: en estas hojas de papel.

Muero. ¿Estoy muriendo aquí? ¿Este gesto de ponerme en el papel es acaso una manera de morir?

Aquí, en este gesto de escritura, me lanzo a la hoja en blanco.

Es deliberado. He tomado la decisión de lanzarme.

Pongo mi dolor. Me pongo. Soy y no soy.

*

Autofagia, no he muerto, no he aniquilado el ser físico que me compone. Pero aquí, en este espacio en blanco en el que dibujo y tizno mi dolor he muerto. Puedo morir, puedo fraguar una y mil veces mis muertes, me arrojo allí en este plano creativo mientras la parte física se mantiene a flote.

25 de noviembre de 2025

Hoy encontré una palabra.

O tal vez ella me encontró a mí.

No la busqué —vino como vienen ciertas miradas en el sueño: clara, extraña, inevitable.

Fagólogos.

La pronuncié en voz baja, como quien prueba una fruta desconocida.

Tuve miedo de que no supiera a nada.

Pero no.

Tenía peso.

Tenía hambre.

Al decirlo, algo se abrió.

Sentí que nombraba esa sed antigua que llevo desde niña:

la de comerme el mundo a través de la palabra,

la de hacerme casa con una frase.

*No sé de dónde vino —quizás de un rincón del cuerpo donde
aún escribo con saliva,*

donde las letras laten antes de ser pensadas.

Fagólogos.

¿Y si somos eso?

Los que no escriben para hablar,

sino para sobrevivir al silencio.

Los que muerden la lengua para no olvidar que están vivos.

Hoy la palabra me salvó un poco.

Hoy me comí algo de mí misma.

Y por primera vez en mucho tiempo, supe a qué sabía.

*

En ese pequeño instante de escritura, el acto de conciencia de sí quedaba suprimido y seguía existiendo. Era un juego doble, entre la vida y la muerte, sentía cómo se desangraba entre las hojas de su agenda, sin que una sola gota salpicara su cuerpo, abría heridas

profundas con dagas mentales y en el papel pequeñas figuritas de sentido, era una danza entre su ser de la escritura y su materialidad física. Lloraba mientras escribía, porque en ese gesto la escritura era la exuvia de su ser.²³

*

30 de noviembre de 2025

Exuvia

*Me desprendo,
dejo partes de mí en el mundo
¿Cuántos cabellos he perdido hoy?
¿en qué canecas de basura han terminado?
¿Cuáles prendas han fijado su residencia?
Las uñas arrancadas con los dientes en medio de una tarde de
angustia
se ocultan entre alfombras, escobas y polvo...*

*He sido yo, han sido mis partes muertas regadas en el mundo.
En los anaqueles de mi memoria habitan cadáveres
Antonia la risueña que saltó de alegría para exorcizar el recuerdo
la meditativa que tomó pastillas para olvidar
la silenciosa que subió al edificio más alto y fijó mil alaridos.*

²³ Siempre me dijeron que el sentido de la vida estaba en cumplir lineamientos perfectos: la carrera, la pareja, los hijos, la casa, el carro... No hay ninguna, pero y si mi vida es el pensamiento, este momento exacto en el que jugamos a crear entre todos una verdad que nos haga cada día más humanos.

*Todas ellas, muertas.
todas ellas deshaciéndose en los hilos de mis días
Todas ocupando un espacio en mi mente,
Las dejé sangrando en un rincón de la memoria.
Todas ellas arrojadas en lugares perdidos de agendas olvidadas
el rastro de su existencia son las palabras que reposan en mi boca.*

*

03 de diciembre de 2025

Me lancé

Decidí construir lentos rascacielos de palabras

Las amasé

moldeando una a una las pegué.

Su altura me sumergió en un vacío insondable

Dancé lentamente hasta llegar al último piso de mis ideas

Arriba, el inconmensurable abismo,

Al frente, el viento soplando el rostro...

Me lancé.

⋮
⋮
⋮
⋮
⋮

En el descenso pude ver cada palabra,

su tizne se adhirió a mi cuerpo

Y en caída libre me hice mancha en un cuaderno.

*

El frío se cuela entre las manos,

*objeto filoso de extraño aspecto
se desliza por mi piel
que lentamente cede sus pliegues
Blanco, rosado, rojo...
Negro... Negro... ¿Negro?
Las palabras son un torrente de aguas turbias
bañan mi cuerpo, penetran mi piel, tiemblo de frío.
Las veo, las leo, las dejo flotar en mi mente
Morir... morir... ¿morir?
el objeto en mi mano se extiende para arrojar letras.
El torrente tiene desembocadura...*

Referencias

Suicidio en occidente: transformaciones históricas

Álvarez, A. (1999) *El Dios salvaje*. Editorial Norma.

Aristóteles. (1985) *Ética Nicomáquea*. Editorial Gredos.

Grimmal, P. (1989) *Diccionario de mitología griega y romana*. 6a. edición. Paidós

Hipona, A. (1963) *Libre albedrío* en: Obras de San Agustín en edición Bilingüe III obras filosóficas. Biblioteca de autores cristianos.

Homero. (1982). *Odisea* (S. Pacheco, ed. Y J. M. Pabón trad). Gredos S.A. (Original publicado en el siglo VIII A.C.).

Hume, D. (2009). *Sobre las falsas creencias del suicidio, la inmortalidad del alma y las supersticiones*. El Cuenco de Plata.

Kant, I. (2008) *Metafísica de las costumbres*. Editorial Tecnos.

Platón. (1985). *Apología*. En Diálogos I (Vol. 1, pp. 148-211). Madrid, España: Gredos.

Platón. (1988). Fedón. En Diálogos III (Vol. 1, pp. 24-142). Madrid, España: Gredos

Aquino, T. (s.f.). *Suma teológica*. Madrid: BAC, 1947-1948. Texto latino de la edición crítica leonina. Trad. y anotaciones por

una comisión de PP. Dominicos, presidida por Francisco Barbado Viejo, O.P.

El suicidio en América y Colombia: resistencia, regulación y transformación

Acosta, J. (1901) *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada*. Bogotá: Imp. de La Luz.

Alzate, A. (2021). *Repertorio de la desesperación: La muerte voluntaria en la Nueva Granada, 1727-1848*. Universidad del Rosario.
<https://www-digitaliapublishing-com.banrep.basesdedatosezproxy.com/a/80509>

Casares, O & Estrella, D. (2021) *Desmitificación del contexto cultural del suicidio entre los mayas prehispánicos*. Cuicuilco Revista de Ciencias Antropológicas. 27, 79 (Apr. 2021), 235–255.

Celis, D & Lafaure, S. (2014) *Sutatausa: Memoria del encuentro de dos mundos*. Alcaldía Municipal de Sutatausa

Duque Gómez, Luis. (1961). *La matanza del peñón de Sutatausa*. Revista Colombiana de Antropología, 10:361-364. URL: <https://revistas.icanh.gov.co/index.php/rca/article/view/1653/1225>

Johansson, P. (2014) *Nenomamictiliztli. El suicidio en el mundo náhuatl prehispánico*. Estudios de cultura náhuatl 47, enero-junio de 2014, p. 53-119

Malvido, E. (2010) *El suicidio entre los esclavos negros en el Caribe en general y en el francés en particular. Una manera de evasión considerada enfermedad, siglos XVII y XVIII*, Trace [En línea], 58 | 2010, Puesto en línea el 01 diciembre 2010, consultado el 24 febrero 2025. URL: <http://journals.openedition.org/trace/1577>

Ortiz, F. (1996) *Los negros esclavos*. Editorial Ciencias Sociales, La Habana. [1ª ed. 1916, Editorial Revista Bimestre Cubana, La Habana, Cuba].

Independencia y república: el suicidio como antipatriotismo.

Constitución política (1837). *Constitución Política 1 de 1821 Congreso de la República*. Departamento Administrativo de la Función Pública. <https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=13690>

González, M. (2023) *Un juicio sobre antipatriotismo, desobediencia e intento de suicidio “Solicitaba medios para darse muerte, aunque fuera con una estaca”*. Mayéutica revista científica de humanidades y artes Vol. 11, Nro. 2 (2023) <https://revistas.uclave.org/index.php/mayeutica>

El suicidio en la Colombia del siglo XX: entre la patologización y el sentimiento trágico

Arango, G. (s.f.). *Primer manifiesto nadaísta*.

GonzaloArango.com.

<https://www.gonzaloarango.com/ideas/manifiesto1.html>

Cárdenas, J. (2007) *FILOSOFÍA Y ANÉCDOTA EN FERNANDO GONZÁLEZ, UNA PARADOJA*. Escritos, Vol. 15, No. 34

<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2546423>

Espinel (2023) *Educación y Ciudadanización en Colombia piadosos, patriotas y laboriosos*. Editorial UPTC.

Florez, J. (s.f). La muerte de José Asunción Silva. Recuperado de: Poesi.as/jf355.htm

Guevara, L. (1911) *Novelistas buenos y malos*. El mensajero del sagrado corazón.

<https://archive.org/details/novelistasmalosy00ladr/page/448/mode/1up>

Gutiérrez, M. (2016) *Ideología y prácticas higiénicas en Bogotá en la primera mitad del siglo XX*. Subdirección Imprenta Distrital.

Lora-Garcés, M (2010) *La narrativa colombiana de la segunda mitad del siglo XX con el tema de la violencia política*. Poligramas, Num 34, <https://doi.org/10.25100/poligramas.v0i34>

Meneces, F. (2018) *Los suicidas del Sisga La artista colombiana retrata un suceso local que hoy roza lo mitológico*. Historia del arte.com <https://historia-arte.com/obras/los-suicidas-del-sisga>

Pedraza, (1999) *En cuerpo y alma: visiones del progreso y de la felicidad*. CORCAS Editores LTDA

Noguera, C (1998) *La higiene como política barrios obreros y dispositivo medico: Bogotá y Medellín a comienzos del siglo XX*. Universidad Nacional de Colombia.

Vargas- Vila. J (1912) *Huerto agnóstico*. Librería de la Viuda de Ch. Bouret

Vargas-Vila. J (1918) *Ibis*. Casa Editorial Sopena

El suicidio en la Colombia contemporánea: un debate sobre la muerte digna

Bonnett, P. (2013) *Lo que no tiene nombre*. Alfaguara

Correa Montoya, Lucas; Camargo Sardi, Gabriella y Saavedra Lizcano, Juan Sebastián. (2025). *Lo que sí tiene nombre. El litigio estratégico para despenalizar la asistencia médica al suicidio en Colombia*. DescLAB: Bogotá.

Espinosa, A. (2025) *Primera persona*. Tristes trópicos editorial.

Instituto Nacional de Salud -INS (2022) *Informe de Evento Intento de Suicidio, 2022*. Recuperado de: <HTTPS://www.ins.gov.co/buscador-eventos/Informesdeevento/INTENTO%20DE%20SUICIDIO%20INFORME%202022.pdf>

J. G. Cobo Borda. (1977). *Andrés Caicedo. Narrador y crítico*, en: *Magazín Dominical –El Espectador*, Bogotá, 22 de mayo de 1977, p. 10.

Marín, P. (2024) Suicidios en Colombia, así van las cifras del 2024. Recuperado de: <https://www.unisabana.edu.co/portaldenoticias/al-dia/suicidios-en-colombia-asi-van-las-cifras-del-2024/>

Agenda de Antonia

Artaud, A (2005). *El arte de la muerte y otros escritos. sobre el suicidio*. Editorial casa negra.

Soto, A. (2015) *La agonía de una flor*. Editorial Atenea.

Narración

Roux, F. (2020) *El conflicto armado nos está afectando más que el coronavirus*. Comisión especial para la paz. Recuperado de: <https://web.comisiondelaverdad.co/actualidad/noticias/el-conflicto-armado-nos-esta-afectando-mas-que-el-coronavirus#:~:text=El%20presidente%20de%20la%20Comisi%C3%B3n%20de%20la,%E2%80%9Ccel%20coronavirus%20nos%20ha%20demostrado%20que%20ante>

Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses. (2025). *Boletín estadístico – Septiembre 2025*. https://www.medicinalegal.gov.co/documents/20143/1162212/Boletin_septiembre_2025.pdf

Ilustraciones

Ilustración 1

Theodore de Bry. (1540). *Españoles cortando manos y narices a indígenas*. [Grabado]. Narratio regionum Indicarum per Hispanos quosdam deustatarum verissima de Fray Bartolomé

Ilustración 2

González, B. 1965. *Los suicidas del sisga*. [Oleo sobre lienzo]. Colección particular. <https://historia-arte.com/obras/los-suicidas-del-sisga>